

VIAJE

A LOS

ESTADOS UNIDOS

DE AMÉRICA DEL NORTE

POR

José M.^a Fuentes



MURCIA

Típ. de Las Provincias de Levante

1891.



Al Sr. D. Roder
do Alcázar, como
intraviable recordo
de su afino. amigo

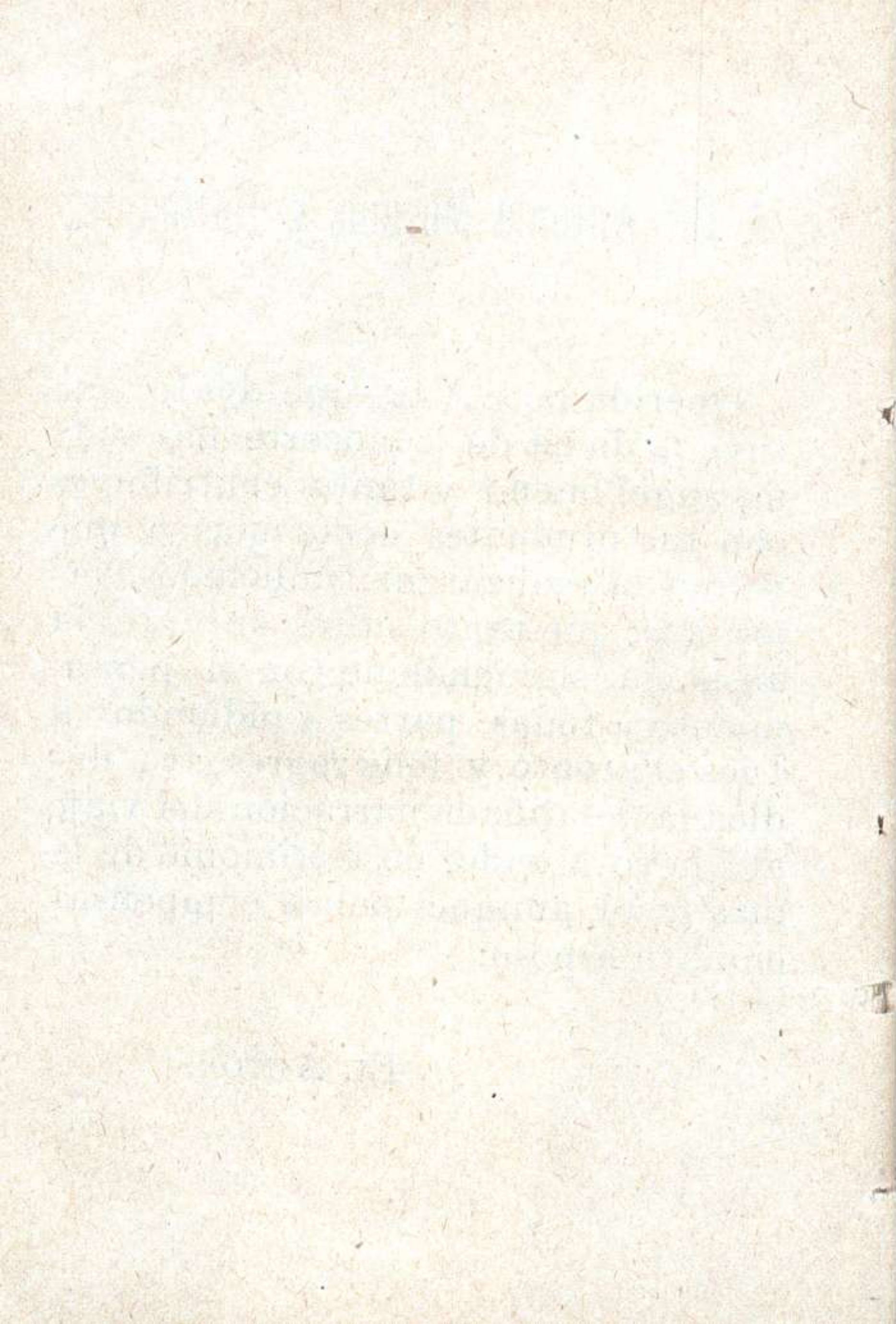
José M.^a J. J. J.
J. J. J.

Octubre de 1891.

A D.^a Antonia Moreno y Hernandez

Querida mia: A tí, que desde que tuve la dicha de conocerte has sido mi ángel bueno y tanto contribuyes con tus prudentes economías á que yo pueda realizar mis anhelados viajes; á tí, que tanto sufres durante la ausencia, siguiéndome con el pensamiento á todas partes y pidiendo á Dios el pronto y feliz regreso: te dedica la desaliñada narración del viaje al Nuevo-Mundo, en testimonio de la más justa, aunque pobre compensación, tu esposo:

EL AUTOR,






Viajar es vivir. Han dicho célebres viajeros; porque viajar es pensar gozando pura y saludablemente, sobre todo, si molestado como yo por tenaz padecimiento del estómago, encuentra siempre la mejoría viajando.

Los viajes son como un libro abierto, en que el viajero vá leyendo en él segun su ilustración y aficiones: los relatos de ellos, por más á la ligera é incorrectos que se tracen, si son la relación verídica de lo que se ha visto y pensado en paises curiosos y poco conocidos, conservan siempre algun interés, proporcionando á la vez alguna instrucción entre agradable entretenimiento.

Publicada la narración de un viaje, si al autor no le guió el lucro, experimentará una pura satisfacción al ver clasificadas sus múltiples notas, en las que consignó sus

más gratos recuerdos, y en que hablando en su propio nombre al referir lo que conserva, ba la memoria, cuenta sin vituperable indiscreción hasta su vida pública y privada, viendo renovarse en cada frase, como en un espejo que pudiera reflejar retrospectivamente, las situaciones ya prósperas ó adversas que atravesó, á fin de que las vean en la imaginación aquellos á quienes comunica los recuerdos.

Ahora bien; la gran facilidad y rapidez de los medios de comunicación modernos, han hecho posible, dados mis escasos recursos y el poco tiempo que me deja libre mi modesta profesión, el que yo haya podido realizar algunos largos viajes. De uno de estos, verificado hace un lustro á los Estados Unidos de la América del Norte, es este insípido, aunque veraz relato, de lo que ví y efectué en ese rápido viaje por maravillosos y muy curiosos países: escrito sin ninguna pretensión, con el auxilio de mis apuntes y recuerdos, algunos datos facilitados por apreciables compañeros de hospedaje del Hotel Español de la gran ciudad de Nueva York, y una excelente guía ilustrada de esa interesante y singular población.





I.

De Murcia á Paris, pasando por Argel.

Trascurría el año de 1886. La existencia del cólera epidémico en España en los dos anteriores años, me había impedido la realización de mi proyectado viaje á la América del Norte, y aunque en ese año el terrible viajero del Ganges se enseñoreaba por las ciudades meridionales de Italia, me dejaba libre el paso para atravesar el continente europeo sin sugestión á las siempre enojosas cuarentenas.

El día 5 de Julio del citado año á las cuatro de la tarde salí para Alicante, teniendo el sentimiento de que por temor á las largas navegaciones que había de hacer en ese viaje, no me acompañara ningun amigo como en otras ocasiones lo hicieran los señores Salmerón y Erades, que me habían

acompañado á la estación para darnos el adios de despedida.

Por complacencias de familia, unidas á los gratos recuerdos que siempre he conservado de la hermosa ciudad de Argel, me decidieron á dar comienzo al viaje por dirigirme al continente africano, antes de hacer rumbo hácia la América Septentrional.

Era la primera vez que viajaba por la nueva via férrea de Murcia á Alicante: las deliciosas perspectivas que ofrecen al viajero las feracísimas vegas que atraviesa esa línea, me distrajeron algo de la natural melancolia que se habia apoderado de mi ánimo al emprender sólo tan largo viaje y perder de vista la gallarda torre que veneramos los murcianos. Desde la estación de Beniel, al descubrir la modesta torre y magnífico jardin que poseen en ese pueblo los marqueses del mismo nombre, evocaron en mi memoria gratos recuerdos de la infancia, de la que pasé largas temporadas en esa villa por ser el pais natal de mis ascendientes maternos.

Unas tres horas invierte el tren en recorrer la distancia que media entre las dos citadas capitales, en ese ameno trayecto, se admira la singular hermosura de los verdaderamente sorprendentes alrededores de Elche, la ciudad de las palmas, que por su

privilegiada situación y feracísimo suelo, llegó en la época de los romanos á figurar en primer rengó entre las más distinguidas poblaciones ibéricas, como lo atestiguan las monedas y medallas acuñadas en aquel tiempo con los dictados de Ilice, Julia y Colonia augusta.

Préviamente avisado, me esperaba en la estación de Alicante mi antiguo amigo y condiscípulo D. Evaristo Fajardo, que ya no me abandonó un momento en los dos dias que me ví precisado á detenerme en esa ciudad, por haberlos retrasado en su salida el vapor Buenaventura que debía conducirme al Africa. Tiempo que empleó mi buen amigo en prodigarme todo género de obsequios, recordándome agradablemente el año de 1858 en que juntos asistimos á las suntuosas fiestas con que los alicantinos festejaron entonces la estancia en su población de la reina Doña Isabel II.

Con buen tiempo y mar tranquila atravesó el buque el Mediterráneo, dando vista á la ciudad de Argel en las primeras horas de la mañana del dia 9, á donde al dar fondo el vapor ya tenía el gusto de ver esperándome en un vote á mi querido primo político D. José Establier, y momentos después en el muelle, abrazaba á mis amadas sobrinas, haciéndolo más tarde con el resto de

la familia, á quien hacía doce años que no había visto.

Siéndome ya conocida la capital de la Argelia, consagré á la familia el poco tiempo que permanecí en ella, sintiendo solamente los dos dias que el retraso del buque me habian robado á tan grata satisfacción; limitándome á recorrer algunos sitios de la población que habian mejorado notablemente desde 1874 que pasé allí la temporada de verano, y en hacer una piadosa visita á su bonito cementerio: en el cual existe un modesto panteon de familia que contiene los restos mortales de una persona querida, que á más de unirnos en vida estrechos vínculos de parentesco, un mismo techo cobijó en Murcia nuestra infancia y adolescencia, quedando de esas edades en mi memoria tiernos recuerdos que no han podido extinguir el tiempo; por lo que al llegar á esa población, me creo obligado siempre á visitar aquel lugar de la muerte y orar ante su tumba acompañado de sus angelicales hijas.

Por tener ya visitada con más calma la capital de la Argelia, no tomé en esa ocasión nota alguna, pero, con los recuerdos que en mi memoria evocan los ligeros apuntes que de otra época conservo, expondré

ahora algunas consideraciones sobre esa cosmopolita población.

La africana ciudad de Argel, de espléndida luz y despejado cielo, goza de una situación privilegiada. Edificada en anfiteatro, sus primeras gradas las bañan las azuladas ondas del Mediterráneo; desde donde suavemente va elevándose hasta la cumbre de alta colina, por la que se estiende la población árabe llamada La Cas ba. La peculiar arquitectura de sus viviendas, y la blancura que les presta la costumbre que tienen los sectarios de Mahoma de enjabelgar continuamente sus fachadas, unido á las magníficas edificaciones modernas que en la parte baja han construido los europeos recientemente en terrenos robado al mar, le dán al conjunto de esa ciudad, vista desde el mar, un aspecto de maravillosa hermosura, que no le aventajan Génova y Nápoles de fama universal. Su importante puerto, con sus muelles militar y mercantil, es de mucho movimiento, por el gran comercio que la Colonia argelina hace con todas las naciones del mundo.

En los alrededores de la población, se extiende una dilatada llanura de exuberante vegetación, salpicada de pueblecitos que la dan vida y animación; entre los que se encuentran deliciosas quintas que sirven de

solaz y recreo á las familias bien acomodadas de la capital.

En sus inmediaciones tambien, se admira el magnífico jardin de aclimatación, conocido con el nombre de Jardin d'Essai, notable por los raros ejemplares que del reino animal y vegetal se encuentran en él del inesplorado interior de Africa. Protegiendo mucho el gobierno de la colonia las plantaciones de árboles útiles, y ensayando á la vez el género de cultivo que requiere toda clase de plantas para poderlos propagar en el país.

Argel, la antigua capital de la regencia de Berbería, cuando de allí salían los piratas que asolaban las costas de España é Italia impidiendo el libre comercio de los mares; sufrió en diversas épocas varios ataques de españoles, ingleses y franceses, hasta que estos últimos, en 1830, tomando pretesto de un ultraje hecho á su consul, se apoderaron de esa ciudad y la erigieron en capital de la colonia del Norte de Africa.

Persuadido el gobierno de la metrópoli francesa de que el porvenir colonial de las naciones se encuentra hoy en el vecino continente, tiene los ojos puestos en su predilecta colonia africana, acechando siempre la oportunidad de ensanchar sus límites, prodigándola á la vez todo género de me

dios materiales y morales para impulsar su creciente prosperidad, notándose en la capital sus notables y más rápidos progresos.

Los monumentos, tanto antiguos como modernos con que cuenta hoy la africana ciudad, son notables y muy importantes, admirándose entre ellos las más variadas arquitecturas; siendo muchas y algunas muy preciosas; sus mezquitas, sinagogas é iglesias cristianas de todos los ritos.

Sus habitantes pertenecen á diferentes razas, predominando la europea de todas nacionalidades, entre las que ocupa el primer lugar los franceses sus dominadores: siguen á estos los españoles, que no bajarán de veinticinco á treinta mil, de los que más principalmente pertenecen á las Islas Baleares, Cataluña, Valencia, Murcia y Almería; aunque estas dos últimas provincias dan su mayor contingente al departamento de Orán.

Tiene la ciudad de Argel una fisonomía particular y fantástica, tanto por la mezcla de sus originales arquitecturas, como por el variado traje de sus habitantes; pues la gran variedad de árabes y hebreos con la heterogeneidad de tipos y trajes de las demás razas que por allí transitan; hacen, que al discurrir por las calles y paseos, el viajero europeo que no está acostumbrado

á esas exhibiciones, le parezca que asiste á un carnaval de nuestras ciudades.

Los árabes y los hebreos han sido siempre tenazmente refractarios á los progresos de la civilización y á innovaciones en sus costumbres, sin embargo se notan algunas reformas en ambos, á medida que están más ilustrados los pueblos en que se encuentran. Así, en la culta ciudad de Argel, muchos moros ricos, aunque lo haga á hurtadillas, comen tocino y beben vino, apesar de lo que en el Corán diga su profeta Mahoma; y, el judío opulento, se procura una cocinera francesa que en el sábado le guise lo que ha de comer ese día, contra la prohibición de su ley.

Enemigo siempre el árabe á modificar su vestidura, sigue en Argel su tradicional costumbre de cubrir la cabeza con el clásico turbante, envolver el cuerpo en el obligado albornoz ó jaique y calzar su tosco pié con la anchurosa pantufla, admirándose naturalmente, las notables diferencias que existen entre los miserables harapos del pobre trabajador y el pintoresco traje del rico y fastuoso moro.

La mujer árabe de esta ciudad, es la que más se exhibe y más deja ver de ella de las que yo he visto en otros países; pues, aunque todas usan manto, que oculta las for-

mas del cuerpo, dejan descubierta desde la mitad de la frente hasta la parte media de la nariz. coloreando el cutis que se vé y pintándose artísticamente las cejas unidas, que á las de rasgados y espresivos ojos les realza en extremo; lanzando provocadoras miradas al transeunte que encuentra, que le hacen avivar el deseo de conocer toda la fisonomía de aquella misteriosa mujer que le parece ser la de una deidad.

Ya en el departamento de Orán no se vé á la mora tan provocativa, dejando solo un ojo al descubierto, y en Palestina, las pocas que ví discurrir por las calles, iban más recatadas, cubriendo completamente el rostro con un tupido velo blanco ó pintarrageado, que si ven á través de él, no dejan ver nada de ellas.

Los judíos son los que están hoy transformándose en la ciudad de Argel, y no pasará mucho tiempo sin que estén allí completamente transformados en sus costumbres y traje, conservando solamente su religion por su tenaz obstinación; pues, todo el elemento jóven de la actual generación, habla el idioma francés, pasa el dia del sábado en el café jugando al villar, y viste á la moda francesa, distinguiéndose solo algunos por el fez que llevan á la cabeza. Así, en el verano del 74, era necesario que mis parien-

tes me advirtiesen en muchas ocasiones, que, aquél con quién acabábamos de hablar era hebreo, para poder yo formar idea de su personalidad. Hoy ya, solo algun viejo mercader apegado á sus antiguas costumbres, pasa el sábado en la sinagoga y viste el traje israelita, que tampoco es el del verdadero hebreo; pues si bien es más gracioso y pintoresco, no es el que llevaban los judios del tiempo de los profetas.

En la inmortal Jerusalem, es donde he visto conservadas en toda su pureza las costumbres y trajes hebraicas, viéndose allí, entre otras cosas de los tiempos bíblicos, la especie de bata de seda en el judío rico, y en el pobre, la tosca túnica que vistió el Divino Maestro durante su vida carnal: porque el israelita en su adorada Jerusalem, no quiere profanar la ley y las costumbres en la amada ciudad que desea morir, y que como el cristiano la considera santa. Santa la considera, porque en ella se ostentó el grandioso, y notabilísimo Templo de Salomón; donde estuvieron depositadas las verdaderas Tablas de la ley que el mismo Dios dictó á Moisés en el Sinay, y en el que sus reyes y sus profetas adoraron á Jehová con tanta magnificencia y tanta fé; y todavia hoy, los muchos que allí se encuentran, van todos los viernes hasta ponerse el

sol, á orar y llorar sobre las ruinas del Templo en que está sepultada su antigua grandeza.

La capital de la Argelia progresa en todo con una rapidez maravillosa. Los distintos gobiernos de Francia, atienden con solícito esmero á todo lo que puedan contribuir á la prosperidad y engrandecimiento de su predilecta colonia. A la sombra de protectoras leyes de la metrópoli, compañías poderosas de ingleses y judíos construyen numerosas y magnificas edificaciones, contándose entre la profusión de sus obras las del grandioso Boulevard de la Emperatriz, hoy de la República, con preciosas arcadas de piedra de granito, desde donde en toda su longitud se admira una gran extensión del mar.

La población en general está dotada de cuantos embellecimientos y comodidades exigen hoy la vida moderna de los pueblos cultos, condiciones que la hacen muy apreciable; pero todavia tiene otra que la hace digna de mayor aprecio, y es, la seguridad personal y de intereses particulares con que se puede vivir allí, donde existen gentes de tantas castas, hablando tantos idiomas y profesando tantas religiones.

Los establecimientos de toda clase de recreo son numerosos: en cafés solamente,

dudo que haya otra población, aun de cuádruple número de habitantes que tenga tantos; habiéndolos muy bonitos entre su gran variedad.

Habria de ser demasiado prolijo si hubiese de enumerar siquiera las bellezas y particularidades que contiene esa culta y cosmopolita ciudad, que por otra parte, no es el objeto del relato de este viaje; pero nó dejaré de advertir aquí á mis queridos paisanos aficionados á viajar, ya que tan cerca la tienen, que es muy digna de ser visitada de viajeros curiosos é ilustrados, por la gran variedad en costumbres, trajes, tipos y monumentos que se encontraran para poderlos admirar y estudiar.

El día 10 de Julio á las 5 de la tarde, en el muelle del puerto de Argel, daba el abrazo de despedida á los individuos de mi familia que habian salido á despedirme; pasando inmediatamente á bordo del magnífico vapor Villa de Madrid, de la Compañía general Trasatlántica francesa que debia conducirme á Marsella; y unos 15 minutos después emprendia su marcha el vapor, para hacer según costumbre en 26 horas la travesía del Mediterráneo.

Pronto dejé de ver á mis parientes y amigos que se habian esperado en el muelle hasta perderme de vista, y bien pronto tam-

bien, empezaba ya á experimentar algunos apuros; que referiré en este lugar, por ser uno de los dos únicos malos ratos que pasé durante toda mi larga peregrinacion, y pagar con ello una deuda de gratitud, al hombre desconocido que me prestó un señalado servicio. Con todo lo cual, se prueba, que las largas excursiones no tienen hoy las grandes molestias que los tímidos suponen en los largos viajes, y que en ellos, tambien se encuentra con frecuencia, quien noblemente le favorezca en sus aspiraciones, como yo podria citar bastantes casos.

El dia de mi llegada, al invitarme para almorzar el siguiente mi querido primo don Juan Mele Baleriola, quedó encargado de tomarme el pasaje en el vapor correo de Marsella, y al vernos por la mañana, me dijo, que no podia marcharme en aquel viaje por estar con muchos dias de anticipacion tomadas todas las clases de los dos vapores que salian de Argel aquella tarde; á causa de coincidir con la gran fiesta nacional de Francia del 14 de Julio; por lo cual muchas personas bien acomodadas de la poblacion habian tenido que tomar el pasaje para pasar la noche sobre cubierta: añadiendo el mismo, que asi pasaria mas tiempo con ellos y veria allí las fiestas, para las que tambien se estaban haciendo grandes

preparativos, y que él telegrafiaría á sus hermanos, para que no me esperasen en París para las fiestas, que yo desde Murcia les habia prometido pasarlas juntos. Pero, como mi interes de pasar el 14 de Julio en la capital francesa no era por las fiestas, que yo tenia ya vistas en otra ocasión; sino porque de esa manera podria salir del Habre en el vapor del próximo sábado 17, y de otro modo ya no podria ser hasta el siguiente del 24. y esto echaba á bajo todos mis planes, le manifesté terminantemente me lo tomara donde fuese, como inmediatamente lo hicimos.

Algunas horas ántes de la marcada para la marcha del vapor, se había levantado un fuerte viento. y del ya nebuloso cielo se desprendió ligera lluvia, refrescando la atmósfera poco ántes densa y bochornosa. Al ir á embarcarme, la mar estaba ya embravecida, viéndose desde el muelle cómo en la línea del puerto se estrellaban las encrespadas olas. La familia me lo advertía, tratando á la vez de persuadirme para que no me marchase; pero considerando que si el hombre en su camino hubiese de retroceder siempre ante los pequeños inconvenientes, no llegaría jamás á ninguna parte, no quise acceder á sus deseos.

Apenas el vapor hubo salido del abrigo

del puerto, se notó que el viento era uracnado y frío y que la gran mole de la Villa de Madrid se balanceaba como si fuera una cázcara de nuez, el lloviznar y excesivo fresco que repentinamente se sintió sobre cubierta, obligó á todos los pasajeros á ponernos los abrigos precipitadamente. Una hora después, los numerosos mareados haciendo de las suyas, no dejaban sitio curioso donde poder estar; pero de todo esto, lo grave para mí, era, que aún no había transcurrido una hora y ya tenía sobre mí todos los abrigos de que podía disponer, y daba diente con diente de frío, sintiendo profundo dolor en mi costado. Y como después de mi anterior viaje á Palestina, en el intervalo de año y medio, había padecido dos agudas pulmonías que me pusieron á las puertas de la muerte, originados ambos por enfriamientos prolongados. Entonces fué cuando la imaginación, poniéndome de manifiesto estos recuerdos, me advirtió del riesgo que corría; pero ya era tarde, y á la vez ¿cómo sería posible que yo resistiera á la intemperie la noche que se presentaba, sin peligro inminente de la vida?

Desde antes de tomar el pasaje, habia acariciado la esperanza de que estando á bordo, podría gratificando encontrar albergue para aquella noche; así, inmediatamen-

te que pisé el buque comencé mis investigaciones; dando sólo por resultado oír siempre la fatal frase «N'es pas possible Monsieur», pues muchos sujetos de la población que estaban en análogo caso se habian anticipado en tierra.

De ocho á nueve de la noche seria, cuando resguardado lo mejor que podía del furioso vendabal, encontrábame abatido y yerto de frio en un apartado rincón del buque, creyendo seguro por las punzadas del costado, que estaba ya invadido de la temida enfermedad; por lo cual, verdaderamente afligido me hacia meditar, sobre cómo me veria en extranjero suelo, sin los solícitos cuidados y cariñosos consuelos que en las anteriores ocasiones me habian rodeado; mortificándome á la vez la idea, de que si moria, se diria en Murcia por mis deudos y amigos, que las locuras por los viajes me habian conducido á tan triste situación y abreviado los postreros instantes de mi vida.

Pero, cuando más sumido me encontraba en esas desconsoladoras reflexiones; una mano puesta suavemente sobre el ombro, me hizo volver la cabeza y ver á uu señor que me indicaba le siguiera. No sabia que podia querer de mi allí una persona desconocida, sin embargo, le seguí sin preguntarle que queria ni adonde me llevaba.

Y una hora después, me encontraba en un confortable camarote, sin dolor alguno, desentumecido y completamente reaccionado, fumando un rico habano y escanciando una copa de buen rom. ¿Cuán cierto es, que, el frio es la muerte, como el calor es la vida? Jamás habia experimentado un cambio tan repentino de la pena á el placer: por lo cual no me veía hartó de dar gracias á Dios y á Mr. Raphael Boiffiel, Económico del vapor Villa de Madrid que me habian sacado de tan suprema angustia; sólo por haber presenciado, según me refirió, una de las veces que con tanto empeño pedia albergue para aquella noche.

Si el móvil de la acción de ese buen señor hubiese sido el interés, aún así, después de pagarla con la esplendidéz que hubieran permitido mis escasas fuerzas, la hubiera agradecido en el alma por las condiciones en que me encontraba; pero cual deberá ser mi profundo reconocimiento hácia Mr. Boiffiel, cuando su noble y espontáneo proceder, fué tan desinteresado, que ni siquiera pude hacerle aceptar el obsequio de buenos cigarrros puros, que uno de mis primos me habia hecho para el camino: delicada acción, que unida á las deferencias y cuidados que hasta la llegada á Marsella le merecí, dejaron para siempre grabados en mi memoria gra-

tísimos recuerdos. que me considera muy desagradecido si no los consignara aquí.

Aquella noche, que habia sido tan agradable para mí, fué bastante ruda y desapacible para los numerosos pasajeros de cubierta, porque reinando en ella el viento huracanado y frio, con los bruscos movimientos que las agitadas olas imprimian al vapor, hicieron pasar horas muy molestas á los que se mareaban.

Al siguiente dia 11 por la madrugada, principió á iniciarse la calma en la atmósfera y en el mar, que al mediar el día ya era completa, terminando todo con una deliciosa tarde de cielo despejado y tiempo apacible, en que hasta el golfo de Lyon, tan bullicioso de ordinario, parecia un tranquilo lago.

Por el mal tiempo del principio de la navegación, llegamos á Marsella con seis horas de retraso, verificándose serian las doce de la noche el desembarco de pasajeros, que yo, por consejo de Mr. Boiffiel, no pensaba realizar hasta la mañana siguiente; pero cuando ya no quedaba nadie que desembarcar, con suma extrañeza mia, oigo fuertes voces en español llamándome, y al contestar, me dicen que dos señoras me estaban esperando en la Aduana. Eran mi querida sobrina Angela Establier, acompañada de

la hermana de su Madre política, con quien se encontraba pasando una temporada, en que habiendo recibido de Argel un telegrama de su Padre, diciéndole que habia salido de allí en el vapor correo, me esperaban para hospedarme en su casa, como se verificó enseguida.

Como esa vez era la sesta ya que pasaba por Marsella, habiéndome detenido largas temporadas en algunas de ellas, no tenía nada nuevo que admirar en esa ciudad de esplendoroso cielo y plácido clima, que unidos á la privilegiada situación que ocupa en el Mediterráneo hacen que sea la verdadera metrópoli comercial de Francia; ostentando dentro de su recinto todos los progresos de la civilización moderna.

Tan breves como gratas fueron las pocas horas que en esa ocasión pasé en Marsella, dedicadas exclusivamente al descanso en la más amorosa compañía; no llegando siquiera á pisar la población, pues, en carruaje fuí casa de mi sobrina, de donde no salí hasta el siguiente día que en la misma forma fuí á la estación del ferrocarril.

En mis Recuerdos á la Exposición Universal del 89, tengo ya hablado de la importante ciudad de Marsella, que tan agradables me han sido siempre sus repetidas visitas, especialmente á su venerado san-

tuario de Nuestra Señora de la Guardia, desde cuya cima se admiran tan bellas perspectivas; pero en esa ocasión no podía detenerme á gozar de esos encantos; pues era el 12 de Julio, el 14 había de estar en París para sus brillantes fiestas, y el 17 en el Havre para embarcarme en el vapor que debía conducirme á Nueva York; á donde irresistiblemente me atraía el encanto de lo desconocido. Así, después de haber pasado en Marsella catorce reposadas horas, entre dulces alagos y cariñosas atenciones, salí de allí en el expres que en veinte horas hace su viaje á la capital de Francia, y el día 13 á las diez de la mañana, tenía el placer de abrazar en ella á mis queridos primos Pepe y Federico con sus respectivas familias.

Era la víspera de la gran fiesta nacional conque hoy París conmemora el aniversario de la toma de la Bastilla; la ciudad entera estaba vistosamente engalanada, en todos los huecos de toda clase de edificios ondeaba el pabellón nacional, los ómnibus, tranvías y toda clase de carruajes, la llevaban desplegada al viento y todos los comercios lucían multitud de banderitas y gallardetes. A la natural hermosura de la incomparable ciudad, se unia el brillante esplendor que le daban sus animadas fiestas, y al gran mo-

vimiento que en ella se nota en su estado normal, se reunía la gran afluencia de forasteros que en confuso tropel acuden para asistir á dichas fiestas.

Desde los balcones del entresuelo de la casa número 62 del boulevard Magenta, que hace esquina á cuatro boulevanes, donde me hospedaba por vivir en él mi primo Pepe; presenciaba las indescriptibles perspectivas que presentaban las espaciosas y alineadas calles, con la gran profusión de toda clase de vehículos á la carrera, atestados de alegres pasajeros, luciendo todo sus atavios festivos. Por las amplias aceras afluan de todos lados festiva multitud, sociedades corales con sus musicas á la cabeza tocando aires nacionales. Al oscurecer, principiaron numerosas retretas á recorrer las calles provistas de bonitas iluminaciones. Todo era allí ese día y noche, bullicio, animación y alegría.

De 9 á 12 de la noche, mi primo con su simpática esposa Florencia, me llevaron en carruaje descubierto á ver las principales iluminaciones, y refrescar en el café de Madrid donde tuve gran complacencia al oír á un vendedor de periódicos vocear en Castellano «La Correspondencia de España».

París, iluminado en todo tiempo con profusión y buen gusto, en las noches de la vis-

pera y del día de la gran fiesta nacional, presenta un aspecto verdaderamente encantador. Allí se suceden á cada paso prodigiosas combinaciones de la luz del gas con la eléctrica, en plazas, paseos jardines y edificios públicos: millares de grecas de faroles á la veneciana, guirnaldas de luces de gas por las líneas de los edificios y grandes focos de luz eléctrica de arco voltaico, que reflejándose sobre las fuentes, plateaban las cristalinias y caudalosas aguas de caprichosos surtidores, produciendo el conjunto un aspecto fantástico.

Pero, donde el encanto ejercia sus mayores atractivos, era en la grandiosa y bellísima plaza de la Concordia. En su centro, el famoso obelisco ejipcio dando testimonio de la civilización antigua, en el pináculo de la moderna: á simétricas distancias las cuatro monumentales fuentes elevando caprichosos surtidores de cristalinias aguas, de los que se derramaban abundosos torrentes en sus grandes pilas; cuyas fuentes decoran magníficas estátuas y artísticos candelabros de bronce con grandes mecheros de gas; contribuyendo á embellecer el conjunto los claros resplandores de la electricidad.

Desde el centro de la plaza, se contemplaban los más bellos efectos de las iluminaciones: hácia el Oriente, se admiraban mara-

villosamente iluminados, los magníficos edificios de la calle Real, terminada por el grandioso temp'lo de la magdalena con su intercolumnio corintio y frontis griego: al Occidente, separado por el Sena, el Palacio Legislativo de arquitectura exterior semejante á la Magdalena: al Mediodia, los bellos jardines de las Tullerias, con globos venecianos suspendidos entre las verdes ramas de sus frondosos árboles, semejan como los frutos; y al Norte, los alineados caminos y alamedas de media legua de largas, en suave pendiente dispuesto, hasta descubrir el colosal Arco de la Estrella, en cuya distancia se encuentran los celebrados campos Elíceos y centenares de magníficos palacios y notables construcciones, que con sus millares de combinadas luminarias producian magnífico efecto.

El dia 14 por la mañana, cernida lluvia amenazó deslucir las fiestas; en medio de las cuales y entre atronadores vivas y aplausos, se descubrió oficialmente la estatua levantada á un sargento, héroe de la guerra del Tonquin. Al medio dia cesó la lluvia, y por la tarde, con el cielo nebuloso lució el sol á intervalos, teniendo lugar en esa forma, en los deliciosos Bosques de Bolonia, la gran revista militar con toda

lucidez y extraordinario entusiasmo del pueblo, particularmente en el desfile de las tropas procedentes del Tonquin; y por la noche, despejado ya el cielo lucieron completamente las iluminaciones en toda su esplendorosa hermosura

Durante todo ese día y la noche, el bullicio y las locuras de los franceses no tenía límites; las multitudes de gentes se precipitaban á torrentes por todas partes, llevando los hombres banderitas tricolores en las manos, ó prendidas en los sombreros ó solapas de sus trajes. Toda clase de vehiculos pasaban á mi vista por sucesivos escuadrones en vertiginosa carrera, atestados de gente con febril algazara, cantando, gritando ó haciendo piruetas. En muchas calles y plazas estaba prohibida la circulación de carruajes, en las cuales, alrededor de orquestas ó pianos se bailaban por jóvenes parejas, polkas, walses y cancán; prolongándose estos bailes en algunos sitios hasta el amanecer.

En algunas plazas y paseos, abundaban los improvisados teatros al aire libre, con representaciones cortas de gusto estravagante, que es uno de los espectáculos más ambicionados del pueblo. Los oradores de fêria, á que tan dados son tambien los franceses, se acaloraban más que de ordinario, recorriendo toda la escala de la elocuencia

para convencer al auditorio del noble fin de sus propósitos, que es siempre el de sacarle del bolsillo los céntimos ó francos.

París en esas fiestas, parecía un inmenso manicomio, pues aquello era por lo menos, una ciudad ébria; ébria de alegría, de pasión y bastante de alcohol; según el tambaleo de muchos transeuntes.

No creo que todas esas exageradas manifestaciones de entusiasmos, fueran producidas por las actuales instituciones políticas del país, pues, cuando todavía no se había trasladado esa fiesta nacional al 14 de Julio, teniendo lugar el 15 de Agosto, día de San Napoleon, conmemorando entonces las glorias del imperio napoleónico, presencié esas fiestas, y en ellas reinaron los mismos entusiasmos, locuras y embriagueces que en estos.

Pasaron las bulliciosas fiestas del 14 de Julio, los dos siguientes días gocé tranquilamente de los cariñosos obsequios de la familia. El día 15 por la mañana, fui con mi primo Pepe á tomar el pasaje para América en el gran vapor Labrador de la Compañía Trasatlántica francesa, que el sábado 17 debía salir del Havre. Al regreso, me quedé casa de su hermano Federico, en que estaba invitado á comer ese día, y por la noche,

me hizo ir á el Eden Teatre para asistir al gran espectáculo de Braama.

El siguiente dia fuí con mi sobrino Enrique á Nuestra Señora, para asistir á las honras fúnebres que se celebraban ese dia por el Arzobispo de París, muerto poco tiempo antes. Al salir de allí entramos en la Morge, que se encuentra al lado de la famosa Catedral. En ese tétrico establecimiento, es donde la autoridad de la ciudad deposita los cáda-veres de las misteriosas víctimas que encuentra en la via pública, hasta ver si la justicia puede esclarecer el crimen, que rara vez queda oculto por este procedimiento.

Aunque con gran repugnancia, no dejé de visitar la Morge al residir algun tiempo en París, porque es el barómetro de la moralidad de esa seductora población, que conviene estudiar.

Tres cadáveres se encontraban expuestos en ese dia: el de un jóven como de 20 á 25 años de edad, un hombre de 40 á 50 y una mujer, cuya edad no se podia calcular por tener la cabeza horriblemente destrozada. ¡Qué mundo de consideraciones acuden á la mente á la vista de tan repugnante espectáculo! ¡cuán pútridas llagas sociales revelaban aquellas víctimas de esa tan risueña como engañadora ciudad!

El día 16, último que pasaba ya en París, por emprender en la noche el viaje á Nueva York; próspera ciudad que ha podido en poco tiempo aventajarle en muchas cosas, miraba con doble interés la capital francesa, deseando grabarla bien en la imaginación, para poder luego establecer comparaciones con la gran metrópoli americana; y la hasta hoy, considerada como capital del mundo civilizado. Modernas rivales en grandiosidades materiales y civilizadores progresos.

Al contemplar á Paris con ese objeto, parecíame imposible que pudiera haber otra población de más movimiento, de grandiosidad tanta y de tan elegante fastuosidad como la capital de Francia. La encontraba también entónces más radiante de hermosura, porque en efecto, esta incomparable ciudad progresa en condiciones estéticas más que otra alguna, por cifrar en ello su mayor prosperidad; procurando de este modo atraerse á príncipes y potentados de todos los ámbitos de la tierra, que guiados por la fama de su belleza y sus goces, acuden á ella con el afán de gozar, á derrochar sus inmensas riquezas, afluyendo con ellos el oro y los vicios del orbe entero.

Por cuyas razones, y por la ventajosa situación geográfica que en Europa ocupa, continuará siendo París la ciudad de la ale-

gria y de los placeres, la corte de la moda y el lujo; aunque tambien seguirá siendo el antro de la podredumbre cosmopolita.



II.

De París á Nueva York.

Eran las doce de la noche del día 16, cuando acomodado ya mi pequeño equipaje en el salón de descanso de la estación de San Lázaro, obligaba á retirarse á mis primos que hasta el último momento no me querían abandonar, dándonos seguidamente un abrazo con verdadera efusión y el sentido adiós hasta el regreso.

Había llegado el instante de terminar los cariñosos agasajos que de deudos y amigos me habían seguido hasta París, en cambio, iba á dar principio todo lo desconocido para mí, con el encanto de la novedad y el atractivo de emociones nuevas.

Algo entristecido por la reciente despedida y la incertidumbre de encontrar compañero con quien siquiera poderme comunicar

durante la larga travesía del Atlántico, volví á penetrar en el amplio salón donde estaban reuniéndose los numerosos pasajeros del vapor Labrador, que en la alta marea del Océano de la siguiente mañana, emprendería desde el Havre su marcha imperturbable hasta dar fondo en el gran puerto de Nueva York.

En la media hora que faltaba para la partida del tren especial de los viajeros para dicho vapor, me puse á pasear por la sala de espera, para ir reconociendo el personal y observar de paso entre quienes me sería más agradable y conveniente ir procurando amistad para la vida íntima que habíamos de hacer en tan larga navegación; dando por resultado escuchar en sus conversaciones idiomas desconocidos y ver hombres que me eran de aspecto repulsivo.

Ya me habia sentado algo meditabundo por el mal éxito de mis investigaciones, cuando ví aparecer á un jóven como de 25 á 30 años, sólo, de elegante porte y aspecto simpático, pue dejando su maleta de mano próxima á la mia, dió algunos pasos en diferentes sentidos, limpiandose el sudor del rostro y dirigiendo á la vez escudriñadoras miradas en torno suyo; buscando indudablemente, lo que yo tambien ántes habia buscado, hasta venirse á sentar á mi lado.

Hé aquí, me dije, si logramos entendernos el hombre que necesito, y paréceme, que él tambien ha encontrado á el que buscaba. No me habia equivocado, porque adelantándoseme me dirigió la palabra en francés con las preguntas naturales en estos casos. En pocos minutos nos habiamos ya entendido perfectamente, comunicándonos brevemente nuestras respectivas historias y propósitos.

De lo cual, resultaba indicado ligeramente: que ese Señor de exterior simpático, era de nacionalidad francesa, avecindado en la ciudad de Bayona, descendia de un español, como lo indicaba su apellido Garcia; que era ingeniero industrial, é iba entonces á San Francisco de California empleado en una empresa particular.

Tambien hubo de manifestarme, que, teniendo algunos principios de gramática castellana y hablar un poco español, deseaba con vivo interés perfeccionarse en hablarlo, porque además de las simpatias que sentia por el idioma de sus antepasados paternos, el punto á que iba destinado se habla mucho el castellano; porque como es sabido, hasta hace pocos años ha pertenecido á nuestros hermanos de Méjico, á quienes al darles nuestra sangre, religión y costumbres, les dimos tambien nuestro hermoso idioma.

Así, sin llevar ambos compañero de viaje

y habiendo motivos de simpatía y conveniencias mútuas, convinimos en el acto ir unidos en todo hasta Nueva York, donde Mr. García tendría al siguiente día de nuestra llegada que continuar su marcha para California.

A poco de las doce y media, el tren especial emprendió su marcha sin detenerse más que diez minutos en Ruan, para tomar algunos viajeros para el Nuevo Mundo. Con hartó sentimiento mio pase de noche ese trayecto, que todavía no conocia y tenia noticias de ser de lo mejor cultivado y más pintoresco de Francia, regado en su mayor parte por las aguas del Sena; pero á mi regreso tuve lugar de saborearlo desde las seis y media á once de la mañana.

A las cinco de la madrugada llegamos al Havre, pasando inmediatamente del tren al vapor por medio de una ancha plataforma que les ponía en comunicación. Siendo nuestro primer cuidado el posesionarnos de dos literas en un mismo camarote, subiendo seguidamente sobre cubierta á presenciar las maniobras para la marcha y saber de una jóven á quien nos habíamos asociado en el tren, y que, por la confusión y precipitación por obtener juntos colocación, nos habíamos separado bruscamente á la entrada del vapor.

Esta jóven, era de nacimiento francesa, estaba empleada en Nueva York, había venido con licencia á París para pasar una temporada con sus tíos y regresaba entonces á su destino. La cual, habiendo adquirido los hábitos de su nueva pátria, viajaba sóla, apesar de su soltería y sus veintidos años de edad, como es costumbre entre las jóvenes norte-americanas.

La casualidad habia hecho, que al despedirse esa señorita de su tío político tomara asiento en el tren á nuestro lado, y como compatriota de Mr. Garcia y simpatias naturales por aproximación de edades entre ambos; pronto hubieron de entenderse y pactar la triple asociación hasta la llegada á la gran ciudad, meta de nuestra navegación.

Al poco de estar sobre cubierta, apareció nuestra mas que bella amable y simpática compañera de viaje Mlle. Marie, que ya le habian dado posesión de su litera en el departamento de señoras; trayendose consigo unas ricas pastas y un frasco de frutas en compota, obligandonos á que hiciéramos los honores al galante obsequio, al tomar el café en el amplio salón comedor del buque, regresando seguidamente á cubierta, para gozar unidos de los bellos atractivos del comienzo de nuestra navegación.

Una hora habría transcurrido desde nuestra llegada. El Sol ya con sus intensos reflejos, doraba las altas montañas del famoso puerto del Habre y los suntuosos edificios de la comercial ciudad, cuando el gran vapor Labrador, levando anclas y largando sus amarras separábase con calma de la plataforma que poco ántes nos había dado acceso, y rompiendo pausada marcha, cruzaba el animado fondeadero y grandiosa rada; hasta que doblando el puerto, emprendió su acelerada marcha que ya no debía interrumpir hasta dar fondo en las costas del Nuevo Mundo.

Favorecíanos completamente la tranquilidad del mar y lo delicioso del tiempo: en la toldilla y el puente no faltaron en todo el día 17 los numerosos pasajeros del vapor, para despedirse del viejo Continente y gozar de los encantos que ofrece el mar cuando reina el buen tiempo: reunidos en amigable consorcio los nuevos asociados, nos recreábamos entusiasmados con cuanto alcanzábamos á ver en aquellos solemnes momentos, comunicándonos gratamente nuestras mútuas impresiones, haciendo votos los tres, porque la terminación fuera tan feliz como los comienzos de la navegación.

Nos encontrábamos en plena época de la tranquilidad de los mares, y la travesía no

podia empezar bajo mejores auspicios. Todo hacia esperar una deliciosa navegacion por el dilatado espacio del Oceano, que es más magestuoso y noble que el Mediterráneo; pues no tiene tantos escollos y peligros como éste: sus vientos son más constantes y su mayor extension para elevarse y tenderse las olas, dán á las embarcaciones movimientos más cómodos y seguros.

Además, las garantías de seguridad que ofrecen al pasajero el sólido y bien construido material naval, de que la Compañía Transatlántica francesa tiene dotados á los grandiosos y magníficos vapores de esa carrera, con la inteligente organizacion del servicio y el personal que los manda tan perito y tan práctico en los mares; hacian, unido al lleno de la luna verificado el dia antes del embarque, que presintiera para la travesía dias deliciosos y noches encantadoras.

El gran paquebot ó vapor-correo Labrador en que haciamos la navegacion, era un hermoso buque de 4700 toneladas de peso y 3300 caballos de fuerza, de 136 metros de eslora y un andar de 14 millas por hora. Su cámara espaciosa y bien ventilada, estaba lujosamente decorada; su biblioteca de instruccion y recreo, dotada de obras en varios idiomas, era bastante regular para el objeto; teniendo además buen piano, mullida alfom-

bra y toda clase de juegos para entretenimiento de los pasajeros. El servicio y trato en comidas era tan esmerado y excelente, que bastará decir, que en ese concepto, la Compañía Trasatlántica francesa goza de merecida fama universal.

Apesar de las buenas cualidades que reunía el vapor Labrador, sabíamos ya desde París que era su último viage en esa carrera; porque iban á empezar en seguida á hacerlo en ella, los cuatro colosales vapores que la Compañía acababa de construir con todos los progresos de la navegación moderna; que por su grandiosidad, magnificencia y velocidad, no tenían en esa época rivales en el mundo. En uno de los cuales, sabía también con gran contento mio que tendría lugar mi regreso á Europa.

Además de los doscientos hombres de dotación del Labrador, conducía ciento noventa y un pasajeros (de los cuales podía llevar comodamente hasta mil), de ellos la inmensa mayoría eran de alemanes, siguiendo á estos en número los italianos, con algunos franceses y suizos; y de españoles, solo mi humilde personalidad.

La vida que llevábamos á bordo no podía ser más alegre y divertida; pues además de las cinco veces por día que jovialmente nos reuníamos en nuestras respectivas mesas,

se distribuía el tiempo en toda clase de juegos, músicas, canto y baile; reinando en todo la más expansiva alegría.

Durante la travesía del Atlántico el mar estuvo generalmente tranquilo; el tiempo fué el que tuvo de todo, haciéndonos ver varios fenómenos atmosféricos; pues no faltaron vientos tempestuosos, lluvias copiosas y nieblas espesísimas, disfrutando tambieu de días espléndidos y serenos, acompañados de noches apacibles de cielo despejado, que á los observadores nos entusiasmaron en la contemplación de la naturaleza.

El primer día de navegación fué de completa animación y júbilo para los habitantes del Labrador, viendo desaparecer las costas de Francia y aparecer después las de Inglaterra, hasta perder de vista á ambas á la salida del Canal de la Mancha; para no volver á ver tierra ya hasta divisar la costa del nuevo Continente. Por la noche, estando el cielo completamente despejado, lució la Luna en su completo plenilunio, derramando su plateada luz por la tersa superficie de las azuladas aguas; que por ser la primera noche que la admiraba en tan augusto sitio, lo hice con íntima delicia y religiosa veneración.

El segundo día amaneció con viento hu-

racanado, que encrespando de continuo las olas produjo en los pasajeros los consiguientes mareos. La espaciosa cubierta del buque tan favorecida el anterior se veía desierta y nuestra amable compañera estuvo eclipsada para nosotros todo el día, durante el cual fuimos varias veces á ofrecerla nuestros servicios, que sin recibirnos, nos mandó dar las gracias con su camarera.

El tercer día continuó el mar encrespado, el cielo se cubrió de nubes luciendo el Sol á intervalos. Y el cuarto día, llovió todo él, haciéndolo algunos ratos muy copiosamente.

El día quinto, los vientos y el mar se habían calmado completamente, notándose en la mañana la atmósfera cargada de densa niebla, que próximo al mediodía se observaba como se iban reduciendo por instantes los extensos horizontes hasta quedar el buque envuelto entre espesa neblina,

Unas cuatro horas duraria ese fenómeno natural, en cuyo espacio de tiempo, la sonora campana del vapor y el silvato de su máquina no cesaban de tocar, para irse anunciando así y evitar en lo posible el abordaje, choque tan frecuente en esos casos. Por la noche se repitieron las nieblas, no dejándonos dormir tranquilamente los frecuentes toques anunciándolas,

Los cuatro últimos dias de navegación fueron verdaderamente deliciosos: el vuque parecia no tener movimiento; el mar sin oleaje semejaba á un tranquilo lago; los vientos huracanados habiáanse tornado en suave ambiente, y el cielo despejado, dejaba admirar las bellas salidas y ocasos de los dos astros. Durante las horas de la oscuridad, contemplabamos estasiados el brillante centelleo de los numerosos mundos que pueblan el espacio infinito, gozando á la vez de esas placenteras calmas de las noches estivales, que tan encantadoras son en medio de la inmensidad del Occéano, y tanto invitan al ánimo á meditar sobre la complicada máquina del universo, y á el alma creyente, á rendir fervoroso culto al Divino Autor de todo lo creado.

En esos postreros dias, todo era satisfacción y júbilo á bordo del labrador. La tripulación del vapor, ya más descansada se animaba de continuo y los pasajeros, con lo bonancible del tiempo y el presentimiento del próximo arribo, se exaltaban de entusiasmo inventando toda clase de diversiones. En horas convenientes, los pasajeros de primera clase en la totalidad de popa, inventaban con las señoras hasta juegos de niños, como la gallina ciega y las cuatro esquinas. Los inmigrantes con sus mujeres, canta-

ban y bailaban en diferentes grupos, ó generalizándose á todos, organizaban marchas haciendo evoluciones por la larga cubierta del buque, á compás de canciones y músicas guerreras con pitos y acordeones que llevaban los alemanes.

Yo, observador constante y pacífico por naturaleza, disfrutaba viendo los inocentes goces de todos, teniendo tambien mis expansiones en el seno de nuestro círculo, ensanchado con algunos compatriotas de Mr. García, entre los cuales figuraban: un matrimonio, que siempre se estaba arrugando; Mr. Fortier, alumno del Conservatorio de París, y Mr. Brayer, ingeniero, empleado en el Ministerio de Obras públicas de Francia, que enviado por sus jefes, iba á Nueva York paca hacer estudios en el ferrocarril áereo de esa ciudad; por ver si podria establecerse en París para la Exposición Universal de 1889. Este señor, por su ilustración y carácter jovial, era el alma de nuestra pequeña sociedad.

Amigos íntimos ya los que constituíamos éste círculo, teníamos en él unos ratos de solaz, y otros que denominábamos instructivos, pues, además de ir en ellos conjugando verbos castellanos y hablar de idioma español, que Garcia y Fortier tenían interes de aprender; en presencia de los apuntes,

mapas y planos que cada uno llevabamos se emprendian discusiones con el obligado tema del Continente americano, principalmente sobre su descubrimiento y rápido desenvolvimiento en el Norte. Amás, con la tablilla que contenia los diarios de navegación, que todos los dias á las doce ponian en nuestra cámara, expresandola longitud y latitud en qué nos encontrabamos, y la distancia recorrida en las últimas veinticuatro horas, todo lo cual marcábamos en nuestras cartas, deduciendo las millas que nos quedaban por recorrer.

Así llegó el dia 27 de Julio, décimo y último de nuestra navegación. A la caída de su tarde, observamos que nuestro buque maniobraba hácia un barco de vela que teniamos á la vista, hasta tomar á bordo á uno de los hombres que conducía. Pronto supimos que era el práctico de la Trasatlántica, que habia salido aquella mañana de Nueva York para encontrarnos y guiar nuestra embarcación á la entrada del puerto, hasta atracar en el muelle que tiene la Compañía en la gran bahía. Por consiguiente, ya no podía cabernos duda de que aquella misma noche terminaria la navegación, esperando á la siguiente mañana para verificar el desembarco.

En el resto de aquella hermosa y para mí

solemne tarde, nuestras miradas se fijaban con insistencia en el lejano horizonte que indicaba la dirección de nuestra nave, á ver si podíamos distinguir la codiciada tierra. Aseguraban algunos á última hora que percibían algo, en dónde otros no veíamos más que la bruma natural del mar confundiendo los indefinidos límites, llegando de ésta manera á sorprendernos las sombras de la noche.

Y durante aquellas gozosas horas ¿Cuántas reflexiones asaltaban mi mente? Reflexiones que indudablemente ocurrirán á todo el que por vez primera arribe á las costas del Nuevo-Mundo. De ese mundo que descubrió Colón para gloria suya y de mi pátria, por el que tantas ansias y humillaciones pasó antes de descubrirlo, y después, tantas amarguras devoró por la insidiosa envidia y negra ingratitud de los hombres.

La imaginación haciendome recordar aquella tarde todo ésto, me representaba también con vivo colorido, que, en las aguas de aquél mismo mar y casi á la misma altitud que navegabamos, se encontraba tambien con las tres carabelas el insigne navegante el 8 de Octubre de 1492; cuando hiriendo el anchuroso espacio la voz de ¿Tierra? debió cesar su suprema angustia y

súbitamente renacer la esperanza y alegría en la indisciplinada tripulación.

Poco después de la media noche, el buque se encontraba ya parado, y el amigo García que había subido seguidamente sobre cubierta, bajó diciéndome, que, si quería gozar de un magnífico espectáculo, subiera á situarme hácia la punta de proa desde donde se admiraba perfectamente.

Vestíme entonces gozoso y tranquilamente, porque estaba muy ageno del trágico acontecimiento que en breve iba á tener lugar en el Labrador.

En efecto, desde allí se contemplaba un panorama fantástico: la profusión del alumbrado eléctrico de Nueva York y las cultas ciudades que le rodean, con sus grandiosos edificios y exuberante vegetación, daban al mágico conjunto un aspecto verdaderamente encantador, que entusiasmaba á los que tuvimos lugar de admirarlo tranquilamente.

Una media hora llevaría en tan grata contemplación, cuando apresuradamente se llegó á mí García, y me dice muy agitado: Tenemos fuego á bordo: hace horas que lo venían ocultando; pero ya no pueden más, porque toma alarmantes proporciones comunicándose rápidamente á otros departamentos. Vamos pronto á subir nuestros

equipajes hasta ver lo que sucede. Y echó á correr desaladamente.

Yo me quedé al pronto estático; una frase que revelaba fuego había helado instantáneamente toda mi sangre; repuesto algún tanto, seguí el ejemplo de mi amigo. Ya se notaba bastante el holor á humo en nuestro camarote, así, cojimos arrebatadamente las maletas y abrigos, subiendo al mismo sitio para arreglarlos y esperar el giro que tomaran los acontecimientos, procurando conservar la serenidad de ánimo para obrar según los casos.

Reinaba sobre cubierta la más completa oscuridad y la confusión mas espantosa. La infausta noticia del fuego, había circulado por todos los departamentos del vapor como una chispa eléctrica. Los pasajeros sorprendidos en el sueño, á medio vestir algunos, corrían despavoridos por todas partes, preguntando, donde, como y de que intensidad era el incendio; cosa que nadie podía precisar, dando esto lugar á curiosas escenas de confusión de lenguas.

A este continuo sobresalto, lo sustituyó la más suprema angustia y espantosa confusión. Del centro del buque principia á elevarse espesa columna de humo: la sonora campana con su lengua metálica, comienza aceleradamente á pedir socorro y el

penetrante sirvato de la máquina á reclamar auxilio, semejando sus sonidos á confusos bramidos, repetidos velozmente los unos, y muy prolongados otros; aumentando este espantoso aparato la confusión y el pánico que ya no tenían límites.

Una turba de tripulantes se dirige de pronto á los que nos encontrábamos en la parte de proa, dando descomunales voces, de: A popa todo el mundo; acompañados de bruscos ademanes; haciéndonos pasar á empujones por entre espesa nube de humo, con vacilante paso, por tener el agua á los tobillos y durar todavía las tinieblas de la noche, hasta dejarnos apiñados en dicho sitio.

En las cercanías que desde allí abarcaba nuestra vista, solo se notaba absoluto silencio y completa soledad, contrastando con nuestro imponente pedir auxilio, al que nadie contestaba ni acudía por espacio de una hora próximamente. Mientras tanto, ¿qué desgarradoras escenas tenían lugar en mi derredor? Mujeres y niños lloraban desesperadamente: los padres se abrazaban con efusión á los hijos, y las esposas asidas á sus maridos daban desaforados lamentos, mientras apresuradamente los marineros desamarraban los votes desalvamento.

Claro está, que durante aquellos angus-

tiosos momentos, no podría estar seguro ni tranquilo, apenándome á la vez mucho la prensencia de aquellas tristes escenas, que me hacían comprender bien los apuros de los que allí se encontraban con familia. Pero, para los que sabiendo nadar algo, nos veíamos libres de ella y de íntimas afecciones, la situación no era tan desesperada; pues de no darnos tiempo á recibir auxilio, abrigábamos la esperanza de salvarnos á nado; porque encontrándose el líquido elemento en completa calma, y el buque intencionadamente varado en un estrecho canal, del que por uno de sus costados apenas si distaría la playa unos veinte á treinta metros, podíamos en caso extremo salvar á nado esa distancia sin gran esfuerzo.

Ya principiaba á clarear el día, cuando del exterior hirió gratamente nuestro oído el sonido de un sirvato, apareciendo en seguida un vaporcito que á toda máquina se dirigía hácia nosotros; era el de sanidad, que deteniéndose súbitamente próximo á nuestra embarcación, después de haber hablado con el Comandante del Labrador, retrocedió inmediatamente á poner en la primera estación un telegrama al muelle de la trasatlántica, para que enviara un vapor de auxilio; regresando acto continuo á nuestro lado.

En esto, habian empezado á rodearnos algunos barcos y vapores para auxiliarnos; pero suponiendo que daba tiempo á la llegada del que se habia pedido, decidieron esperar mientras no hubiese una absoluta necesidad. Así, con la aurora del nuevo día, renacía la perdida tranquilidad y la esperanza de nuestra incólume salvación.

Llega por fin el vapor en que debíamos hacer nuestro trasbordo y todos se precipitan y empujan queriendo salir primero; pero la actitud resuelta é imponente del 2.º Comandante acompañado de varios marineros armados, impiden la salida desordenada, haciendo salir primero á las mujeres con los niños, después los hombres de edad avanzada y por último al elemento jóven.

Así terminó aquel desagradable accidente, sin más consecuencia para los pasajeros que el consiguiente susto, y para la Compañía Trasatlántica la pérdida de algunos miles duros; puesto que según supe después, á las dos de aquella tarde consiguieron dominar el fuego por completo y desabarrancar el buque para su reparacion, sin tener que lamentar ninguna desgracia personal.

¡Cuán cierto es, que, trás de la tempestad viene la calma! Como inmediatamente despues de un peligro inminente de muerte, es mucho más dulce y grata la vida. Una

vez á bordo de nuestra salvadora nave ¡qué transición tan completa en los semblantes! ¡qué cambio tan repentino se habia operado en el ánimo de todos! Las lágrimas que antes se derramaron con tan suprema angustia, entonces se vertian de entusiasta júbilo; los abrazos que mediaron entre seres queridos con tan profundo desconsuelo, se repetian con entrañable regocijo.

Las señoritas que durante la feliz travesía se habian exhibido siempre muy acicaladas, estaban entonces muy alegres y placenteras luciendo su desgredado tocado y algunas hasta su somero y descompuesto traje por haberle mojado sus vestidos el agua de las bombas de incendio.

Nuestra pequeña sociedad, dispersa durante el conflicto, se encontraba ya reunida saboreando alegremente el café que algunos habiamos podido recabar en la cocina, por no haberlo para todos en la nueva embarcación.

Congregados todos los pasajeros sobre cubierta, cada cual refería los episodios de que había sido testigo aquella madrugada, que por cierto, la mayoría escitaban la hilaridad, pues mucho de lo que antes aparecia como dolorosamente trágico, resultaba entonces verdaderamente cómico.

Serian ya las siete de la mañana, cuando

el lindo vapor en que habíamos trasbordado emprendió su rápida marcha hácia el próximo puerto de Nueva-York. Al partir, nos saludaron con estrepitosos hurras de las numerosas embarcaciones que habían acudido á prestarnos auxilio, exaltando nuestro ánimo de puro júbilo tan espontánea como entusiasta manifestación.

Navegamos de cuatro ó cinco millas por los bellísimos contornos de Nueva-Jersey, cuya capital es una de las gradiosas ciudades que rodean á la metrópoli del Nuevo-Mundo, admirando en ellos la pintoresca ribera y los suntuosos edificios de la culta población.

¿Cuántos encantadores atractivos se reunían para nosotros en esa deliciosa mañana? Lo apacible del tiempo con la halagüeña esperanza del próximo y anhelado arribo: los bellos y raros paisajes que se ofrecían á nuestras ávidas miradas después de diez días sin ver más que cielo y agua; y el astro rey luciendo sus esplendentes galas en el hemisferio que veíamos por vez primera sin haber llegado á pisar, y que muy en breve tendríamos el placer de hollar.

Pero, lo que indudablemente contribuía en nuestra exaltada imaginación á embellecer más esos encantadores atractivos, era la placentera disposición de nuestro ánimo,

producida por el reciente recuerdo del triste amanecer, comparado con la feliz y satisfactoria realidad en que nos encontrábamos en tan solemnes momentos.

En una media hora de navegación llegamos al anchuroso puerto de Nueva York, penetrando seguidamente en la inmensa bahía que forman los terrenos ocupados hoy por tres populosas ciudades en las desembocaduras de los caudalosos rios Hudson y Este.

En la gran bahía, admiramos primero el islote de Bedloe, en el que se elevaba terminado ya, el alto pedestal y gigantesco esqueleto, sobre el cual, se estaba colocando para servir de faro, la estupenda estatua denominada La Libertad iluminando al mundo, que poco después se debía inaugurar solemnemente; dentro de cuya colosal cabeza, tuve la satisfacción de penetrar en París el año 78, estando expuesta en la Exposición Universal.

Continuando nuestra navegación, atravesamos por entre dos pequeñas islas fortificadas que existen en medio de la colosal bahía, denominada del Gobernador la una y la otra de Gibón. Al llegar ahí, nos impresionó en extremo el maravilloso y sorprendente espectáculo que se ofrecía á la vista: al frente la incomparable Nueva-York; á la izquierda

Nueva Jersey, capital del Estado de su nombre, y á la derecha la hermosa ciudad de Brooklyn, destacándose su atrevido y famosísimo puente colgante que la une á la metrópoli. Abarcándose las placenteras orillas de las tres populosas poblaciones con sus numerosos y pintorescos muelles.

A la vez, se veía la gran rada surcada incessantemente con vertiginosa velocidad por infinidad de magníficos vapores de variadas formas, la mayor parte con dos pisos en superposición sobre sus cubiertas, conduciendo multitud de pasajeros asomados por balcones. En este asombroso movimiento, revelador de la febril actividad que reina en las comerciales ciudades de los alrededores, nos parecia imposible que no se abordasen á cada instante aquellas embarcaciones en el rápido cruce que en todas direcciones verificaban.

Entre el más expansivo júbilo, pisamos por primera vez el suelo americano en el muelle de la Aduana de Nueva York; endonde con solo declarar que no llevabamos nada de pago, no se nos molestó en los equipajes que conduciamos á la mano. En el corto espacio de tiempo que medió en esa operación, como si en mi exterior llevase escrito la nacionalidad á que pertenecía, se me acercó un jóven de elegante porte ha

blando español y dándome una targeta en cabezada así: Hotel Español é Hispano Americano. Era éste uno de los dos hoteles que yo tenia ya marcados en la guía que llevaba consigo; aunque me inclinaba al Hotel Recreo, que era el otro, por llevar una recomendación para su propietario, me decidí en el acto por el primero, al asegurarme dicho jóven que D. Benito, dueño del Recreo, habia fallecido poco há.

Habiendo sabido por el mismo, los compañeros Garcia y Braye, que el Hotel de París. en donde querian hospedarse, estaba en la misma dirección que el Español, se vinieron conmigo, para tomar el ferro carril áereo que conducia á los respectivos hoteles. Al llegar al punto de la Sesta Avenida en que se encontraba la estación correspondiente, nos quedamos los tres absortos; sin saber que hacer ante tanta actividad y maremagnum como teníamos delante.

Es esa una de las avenidas que está dotada de ferrocarril áreo, é indudablemente la de más circulación en su vía y más movimiento en las cinco espaciosas calles que la forman; así, nos parecía imposible poder atravesar la distancia que mediaba al centro de la avenida, donde teníamos que llegar para subir á la estación férrea; pero el gente del Hotel que venía acompañando-

nos, al ver nuestra perplejidad, nos dijo: No hay más remedio que pasar, síganme ustedes. Y en efecto, con bastante dificultad, atravesamos primero una amplia acera cruzada incesantemente por inmensa muchedumbre de presurosos viandantes; después, pasamos á la carrera por anchurosa calle cruzada sin cesar por toda clase de carruajes, con sumo cuidado para no ser atropellados, hasta llegar al pié de la escalera que debíamos ascender, viendo allí la calle formada en el centro con la doble línea de tranvía, también con sus magníficos coches repletos de viajeros.

Subimos á la estación, que por aquel sitio se encontraba á la altura de entre primeros y segundos pisos de las casas de la Avenida. Allí, nos detuvimos breves momentos, tanto para enterarnos de lo que debíamos hacer, como para contemplar unos instantes el maravilloso espectáculo de fébril actividad que se ofrecía á nuestra asombrada vista.

Frente á esta estación aérea, como en todas las demás, habia otra exactamente igual, á la cual se ascendía por el lado opuesto para ir en sentido contrario; mediando entre ambas la distancia que ocupa la doble vía férrea. Cada dos minutos se cruzaban los trenes con una velocidad sorprendente,

deteniéndose en las estaciones solo segundos para dar salida y entrada á los viajeros; teniendo éstos que verificarlas instantáneamente para no experimentar contrariedades.

Desde aquella altura se dominaba todo lo que pasaba por ambos lados de la espaciosa Avenida. El ruido de los trenes al deslizarse por la férrea plataforma y el de los carruajes al rodar por el duro adoquinado, con el confuso murmullo del inmenso gentio de las dos aceras, y toda aquella inarmónica variedad de circulantes; formaban un contraste y una confusión descomunal, que la falta de costumbre en los tres nos tenía anonadados. Así, al fijarme un instante en el Ingeniero parisien, y observar el asombro y estupefacción que demostraba su semblante, me ocurrió decir: qué os parece todo esto, Mr. Braye: El infierno; me replicó secamente.

Sin salir de nuestro asombro, tomamos los billetes, que por nuestra mano, fuimos depositando en una urna de cristal, cuidada por un empleado; entrando luego en el tren, que como todos, se componia de una pequeña locomotora y cuatro magníficos é iguales coches de cuarenta cómodos asientos cada uno.

Dos estaciones antes de la que á mi me

correspondía, se quedaron los dos compañeros que iban al Hotel de París, y un momento después, me quedaba yo en la estación de la calle 14, desde donde el agente del Hotel Español, me hizo notar el tercer edificio de la izquierda de dicha calle, que era la fonda á dónde me iba á hospedar, viéndose desde luego en el centro de ella como ondeaba la hermosa bandera nacional de mi pátria.

Prévia mi presentación al propietario del hotel D. Pedro Riesco, que era un bondadoso compatriota originario de una de las provincias de Galicia, á quien después de manifestarle mis deseos y hablar un poco de España me condujo en el ascensor del establecimiento al piso 4.º, para posesionarme de la habitación número 18.

La exaltada escitación de mi cerebro por tantas y tan profundas sensaciones como llevaba experimentadas desde la madrugada, y el vehemente deseo de principiar mis investigaciones en la famosísima y singular ciudad: no permitían que me entregara tranquilamente al descanso, ni ha que permaneciera inactivo en la fonda. Así, preocupábame en aquellos momentos la idea de cómo podría aprovechar el día, sino empezaba por entregar dos cartas de recomendación, que todavía no consideraba oportuno hacer

uso de ellas, ó desde luego principiar por lo que tanto huia, queera valirme de un intérprete para servirme de cicerone. Porque éste, en ciertos casos indispensable auxiliar, me ha sido siempre muy enojoso, principalmente por considerarlo fruta vedada para el que como yo no dispone de bolsillo bien repleto. Pues, la experiencia me ha demostrado, cuando de él no he podido prescindir; que además del tipo elevado que el intérprete se hace pagar en las grandes poblaciones; cuantas veces le ocurre á uno en su compañía gastar en comer, beber, vehículos de locomoción ó entradas á espectáculos públicos, es muy natural tenerlo que hacer también con él, y si en su compañía se le ocurre á uno hacer algunas compras, es harto sabido, que el vendedor le reserva para cuando vuelva solo después, un tanto por ciento del importe de la compra; que como también es muy natural y lógico, se lo ha de procurar aumentar al comprador.

Pero, quiso mi buena fortuna librarme pronto de ese peso, porque habiéndome bajado á almorzar después de verificar ligeramente el consiguiente asco, me toco hacer lo junto á un simpático joven, con quien en animada conversación hubimos de comunicarnos respectivamente nuestras mútuas

circunstancias. De lo cual resultaba; que D. Lino Jimenez, así llamado dicho jóven; era natural de Cuba, donde residian sus padres; que conocia perfectamente á Nueva York, por haber cursado en esa ciudad cinco años consecutivos la carrera de Farmacia, en la que después de recibir su título profesional se habia colocado en Baltimore, población importante de los Estados Unidos, muy próxima á la capital oficial hoy de la gran nación, y en donde á la sazón, se encontraba establecido por su cuenta y casado con una hija del país. En aquellos momentos, hacia unasveinticuatro que habia llegado á la metrópoli, para tratar algunos asuntos con los señores que le servian los pedidos de su farmacia. y gozar de paso tres ó cuatro dias en la ciudad que tanto cariño le profesaba.

Enterado á la vez el Sr. Jimenez de mis circunstancias y situación del momento, empezó por darme muy provechosos consejos, ofreciéndose espontáneamente, para acompañarme en el corto espacio de tiempo que permaneciese en Nueva-York; siempre que fuera compatible con el desempeño de sus asuntos. Ofrecimiento, que agradeciéndolo en el alma me complació en extremo, por las grandes ventajas que para mí reunía; siendo por consecuencia origen de una

íntima y sincera amistad, que yo no podré olvidar jamás.

En el curso de nuestra conversación, había yo expuesto el método que me propongo siempre al visitar las grandes poblaciones; dando principio por admirarlas en conjunto desde una altura con sus respectivos planos y guías á la vista, para hacerme cargo de la situación de ellas con sus contornos y sitios donde se encuentran sus principales monumentos; recorriéndolas seguidamente, por los medios más fáciles de locomoción de las mismas; para después visitarlas detalladamente en sus notables particularidades. Por lo tanto, antes de levantarnos de la mesa, mi reciente amigo, me indicó en el plano de Nueva York el itinerario que seguiríamos aquel día, sin abandonar él sus negocios: asegurándome, que quedaría satisfecho por lo bien que esa ciudad se prestaba á mis deseos.

Entre once y doce de la mañana salimos del hotel, y avanzando siempre hácia el Este de la población por la calle 14, atravesamos á pié las bulliciosa Sesta y la elegante Quinta avenidas, hasta llegar á la espaciosa y bellísima plaza de la Unión (Unión Square), en cuyo centro existe bonito jardín con paseos, alzandose entre otras, magníficas

estátuas á Lafayette, Lincoln y la ecuestre de Washington.

Después de dar una vuelta alrededor de ésta plaza, que es uno de los sitios más bellos y céntricos de Nueva York, admirando los grandiosos hoteles y magníficos establecimientos que en ella se ostentan, continuando luego por la calle 14 y atravesando Broadway (calle ancha); que discurre en el mismo sentido de las avenidas, haciéndolo otras diagonalmente. Esta calle es la arteria principal, de más comercio y movimiento de la capital.

Seguidamente atravesamos las avenidas Cuarta, Tercera, Segunda y Primera; haciendo lo mismo con las pacíficas avenidas A, B, C y D, hasta el muelle 72, límite de la población por el lado del Este; en donde por corto espacio de tiempo contemplamos las pintorescas orillas del caudaloso río, en el que continuamente se cruzaban multitud de vapores, llevando la actividad y la vida entre las ciudades circunvecinas; de las que se veían distintamente las de Brooklyn y Lon Island.

Desde allí regresamos por la misma calle 14 hasta Broadway, donde tomamos el tranvía que se dirigía hacia el Sur, conduciendonos seguidamente al hermoso parque denominado La Bateria (The Battery), tér-

mino de la población por ese punto cordinal. En el largo trayecto que para ello recorrimos, me impresionaron sobre manera la infinidad de colosales edificios y soberbios establecimientos de todo género, con el maremagnum y descomunal movimiento de la célebre calle.

En el animado parque de la Bateria, convergen las cuatro vias de ferrocarril aéreo con varios tranvías; desde cuyo parque, mientras mi compañero despachaba sus asuntos, volví á contemplar la gran bahía que tan alegre y satisfactorio acceso nos había dado aquella mañana: lugar encantador, del que tomé acta para volver á él con más calma á gozar de sus bellas perspectivas.

Desde La Bateria, regresamos un poco hasta encontrar la notable iglesia episcopal de la Trinidad, de alta y elegante torre, que según me decía la guía que yo llevaba de Europa, era uno de los puntos más apropiado para poder contemplar y hacerse bien cargo de la singular ciudad y sus alrededores; pero lo que no me decía la guía, eran las dificultades que encontraría para poder ascender á ella, dificultades que el buen tacto del Sr. Jimenez pudieron al fin salvar.

Ya en la cúspide de la elevada torre, con el

plano de la ciudad, mi complaciente é ilustrado acompañante, me proporcionó la enseñanza necesaria, para que en lo sucesivo pudiera valerme sólo en aquél débalo de confusión. A la vez que, por espacio de más de una hora, contemp'é el encantador panorama que la Naturaleza y el Arte aunados, ofrecen desde allí, para exaltar el entusiasmo del viajero más acostumbrado á presenciar esos sublimes espectáculos.

Eran las primeras horas de la tarde: la atmósfera y el cielo se ostentaban completamente diáfanos: la vista abarcaba grandes extensiones de mar y tierra; y los intensos rayos de sol, hiriendo los dilatados ámbitos del espacio, relucian sobre las aguas y brillaban en los cincelados remates de millares de suntuosos edificios.

Los anchurosos cauces de los caudalosos rios Hudson y Este, que casi circundan la metrópoli, los surcaban infinidad de variadas embarcaciones, pasando unas por debajo del atrevido puente colgante, y todas cruzándose incesantemente en todos sentidos, por ellos y por dos espaciosas bahias; de las cuales, la exterior se comunicaba con el Atlantico, y la interior, formada por tres grandiosas ciudades, recogiendo el caudal de aguas de los dos soberbios rios que en ella desembocan.

En lontananza, se percibía la inmensidad del Océano, cobijado por el hermoso azul del cielo de esa privilegiada comarca: en las cercanías, se admiraban cinco ó seis populosas ciudades, engalanadas con todos los progresos de la civilización moderna; y al pie de la gallarda torre, se observaba detalladamente la ciudad, exhibiendo sus asombrosas obras de utilidad pública, que la distinguen de todas las capitales del orbe, con su prodigiosa actividad y sorprendente movimiento, en lo que tampoco tiene rival en el mundo.

Desde la torre de la Trinidad, nos dirigimos al ferrocarril de la Avenida Sesta, que rápidamente nos condujo al Parque Central (Central Park), uno de los más bellos de la tierra en su género, cuyo límite por el Norte se considera como el término de la ciudad por esa parte.

No siendo posible en esa tarde visitar los notables museos y hermosos bosques, praderas, lagos, puentes, esculturas y toda clase de costosos monumentos como en él existen: dejamos para visitarlos después, contentándonos entónces con recorrer ligeramente algunos puntos, donde se admiraban entre bellezas de exuberante vegetación, hermosos y raros animales de toda especie esparcidos por doquier, y un bonito lago,

surcado por diminutas embarcaciones de caprichosas formas, paseando alegremente á numerosos niños.

Del mismo modo que habíamos ido al parque, regresamos al hotel que nos albergaba, serian las cinco de la tarde, considerándome ya satisfecho con la bien aprovechada correría de ese dia; pero el complaciente Señor Jiménez, quiso que antes de comer hiciéramos una pequeña excursión al término de la población por la parte Oeste.

Por tanto, en el tranvía de la calle 14 que pasaba por la misma puerta de nuestra fonda, nos trasladamos en menos de diez minutos á la orilla izquierda del rio Hudson; admirando en ella los numeros muelles extranjeros y nacionales, que con el continuo transporte en los famosos vapores llamados Ferrys á la orilla opuesta del rio, sirven para comunicarse con la ciudad de Nueva Jersey y con el continente.

A póco de las seis de la tarde estábamos ya de vuelta en el hotel, habiendo realizado en unas seis horas lo que tanto deseaba, como imposible parecia que lo pudiera verificar en ese dia, pues, en tan corto espacio de tiempo, habia admirado en globo á la gran ciudad con sus contornos, recorriéndola completamente de Este á Oeste, y casi en su totalidad, de Sur á Norte.

Después de la comida, en el amplio salón de descanso de la fonda, conversaba con varios compatriotas peninsulares y cubanos, deseosos de saber algunas minuciosidades de la patria común. Y á poco, recibia allí la grata visita de cinco compañeros de navegación que se hospedaron por la mañana en el Hotel de París.

Enterados los señores García y Braye que eran dos de los cinco, de como yo habia invertido el resto de aquel día, sintieron no haberse venido conmigo aquella mañana, particularmente el primero, que precisado á continuar su viaje á California en la mañana del siguiente día, hubiera podido al menos formar idea de la ciudad, que de otra manera no tenia ninguna, pues, solo habia visto de ella, un trozo de Broadway y la corta distancia mediada entre nuestros respectivos hoteles.

Por estos amigos, supe que á las tres de aquella tarde, iban ya vendiendose por Nueva York algunos periódicos que relataban el desagradable incidente que habíamos tenido á bordo por la madrugada, con grabados del vapor Labrador y retrato de su Comandante. Periódicos que me exhibieron los compañeros, por haberlos comprado para recuerdo, y que yo tambien me procuré dos con el mismo objeto.

En vista de ese relato de mis compañeros, me ocurrió, si los corresponsales en Nueva York de la prensa española, podrían comunicarle ese día la noticia, que por consiguiente llegaría dos después á Murcia, y como á ésta, yo tenia escrito mi salida del Havre en el vapor Labrador, pudiera esto proporcionar un disgusto en mi familia. Así, me vi precisado en la mañana siguiente á poner un cablegrama á mi esposa, diciéndole simplemente: Llegué bien, con objeto de que estuviera en mi casa un día antes que los periódicos de Madrid, como también sucedió, y evitó el disgusto.

Después de un largo rato refiriendo nuestras mutuas impresiones del día, nos fuimos á pasear en festiva caravana de diez personas; pues, además del Sr. Jimenez nos acompañaban dos cubanos y un alegre joven andaluz, representante en Nueva York de una casa española, que expendia en ella productos de nuestra privilegiada provincia de Málaga.

Poscidos de expansivo júbilo, nos dirigimos á la próxima plaza de la Unión, que es la más animada y de más sorprendente hermosura de esa población, por sus suntuosos edificios, lujosísimos comercios y magníficos hoteles y cafés; iluminado todo profusamen-

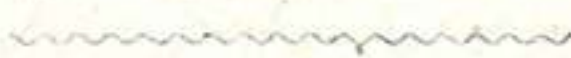
te con preciosas conbinaciones de gas y electricidad.

Allí, los que penetrábamos de noche por vez primera, gozamos entusiasmados por espacio de tres horas de tan asombrosa belleza. En el centro de la mencionada plaza, por cima de las copas de cubiertos árboles, se elevaban cinco grandes focos de luz eléctrica de alto voltáico, que parecían cinco brillantes lunas, cuyos intesos fulgores estendian su plateada luz por el bonito jardín y monumentales estátuas. En el lado Norte del ámplio rectángulo que formaba, se alzaba magnífico tablado iluminado á la veneciana; donde una gran orquesta hacia las delicias de los numerosos paseantes que acudian á disfrutar de las brisas de la noche y de tantos encantadores atractivos como allí se reunian. Y hacia el lado opuesto, una muchedumbre de viandantes, se detenian ante los grandes cuadros disolventes, que una compañía de anuncios exhibia á la altura de los pisos cuartos de los edificios, presentando en ellos, después de cada anuncio, raras y extrambóticas caricaturas, ó cuadros de costumbres en grotescas actitudes. Formando el maravilloso conjunto de aquella admirable plaza, un aspecto verdaderamente deslumbrador y fantástico.

Serian ya las doce de la noche, cuando

franceses y españoles nos despedíamos en la calle 14, al pié de la estación aérea de la Sesta Avenida, para retirarnos á nuestros respectivos hoteles. Y, al paso, procurarme yo el descanso á tantas fatigas y sensaciones como llevaba experimentadas en ese día; pero la exaltada agitación en que todavía se encontraba mi espíritu, no me dejaba conciliar el sueño. Cuando de ello húbeme persuadido, encendí la luz de gas que tenía colocada sobre la cabecerilla de la cama, y aproveche el insomnio en continuar los apuntes de mi diario, sin tocar desde el 27 en la tarde, encabezándolos de este modo: 28 Día de inmensas y profundas emociones.

Así estuve hasta sorprenderme la luz de la aurora, que me representó satisfactoriamente el triste amanecer del día anterior; y, así también, veía el término de las últimas veinticuatro horas, correspondientes casi en su totalidad á el día 28 de Julio de 1886, que será en el resto de mi vida, uno de los que conserve indeleble mi infiel memoria.





III.

Excursión á Filadelfia y Washington.

Dos excursiones eran mi sueño dorado, verificar en los Estados Unidos, una á Washington, su notable capital, y la otra á las famosas Cataratas del Niágara: lo que no llevaba decidido era el orden en que me convendría establecerlas, hasta poderme enterar allí de las ventajas ó inconvenientes que pudiera encontrar en ellas, para desde luego empezarlas á realizar.

Cuando me hube enterado de que faltaban muy pocos dias para suspender sus sesiones las cámaras legislativas de la República federal, en las cuales, deseaba ver el gran Capitolio americano en el ejercicio de las trascendentales funciones de los padres de la patria; decidí sin dilación, dar comienzo á mis excursiones por la de la capi-

tal oficial de los Estados Unidos. Así como verificar seguidamente la del Niágara, dejando para después, el admirar las maravillosas obras de Nueva York, que es la singular y más notable ciudad del continente americano.

Para ello, favorecíame la circunstancia del regreso á Baltimore del complaciente Sr. Jimenez, que me ofrecía detenerse en el viaje algunas horas en Filadelfia, para acompañarme á ver las principales particularidades de esa populosa é importantísima capital.

Después de haber llevado dos dias recorriendo la asombrosa ciudad de Nueva York, y pasar á Brooklyn por el puente colgante, para poder admirar de cerca ésta hermosa población y la maravillosa obra que los une; emprendí el viaje á Washington, el dia 30 á las seis de su mañana, acompañado de mi excelente amigo.

En la puerta de nuestro hotel, entramos en el tranvía que se dirigia hácia el Oeste, conduciéndonos en pocos minutos al límite de la población por esa parte, penetrando allí seguidamente en el dique y muelle que la Compañía del ferrocarril de Pensilvania tenía en la orilla izquierda del Hudson, quedando desde luego embarcados en el primer Ferry que se disponía á cruzar el rio.

Con objeto de poder dar ligerísimas ideas de algunas particularidades de ese singular país, procuraré en lo sucesivo, como mejor me sea dado, exponer los breves detalles que en ciertas ocasiones considere requerir el caso, para que se pueda formar idea, aunque ésta sea muy imperfecta y baja, de las cosas ó conceptos que vaya narrando.

En el párrafo anterior á este último, he hecho uso indeterminadamente del vocablo *Ferry*: pues bien, ésta palabra es el nombre con que en los Estados Unidos se designan á unos hermosos vapores de forma cuadrilonga, sin proa ni popa, con uno, dos ó tres pisos sobre cubierta, terminando en una torrecita adonde va el piloto que establece el rumbo, comunicándose con el conductor de la máquina asentada en la parte central del buque; por los costados, con las separaciones necesarias se acomodan los pasajeros, teniendo salones para señoras y plataforma para los fumadores, y en el centro va toda clase de carruajes, caballerías y hasta vagones. Esta clase de embarcaciones, que sirven para atravesar los ríos caudalosos, por su disposición y forma nos choca mucho á los europeos, por no conocerse en nuestro continente.

Con unos dos minutos de espera y tres ó

cuatro que el Ferry invertiria en cruzar el Hudson, nos encontrábamos en la estación de la via férrea de Pensilvania, en donde ya estábamos pisando otra población y otro estado; la población era la de Jersey-Citi (ciudad de Jersey), que es la capital del Estado de Nueva Jersey.

Inmediatamente después del desembarco, tomamos nuestros correspondientes villetes para Baltimore y Washington, con los cuales podíamos á voluntad detenernos en Filadelfia, como lo hicimos. El tren partió á los pocos minutos por entre los suntuosos edificios de las calles de la población, en la que se observaba bastante animación y movimiento, avisando continuamente á los transeúntes con una sonora campana.

Los alrededores de Jersey Citi, ó sean de Nueva Jersey, que es como generalmente se nombra allí esta ciudad entre los europeos, parecen improductivos, pues son pantanosos, viendose en ellos mucha hierba. La campiña es muy llana, abundando en praderas cercadas, con algunas extensiones de frondosos árboles.

Todos los trenes de los ferrocarriles norteamericanos, por su estructura y grandiosidad sorprenden al viajero europeo cuando los vé por primera vez, siendo los de la linea de Pensilvania de los más grandes y

lujosos. Las locomotoras, de inmensas dimensiones, con sus arrojavacas por delante, sonoras campanas en vez de silvatos y casillas de gruesos cristales para resguardo de los maquinistas, son verdaderamente magestuosas.

Los coches (ó vagones que allí dicen siempre) de pasajeros son de proporciones enormes y muy diferentes á los nuestros, abiertos por los extremos y puestos en comunicación por medio de puentes de hierro, pasando desde el primero hasta el último por un pasillo en el centro, sin mas que ir abriendo y cerrando las puertas de cristales de cada uno; llevando á cada lado una serie de quince ventanas, provistas de gruesos cristales y persianas, de que el pasajero dispone á voluntad.

En los cuatro rincones que forma el rectángulo de los vagones, llevan para el invierno, en dos de ellos diagonalmente opuestos, una gran estufa cada uno; en los otros dos rincones, en el uno hay un desahogado retrete con mingitoria y lavavo, y en el otro, una fuente con agua helada y vasos de cristal, para que el viajero se sirva cuando quiera; para lo cual, cuidan en el verano de irle poniendo de vez en cuando témpanos de hielo. Los asientos, generalmente forrados de terciopelo, son butacas de respaldo movable,

que los camareros en un momento dado, con llaves apropiadas varían según la dirección del tren, para que el pasajero mire siempre hacia donde se marcha. Iluminado todo de noche con soberbias lámparas colgantes de exquisito gusto y potente luz.

A la cabeza de cada tren llevan siempre un vagón fumador, en cuyo decorado entra sólo el hierro en vez de madera, la tela incombustible y el alumbrado de aceite; al cual, tiene que pasar siempre el viajero cuando quiere fumar.

Estos grandiosos y magníficos vogones, duplos por lo menos de los coches de nuestras líneas, montados sobre seis pares de grandes ruedas, constituyen en los Estados Unidos la única clase, desconociéndose por consiguiente en ese democrático país, las desinencias de 1.^a 2.^a y 3.^a clase. Sin embargo, lo que allí puede decirse que constituye nuestros departamentos de lujo, son los salones comedores y de dormir, que contienen el último refinamiento de la comodidad; pero sólo se toman cuando se han de recorrer largas distancias, para pasar días y noches enteras sin salir del tren.

Por el pasillo central, discurren de vez en cuando vendedores ambulantes de periódicos y libros, que suelen dejar en los asientos desocupados á la ida, para que los vean

los pasajeros y á su vuelta los recogen si no los quieren comprar: los mismos, llevan también dulces, frutas y tabacos que ofrecen sin importunar á nadie y hasta sin hablar. Los viajeros van generalmente leyendo en el periódico ó el libro que de viaje llevan siempre consigo, y cuando no estan ocupados, sin dirigir á las personas miradas ni preguntas indiscretas, ni gustar á la vez ser preguntados, parecen no preocuparse nada de lo que hacen los demás, observan en caso con disimulo y callan, ó si hablan con el compañero de viaje lo hacen muy quedo. Así, antes de haberme apercibido de ello, al hablar yo en voz natural con el amigo Jimenez, hubo éste de advertirme que lo hiciera bajo, porque estaba muy mal visto lo contrario; por consiguiente, aunque el vagón lleve los numerosos viajeros que caben, reina en todo él el más profundo silencio.

Estas y otras cosas por el estilo desagradan allí mucho á los viajeros de nuestra raza, que no comprendemos la compañía de viajeros sin la comunicación de ideas en animada conversación; aunque por mi parte, no entendiendo una palabra del ingles, encontré bien pronto esa costumbre muy aceptable.

En seis ó siete estaciones se detuvo el

tren antes de llegar á Filadelfia, correspondientes á otras tantas animadas poblaciones, las cuales revelaban bastante riqueza y actividad al atravesarlas.

Aun no se ha llegado á la populosa ciudad, cuando ya se despierta la admiración del viajero al contemplar la exuberante vegetación de la inmensa llanura que la rodea, regada por el caudaloso río Delavare. Mi amable compañero, me hizo notar al pasar las bellas perspectivas del renombrado parque de Fairmount (monte hermoso), que se encuentra junto á la ciudad, contando con 1.200 hectáreas de superficie; mucho mayor que los Bosques de Bolonia de París, y uno de los primeros del mundo; tanto por su enorme extensión, como por las bellezas naturales y artificiales que contiene; en cuyo recinto, se verificó en el año de 1876 la famosa exposición Universal.

Serían las nueve de la mañana cuando descendimos del tren en la grandiosa estación férrea de Filadelfia, habiendo por consiguiente recorrido en menos de tres horas los 144 kilómetros que separan á esta población de Nueva York. Y después de un ligero almuerzo en la misma fonda de la estación, tomamos un carruaje por cinco horas, para hacer una excursión por las principales calles y sitios de la ciudad, visitan-

do de paso algunas de sus muchas notabilidades.

El célebre parque nos atrajo hácia él primeramente. Caminamos largo rato por extensos paseos, cobijándonos la grata sombra que producían las frondosas alamedas de colosales olmos, robles y tulíperos; admirándose á cada momento deliciosos sitios de aspecto encantador; con hermosas fuentes y cascadas, entre praderas, porterres y cenadores rústicos; abarcando la vista bellos paisajes formados por rocas artificiales, cascadas y pequeños lagos con numerosos cisnes. Embelleciendo tan mágico conjunto soberbias estátuas, y elegantes construcciones apropiados á ese lugar, entre los que se encuentran: ricos pabellones de clubs de regatas, el colosal elevador de aguas, para surtir de ellas á la ciudad y al parque, y el notable jardin zoológico, reputado por uno de los primeros del mundo.

Pero, lo que constituye las dos verdaderas maravillas de ese grandísimo parque, son; su notable Museo y el magnífico Palacio Arabe de horticultura, cuya base la forman el hierro y el cristal: suntuosos monumentos, erigidos para dar perpetuo testimonio de la gran Exposición universal celebrada el 76 en Filadelfia; que rivalizan honrosamente con los portentosos palacios de

Cristal y Trocadero, que con igual objeto ostentan respectivamente las soberbias capitales del viejo Continente, Londres y París.

Después de nuestra pequeña correría por los sitios más salientes del notable parque, que solo vimos exteriormente, penetramos en la populosa capital; de la que antes de referir nuestra ligera visita, paréceme oportuno extractar cuatro palabras de su historia, para que recordando su reciente origen, pongan de manifiesto su rápido desenvolvimiento y floreciente estado actual.

Cuando hará unos dos siglos estaba ya muy adelantada la colonización de Virginia, Nueva Inglaterra, La Carolina, Maryland y Nueva Jersey; se presentó á Carlos II de Inglaterra su súbdito Guillermo Penn, para interceder por los cuáqueros, partidarios de una nueva secta religiosa, á la que él tambien pertenecía; pudiendo á la vez re-abar de la Corona británica; que en pago de diez y seis mil libras esterlinas que el Tesoro debía á su Padre, por haber sido almirante de la Gran Bretaña, le concediese un territorio situado entre sus colonias americanas, regado por el caudaloso rio Delavare. Del que al posesionarse Penn, le bautizó con el nombre de Silvania, y el rey le agregó después el de Penn, resultando de ahí el de Pen

silvania, que es el actual de tan hermoso como floreciente Estado.

A las orillas del Delavare, acompañaron á Guillermo Penn dos buques cargados de emigrados cuáqueros, perseguidos á la sazón en su patria por el fanatismo religioso, con los cuales principió la colonización de la comarca que se les habia concedido. Erigido en legislador, dotó el país de una constitución, en la que establecía ámpliamente la libertad civil, religiosa y el sufragio universal. La constitución fué adoptada por sus habitantes, y la asamblea que se formó, **votó las leyes para su organización. La honrada é íntegra conducta de Guillermo, le valió el más acendrado cariño de sus subordinados; á la vez que respondió siempre noblemente, á la confianza que en él había depositado la madre patria.**

La influencia del nustero é incorruptible cuáquero, se extendió bien pronto hasta las tribus indias, con los cuales hizo un tratado de paz y adquisición de terrenos en 1682, basado en la protección mútua, que no fué jamás quebrantada, apesar de haberse celebrado sin expreso juramento.

Este solemne acto, tuvo lugar á la sombra de un corpulento olmo, al rededor del cual se fueron formando después los primeros edificios, que por orden de prioridad fueron:

una escuela de instrucción primaria, una imprenta y casa de correos; origen de la hermosa y populosa ciudad, capital del Estado de Pensilvania, á la que el insigne Penn dió el nombre de Philadelphia, que quiere decir amor fraternal.

En el sitio que ocupó el célebre olmo, se levanta hoy en la calle Beak un bonito monumento de piedra, que en su cara principal dice en inglés, y mi amigo Jiménez me tradujo al español así: «Lugar de la celebración del tratado de Guillermo Penn con la nación indiana, en 1682. La fidelidad prometida aquí jamás se quebrantó.»

Nada más noble y elocuente que esa lacónica inscripción, si se tiene presente, que no hay país en el mundo adonde se haya guardado más sagrado respeto á la propiedad, que se haya disfrutado de tanta libertad y seguridad, ni á la vez que haya progresado con mas rapidez que el floreciente Estado de Pensilvania. Hace apenas dos siglos que era una mísera comarca inculta, completamente estéril, poblada solo por algunos salvajes, y hoy es un gran emporio de riqueza, hermosura y civilización.

En Filadelfia invertiriamos de tres á cuatro horas recorriendo en carruaje descubierto sus principales calles, pasando revista á sus innumerables y grandiosos edi-

ficios públicos y particulares, como son: establecimientos benéficos, iglesias de todas las religiones, escuelas, bibliotecas y tantos otros notables como encierra esa soberbia capital. Sentía en verdad no detenerme á ver interiormente tan magníficos establecimientos; consolándome la idea, de que en Nueva York, donde existe todo lo más notable y sorprendente de esa nación, podría despues hacerlo con alguna tranquilidad y detenimiento. Pues es sabido que en ella, vista su metrópoli, puede decirse que se han visto todas las ciudades de los Estados Unidos; porque guardando todas entre sí el mismo orden, y afanándose en imitarla en todo, parecen cortadas por el mismo patrón, sin llegar á ser en muchas cosas, más que un simple remedo de la incomparable ciudad; pero, son indudablemente semejantes: en calles anchas y rectas cruzadas en ángulos rectos; en amplias plazas con paseos de árboles, y en edificios de igual disposición, con la misma severa arquitectura; concluyendo esto por darles un aspecto de monotonía tal, que pronto astian al viajero observador; careciendo á la vez todas, como ciudades jóvenes, de los sublimes monumentos de variadas arquitecturas que de la antigüedad ostentan las poblaciones de la vieja Europa. Aunque en

cambio, abundan como en ninguna parte, las obras de utilidad pública, de las que tambien Nueva York, reúne todo lo más saliente que hasta hoy ha inventado la actual civilización.

Entre los edificios más notables que en Filadelfia vimos exteriormente, según la nota que tomé, son; la nueva Casa consistorial que ha costado al municipio de la ciudad diez millones de dollars (duros); reputado por uno de los edificios más grandes del mundo, cuya planta la forma un cuadrado de 145 metros de lado, con una alta torre en cada uno de los cuatro ángulos del cuadrado, y otra en el centro de 125 metros de elevación, coronada con una estatua colosal de Penn. La penitenciaria, carcel celular de seis crujas radiadas, que pretenden sea la que ha servido de modelo á las demás que hoy se conocen; la Casa de corrección para jóvenes delincuentes, donde se les instruye admirablemente en artes y oficios; la grandiosa Universidad; varios suntuosos hospitales, y soberbios edificios de los numerosos bancos de crédito que existen en esa población.

Impulsado por mis naturales aficiones, quise ver de cerca dos de sus muchos establecimientos de enseñanza, el uno fué: el famoso colegio particular de instrucción pri

maria, denominada de Girar, que fué su fundador, sostenido por un gran legado del mismo; del cual, sólo vimos ligeramente parte de su rico material, por estar de vacaciones, y ser muy vastos los departamentos para mantener internos gratuitamente á 500 niños pobres, de seis á diez años, dándoles la instrucción correspondiente, y principio á la enseñanza del oficio que desean.

El otro era el zalebte Colegio de Sordo-mudos, y fué en el que hubimos de detenernos algo. En éste notable establecimiento, situado en la calle Broad en suntuoso edificio, dotado de rico material pedagógico y de comodidades sin cuento, se educan sobre 400 alumnos internos y 200 externos. Un profesor auxiliar del mismo, nos acompañó sirviendonos de cicerone en nuestra ligera visita; el cual, al saber que yó era profesor de instrucción primaria y que además poseia un título especial para la educación de esos desgraciados seres, adquirido en el Colegio de Sordo-mudos y ciegos de Madrid; en formas más corteses y ceremoniosas de las que se acostumbran en ese país, se esforzaba en dar explicaciones de los excelentes aparatos y procedimientos de que se valian para la enseñanza; en las que haciendo de intérprete el amigo Jiménez; me ilustraron con verdadera delectación.

Filadelfia es la población de los Estados Unidos de más extensión superficial, y después de Nueva York, la que reúne mayor número de habitantes; entre los que por varias razones, existen bastantes rivalidades y muy marcadas diferencias en sus costumbres; pues la grandiosa ciudad del Atlántico, con su concurridísimo puerto y portentoso comercio, habitada por extranjeros de varias nacionalidades; y, muy visitada por habitantes de las cinco partes del mundo, transije con muchas costumbres exóticas, distinguiéndose en general por su carácter cosmopolita.

Por el contrario, la hermosa y rica ciudad perla del Delavare, menos habitada y visitada de extranjeros y más puritanos sus habitantes, dominan completamente las costumbres que establecen las doctrinas de Fox, fundador de la religión ecuaquera, cuya semilla sembró allí el incorruptible Guillermo Penn; dándole un carácter especial de austeridad, que se lo revela al viajero lo mismo es sentar su planta en ella, al observar muy marcadamente en los transeuntes, el sencillo y tradicional traje negro, con levita ajustada de falda larga, sombrero de copa baja y ala ancha en los hombres, y en las mujeres, aunque sean de las bien acomodadas, el vestir oscuro exento de adornos, lle

vando en la cabeza un peculiar sombrero negro aplastado.

Esta modesta manera en el vestir de ambos sexos, contrasta admirablemente con la atildada elegancia con que se rinde culto á la caprichosa moda en Nueva York, en donde como en ninguna parte, incluso París que dá el figurin, se viste con tan estricta exigencia y esmerada pulcritud.

Declinaba ya la tarde, cuando después de comer en la fonda de la estación y haber pasado unas nueve horas de nuestra llegada, emprendimos la continuación del viaje que había de llevar á Baltimore al Sr. Jiménez, y á mí á dormir en Washington; por negarme al reiterado empeño de mi amigo para que lo hiciese aquella noche en su casa.

Unas tres horas tardó el tren en recorrer los 156 kilómetros que separan á Filadelfia del Baltimore, la ciudad más notable y populosa del Estado de Marylan, en cuya estación, tuvo lugar arrebatadamente nuestra cordial y sentida despedida, que indudablemente sería para no volvernos á ver en nuestra vida, aunque no para olvidar, por mi parte, aquella tan fugaz como sincera amistad de tres días, de la que siempre conservaré los más gratos recuerdos.

Ya en marcha el tren, nos dimos el último adiós, que me dejó sumido en honda tris-

teza, pues, á la pérdida del buen compañero y amigo, iba unida la desconsoladora soledad en que me quedaba en extraña tierra, donde sus habitantes tan poco galantes son; y el comienzo de las naturales dificultades, por desconocimiento del idioma, que todavía no había llegado á experimentar.

Hora y media tardó el tren en salvar los 66 kilómetros que median entre Baltimore y Washington, siendo ya próximo á las once de la noche cuando llegó á la estación. Acto seguido salté fuera del vagón con el guarda polvo al brazo, que era mi único equipaje; atravesé la calle que hay al salir por su puerta principal, en donde ya sabia que se encontraban varios hoteles, y pene-tré en uno de ellos, dirigiéndome al primer dependiente que ví, al cual, le manifesté una targeta mia, en cuyo reverso, el amigo Jiménez habia escrito en inglés con lápiz: «Este señor de nacionalidad española, que no entiende el idioma Norte-americano desea solo por esta noche una modesta habitación para descansar». Después de leerla miróme un instante, y haciendo una seña que esperase se alejó; volviendo al momento con otro, una luz y llave; á el que me indicó siguiera; una vez en anchuroso cuarto, este me interrogó recorriendo con la vista los ámbitos de la estancia, señalando des-

pués la cama y lavabo; yo supuse que me queria decir si era aquello lo que deseaba; asentí con un movimiento de cabeza, y se marchó en el acto.

Como en aquel momento no ansiaba más que el descanso, me acerqué á un hueco del aposento que daba á la parte de la población, y contemplé por un momento la gran mole del Capitolio americano, que entre las sombras de la noche se destacaba imponente como gigantesca fantasma, y me acosté enseguida, pensando solamente en que me encontraba en la capital de la gran República americana, que bien pronto iba á satisfacer en ella mi anhelada curiosidad.

En la alborada del siguiente día, vagaba ya con la guia y mis particulares apuntes en la mano, por las anchurosas avenidas y calles inmediatas al gran Capitolio, esperando la llegada de la hora oportuna para penetrar en él y buscar un intérprete cicerone, que de antemano sabía encontraría allí, para poder con más fruto visitar tan grandioso monumento y lo que pudiera desear de la población.

Mientras llega la hora de visitar el Capitolio, voy hacer una ligera excursión por los apuntes que llevaba en mi cartera.

Profesan los ciudadanos de la gran República americana, la idea de tener la capi-

tal de la nación y las respectivas capitales de los diferentes estados que forman la federación con sus parlamentos, en las poblaciones de corto vecindario; diferenciándose en esto como en otras muchas cosas, del resto de las naciones de ambos hemisferios, que tienen sus capitales en los grandes centros de población. Así se comprende, que siendo la ciudad de Nueva York por su importancia y número de habitantes la metrópoli, no solo de los Estados Unidos, sinó de todo el Continente americano y hasta por el número de habitantes lo sería pronto del mundo entero, si lo permitieran los estrechos límites de la isla en que se encuentra aprisionada; no sea hoy la capital de la gran Federación, y ni aún lo es siquiera del Estado de Nueva York, á que pertenece tomando su nombre, pues la capital de ese Estado, se encuentra hoy en la pequeña población de Albany. De la misma manera que en la importantísima y populosa ciudad de Filadelfia, no se encuentra hoy la capital del estado á que pertenece, y sí la tiene en la actualidad, la insignificante población de Harrisbour. Del mismo modo sucede con las demás capitales de los diferentes estados que forman la Federación.

Desde que los descendientes de la Gran Bretaña pudieron sacudir el yugo de la ma-

dre pátria y constituirse en nación independiente, tuvieron su capitalidad sucesivamente en Nueva York y Filadelfia, que luego que las vieron engrandecerse las abandonaron por otras poblaciones menos populosas; como les está sucediendo hoy con Washington, que tiene ya partidarios de su abandono; aunque esto, será muy difícil sino imposible, porque construida espresamente esta ciudad para capital de la gran República, ha costado muchos sacrificios el dotarla de los numerosos y magníficos edificios públicos que necesita hoy tan poderosa nación. Así, si por la reciente fundación de esa soberbia capital carece de historia, de tradiciones y de los grandiosos monumentos que de la antigüedad ostenta la culta Europa; en cambio, contiene los más bellos edificios de los Estados Unidos, cuyas notables construcciones han tenido todas lugar dentro del presente siglo.

Ese diferente criterio de los norteamericanos sobre su capitalidad, y un incidente ocurrido en su parlamento general, dió origen á la formación de Washington.

En 1783, estando la capital de la Federación en Filadelfia, ocurrió en ella una sublevación militar, en que pidiendo sus pagas la soldadesca invadió el parlamento estando en sesión. Inmediatamente los diputados de la

nación resolvieron trasladar su residencia á otro punto donde no tuviera la contingencia de nuevos atropellos. Al efecto, en terrenos comprados á particulares y cedidos por los dos estados colindantes de Maryland y Virginia, establecieron un distrito independiente denominándolo, Distrito de Colombia, en honor del insigne descubridor del Nuevo-Mundo; y en seguida principiaron á fundar en él la Capital de toda la federación; en donde ambas cámaras pudieran ejercer libremente sus funciones, sin la intervención de ninguno de sus estados; á la cual dieron el nombre del ínclito y honrado héroe de la independencia nacional. Y para que el Congreso y el Senado estuvieran dignamente reunidos en un mismo local, levantaron ese soberbio monumento, que tomado del célebre rrimo de la historia de Roma, le dieron el nombre de Capitolio, que es el maravilloso que en la actual capital de los Estados Unidos admiran hoy estupefactos los viajeros de ambos mundos.

— La ciudad de Washington, tiene como todas las norteamericanas sus calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos, con su peculiar rotulación que las designa por números, letras del alfabeto y algunos nombres propios, especialmente de sus hombres célebres; pero trazada esta ciudad con una

particularidad que la distingue de todas las demás de ese país. Ocupando el centro de la población el Capitolio con sus magníficos departamentos anejos, le rodea una grandiosa plaza circular, embellecida con estatuas de preciosos mármoles y primorosos trabajos escultóricos: de esa hermosa plaza, parten todas las grandes vías ó avenidas como radios de un círculo, cuyo punto céntrico es el Capitolio.

El aspecto estático de esa maravillosa ciudad, no puede compararse con el de ninguna otra de los Estados Unidos; ya porque se observa en ella más igualdad y regularidad en las armónicas proporciones de todos sus edificios; como porque siendo la capital de la Federación y por consiguiente el centro del gobierno de la nación, á la vez que la residencia del cuerpo diplomático acreditado cerca de la República; tiéne bellísimos edificios de carácter monumental, destinados á ministerios, direcciones generales, departamentos especiales de los diversos ramos del saber humano, notables museos y magníficos palacios de los diferentes embajadores de todo el órbe.

Como esa monumental capital, es poco populosa y carece del tráfico comercial de los grandes centros de población, se goza en ella de una admirable tranquilidad; pues su

vida, se la dá la elegante parte oficial y los extranjeros que acuden á contemplarla, especialmente por su asombroso Capitolio, que es donde se encuentra compendiada la más suntuosa magnificencia arquitectónica, para cuya gallarda creación se han gastado sumas fabulosas.

Esa imponente construcción, tiene su enorme cúpula de hierro, que mide 68 metros desde la base á la linterna por 40 de diámetro, y la linterna 15 de altura por 5 de ancho, coronándola una estatua colosal de la libertad.

Teniendo previamente noticias de que en cualquier hora era libre la entrada en el Capitolio, y que en él se encontraban excelentes restaurants á disposición de los padres de la patria y del público visitante; cuando me consideré satisfecho de admirar sus bellos alrededores, subí la espaciosa escalinata que le precede y penetré por una de sus cuatro amplísimas puertas, discurrendo al acaso por el primer piso, y procurando á la vez que contemplaba tanta grandiosidad, descubrir donde podría desaynarme, mientras llegaban los cicerones, que competentemente autorizados acuden allí todos los días para acompañar al que lo exija, mediante el pago de sus honorarios, según la tarifa sancionada por la autoridad.

Satisfecha mi necesidad entré en el primer elevador que encontré, saliéndome al hacer alto, en el piso inmediato, donde me puse á recorrer al libitum varios de sus departamentos, hasta que en el ámplio espacio que cobija la alta cúpula, que sirve como de antesala y descanso, se me aproximaron algunos cicerones, los cuales, apercibidos de que era español avisaron á un compañero que vino seguidamente á ofrecerme sus servicios en el idioma pátrio. Este, era un hombre como de sesenta años, de aspecto venerable y simpático; dando principios desde luego ordenadamente á la instructiva visita.

Los edificios adosados á ese gran monumento, dependientes de ambas cámaras son grandiosos y el decorado que embellece los diversos departamentos es verdaderamente magnífico: enormes los dos salones de sesiones; preciosa su biblioteca de hierro, conteniendo sobre cuatro cientos mil volúmenes: la gran imprenta, las salas de descanso, de lectura y de reunión, todo suntuoso, con cómodo moviliario adecuado á su destino; y un admirable sistema de calefacción digno de estudio; pues los norteamericanos aventajan á los demás pueblos civilizados, en todo género de construcciones que á la higiene se refieren.

Los salones de ambas cámaras son rectangulares, teniendo las mesas de sus respectivas presidencias, en elevadas plataformas, en uno de los dos lados mayores del rectángulo. Los asientos de los diputados y senadores, están en forma de semicírculo y todos al mismo nivel, teniendo cada uno de laute su correspondiente pupitre con recado de escribir, y los dos grandes rincones sobrantes á derecha é izquierda de la presidencia, lo ocupan butacas, sofás y meridianas, de que los legisladores se sirven cuando no tienen gana de ocupar sus asientos. Y á combeniente elevación se encuentran las espasiosas tribunas del público, con las debidas separaciones para señoras, á quienes no les falta sus correspondientes tocadores.

Numerosos y atentos empleados cuidan de los diferentes departamentos, que se recorren todos sin obstáculo alguno; no viéndose un centinela ni soldado por ninguna parte.

Las paredes de aquellos vastos departamentos, las adornan cuadros colosales de escaso mérito artístico, según los inteligentes. Esos cuadros, representan asuntos históricos de las guerrras de la independencia y separatista de ese país; con algunos que recuerdan el descubrimiento y conquistas del Continente por los españoles.

Ante los que más me impresionaban, el cicerone me explicaba los hechos á que se referían: explicaciones, que si en la historia de ese jóven pueblo, eran más ó menos verídicas, en las de mi pátria, por lo que yo recordaba, contenían algunas inexactitudes, que me obligaron á llamarle la atención varias veces; en una de ellas, ante una de las magníficas puertas de bronce que dan ingreso al Capitolio, donde en primorosos relieves representando asuntos del descubrimiento de América; señalando á un grupo de figuras que representaba el pasaje de dar cuenta Colón de su descubrimiento á la Reina Isabel, me decia: que, el que estaba á la derecha del insigne descubridor, era el célebre Américo Vespucio, que le habia acompañado en su atrevida expedición: á lo que hube de hacerle observar, que se referiría á otro el sugeto que me indicaba: pues era harto sabido, que el célebre navegante florentino que en la posteridad habia alcanzado la dicha de dar su nombre al nuevo Continente; no acompañó á Cristóval Colón en su gloriosa empresa; que fué posterior su viaje de exploración, siguiendo en él las huellas marcadas por su gran descubridor: siendo, sí, Américo, el primero que delineó el mapa de ese Continente; por cuya sola y única razón, se le dió el nombre de América,

al continente que debió llamársele de Colombia; porque sólo á Colón pertenecía la gloria de que llevara su nombre el Mundo que con tanta fé y penalidades descubrió.

Unas siete horas en distintas ocasiones del dia, pasé dentro del célebre Capitolio; unas veces admirando sus magnificencias y grandiosidades, otras, contemplando á los señores senadores y diputados en sus respectivas cámaras; en la sesión casi permanente que celebraban, por ser una de las dos últimas del período legislativo. Durante el tiempo que las presenciaba, el cicerone me iba indicando los asuntos de que trataban, y cuando algun incidente me impresionaba, traducía literalmente las frases que expresaban el concepto que lo habia producido.

Entre las cosas que llamaron mi atención en ambas cámaras, fué la manera de estar en sesión de los diputados; pues los unos permanecían con la espalda vuelta á la presidencia, alguno tenía las piernas sobre la butaca vacía que tenía delante y otros, en el mismo salón fuera del hemiciclo, leían ó reposaban medio tendidos en las meridianas. Pero, lo que me hizo quedar suspenso con la boca abierta, fué el ver á un señor diputado en su mismo asiento y de cara al presidente, desperezarse con mucha calma, y concluido, poner en tensión y flexión los

brazos repetidas veces, como haciendo gimnasia de sala: esto que parece extraño en nuestras costumbres, revela en ese país el carácter especial de los norteamericanos, que si en todas las cuestiones les importa mucho el fondo, no se cuidan para nada de las formas.

En el Senado, los padres graves de la patria, hablaban mas reposadamente y estaban con más circunspección; si bien se notaba, que los cinco ó seis niños de diez á doce años, que tenían en el local para llevar y traer recados y las cuartillas de los taquígrafos; cuando no estaban ocupados, permanecían sentados ó recostados en las gradas de la plataforma presidencial, riendo ó jugando como si estuvieran en un teatro.

En la antesala del salón de sesiones de la alta cámara, estuve viendo confundido con el público por corto rato, á el entonces Vice presidente de la República y Presidente del Senado Sr. Thomas A Hendrieks, de cuyos cargos prestó el juramento constitucional en el Capitolio, ante ambos cuerpos colegisladores, el día 4 de Marzo de 1885.

Desde lo más encumbrado del alto Capitolio, que es de fácil ascensión por su esmerado servicio de elevadores, estando el día claro y sereno, gozé por largo rato de las encantadoras vistas que desde allí ofre-

cian, Washington y sus bellos alrededores.

Asentada la novísima ciudad ál pié del coloso americano; veíanse distintamente sus flamantes edificios, formando las anchurosas avenidas que partían de su base, con sus rectas calles trasversales. En las inmediaciones, embellecidas por las poéticas riberas del río Potomae, que limitando la población por la parte Sur, vierte próximo á ella sus caudalosas aguas en el Atlántico; adonde entre sus más notables obras se encuentran; el artístico puente de Cabin Jhon, con un solo arco de 30 metros de altura por 66 de ancho y el gran acueducto de Washington, construido para surtir de aguas potables á la capital. En sus lontananzas, una amena y dilatada llanura que por ninguna parte se la veía el fin, dejaba verestensos horizontes; iluminando tan maravilloso conjunto, un espléndido y abrasador sol muy parecido al de mi país; que con algunas semejanzas que encontraba entre las verdes márgenes del Potomae y las deliciosas riberas del Segura, me hacían evocar gratos recuerdos de la pátria, que tan hondamente se sienten á dos mil leguas de distancia.

El cicerone, que con harta frecuencia hacía sus comentarios con prolijas ponderaciones, cuando más absorto me encontraba en

mis plácidas comparaciones, me hizo la siguiente pregunta: ¿Habeis visto en ninguna parte del mundo, un panorama tan grandioso y bello como el que desde aquí abarca vuestra vista? Un sentimiento de amor pátrio, me impulsó á contestarle presuroso: sí, los he visto, y aún mucho más hermosos, especialmente, el que desde el alto campanario de una imcomparable torre de mi ciudad natal, se contempla en un día despejado como es este; haciendo de él seguidamente, lo mejor que pude, un sucinto y pálido relato.

Desde allí, fuimos á ver más de cerca los principales edificios de carácter monumental que encierra esa capital, entre los que sobresalían: el de la gran Tesorería ó Ministerio de Hacienda; el colosal destinado á los ministerios de Estado, Guerra y Marina, que aun no hacía un año que se había terminado; el de la magnífica Casa de Correos, preciosa construcción de mármol blanco; los suntuosos de las direcciones generales de Instrucción pública y Agricultura; el del Ministerio del Interior, conteniendo dos vastos departamentos, el uno destinado al Museo, con muchos objetos del general Washington, y el otro llamado de Privilegios de invención, porque guarda los innumerables modelos de todos los inven-

tos que hasta el día se han hecho en ese país. Todos estos edificios como los demás públicos de la nación, tienen sus magníficas bibliotecas conteniendo numerosos volúmenes.

Habiéndome llamado la atención el ver en muchos sitios de la población, á infinidad de negros elegantemente vestidos, hube de hacerle esta observación á el cicerone; el cual, me dijo que eso era muy frecuente en Washington, porque todos los hombres de ese color que habitan el continente americano y sus islas, son entusiastas admiradores hasta el frenesí de esa capital; y así, todo el que logra hacer alguna fortuna, se considera obligado por gratitud á visitar por lo menos una vez en su vida, á la ciudad en que primero se decretó su amplia libertad. Entónces, recordando algo de la historia de esa africana raza, comprendí perfectamente sus profundas simpatías por la liberal capital de los Estados Unidos, en que para todo esclavo manumitido, debe ser, lo que para el árabe la Meca y para el cristiano Jerusalén, pues en esa ciuda considera verificada su redención; así como en el Capitolio, debe ver moralmente la tumba de su esclavitud y el baluarte de su libertad.

En las afueras de la población, pero á ella muy próxima, se encuentra situada la célebre Casa Blanca, residencia oficial y priva-

da del Presidente de la República, contrastando su sencillez y relativas pequeñas proporciones, con la grandiosidad y magnificencia de los edificios públicos de la Nación. Rodea á ésta morada un bonito jardín, en medio del cual, se levanta de sencilla y severa arquitectura el edificio presidencial.

Al penetrar en su planta baja, que fué la única que visitamos por ser el sitio destinado para actos públicos, nada de particular encontramos en ella: un mediano salón de recepciones, cuyo principal adorno consistía en algunos retratos de los presidentes más notables de la república, entre los cuales se encontraba el de á la sazón Sr. Grover Cleveland; y en el lugar preferente, el del ínclito general Washington y su virtuosa esposa Marta.

Un solo portero, avandonando la puerta de entrada nos acompañó por el interior, dejándonos solos algunos ratos, mientras tanto, mi cicerone que se sabía ya bien la lección de memoria, era el encargado de irme la explicando.

En el piso principal del edificio, habitaba modestamente con su familia el Jefe Supremo de la Nación, sin aparatos ni ceremonias de ningun género, y sin una guardia ni centinela por ninguna parte. Así vive allí aquél alto magistrado, que si bien carece

de los halagos deslumbradores del lujo y la ostentación, en cambio, se vé libre de la etiqueta ceremoniosa, y de los numerosos aduladores que rodean á los jefes de los estados de la vieja Europa.

La única recepción pública que tiene lugar en Casa Blanca, se verifica en el día primero de cada año, donde sin etiqueta de ninguna especie acuden allí los ciudadanos que quieren, sea cualquiera el sexo, la edad y el traje que ostente; algunos de los cuales van acompañados de sus esposas é hijos. Todos se llegan con afán sincero á saludar y estrechar la mano del Jefe de la Nación, en medio del mayor orden y la más completa libertad. Democrática costumbre que revela la educación política de ese gran pueblo.

A el oscurecer regresamos en un tranvia al Capitolio, en donde, sabedor que por estar al terminarse la legislatura, durarian en él las sesiones casi toda la noche, quise esperar allí hasta las diez y cuarenta minutos de la misma, que partia el tren directo en que habia de regresar á Nueva York. A su entrada, despedíme del cicerone y de un hijo de éste de 14 años, que desde el medio día nos acompañaba; pues pensando el padre dedicarlo á su mismo oficio, para lo cual estaba estudiando el idioma español, deseaba que practicase hablando con españoles. Con

verdadero sentimiento me separé de esos vondadosos sujetos; porque además de la soledad en que me quedaba, se me habia hecho muy simpático aquel desventurado padre, que al prestarme sus servicios con cariñosa solicitud, me habia referido entre lágrimas y sollozos por la mañana, ántes de presentarme al hijo, una triste y conmovedora historia de su familia, que me habia interesado en su desgracia.

Una vez solo, fuí de uno en otro de los salones de ambas cámaras; pero el calor y el no entender nada de las discusiones de los patricios americanos, me hicieron abandonar bien pronto aquellos concurridos lugares, llendo á refugiarme en el ámplio espacio cobijado por la soberbia cúpula del Capitolio, descansando allí gratamente de las fatigas del día.

Apenas si en aquellas horas frecuentaba persona alguna aquel espacioso recinto, profusamente iluminado: la calma y el silencio que reinaban en la magestuosa estancia, me invitaba á contemplar aquella arrogante y atrevidísima bóveda; haciéndome de paso recordar otras eminentes cúpulas que ya tenía admiradas, rivales de ésta en el orden material, como son: la de San Pedro en Roma, del Santo Sepulcro en Jerusalén, del Duomo en Florencia, de San Pablo en Lón-

dres y de los Inválidos en París. Comparando á la vez la inmensa diferencia de emociones que había sentido en sus contemplaciones, especialmente, las místicas que experimenté bajo la augusta bóveda del Templo del Santo Sepulcro, que tanto subyugaron mi espíritu avivando la amortiguada fé.

Encontrándome sumido en mis éxtasis comparativos, vinieron á sacarme de ellos dos jovencitos negros de diferente sexo, lujosamente engalanados, él, con sombrero de copa y guante blanco, y ella, con capota y chal de fuertes colores. Facilmente se echaba de ver que penetraban en aquel recinto por primera vez, según la admiración que les causaba el conjunto y al fijarse en algunos de sus detalles; expresandolo todo con exageradas maneras y gesticulaciones muy pronunciadas, que ofrecían original contraste con sus abigarrados trages de etiqueta; pero lo que hubo de hacerme pasar un rato delicioso, fueron las formas y actitudes conque el oscuro palomo prodigaba tiernos arruyos á su negrita paloma, que con sus desdenes se hacia la interesante.

Proxima ya la hora de la partida del tren, abandoné con sentimiento aquel lugar, dejando todavía á la pareja con sus amorosos arruyos y desdenes. En el corto

espacio que mediaba á la estación, me despedí de un catalán á quien habia conocido aquel día y refrescado dos veces en su establecimiento de bebidas, con gran complacencia de ambos, por lo grato que siempre es el encontrarse dos compatriotas lejos de la madre pátria.

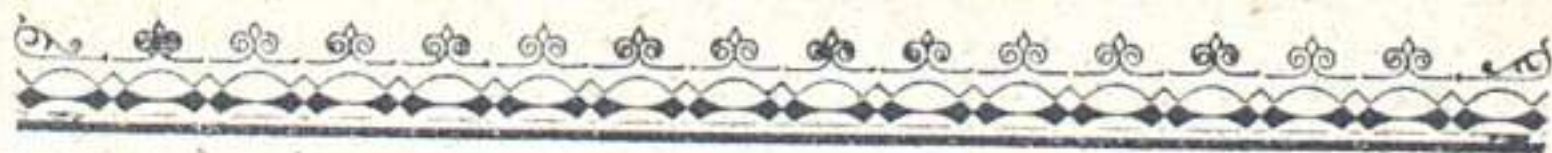
Momentos después, en el restaurant de la estación me ocurría un incidente que me hizo reir en extremo. Quería cenar ántes de la salida del tren, para lo cual, viendo que algunos hacian lo que yo deseaba en el mismo mostrador del contador, sentados en altas banquetas, tomé asiento en una y me dirigí á el que parecia jefe de los criados; primero en español, después en frances y por último en chapurrado italiano; y, como de ningun modo fuese entendido, apelé á el universal lenguaje de la mímica, espresando con él que deseaba comer: sirviéronme en el acto un asado; pero, como por la disposición de mi estómago y la noche de insomnio que me esperaba, deseaba dar comienzo por un poco de caldo ó sopa, hube de significar del mismo modo, que, me reservaba aquello, queriendo antes otro plato con cosa líquida; entónces me sirvieron una copa de vino, que reservándola también; manifesté que era todavia otra cosa lo que queria, y me presentan una gran taza

de café, que tambien me la reservo; pero ya pasado de risa, cojo un plato vacío, señalo en su fondo y me lo empino, como para beber; entónces fuí comprendido en seguida y complacido en el acto, en medio de la mayor hilaridad en todos, al ver entre mi pasión de risa las señales de asentimiento.

Hice lijeramente mi porca cena, y como mudos que se mirasen riendo, les presenté dinero para que se cobrasen el gasto; saliendo apresuredamente para subir al tren que partió en seguida, saboreando en él por largo rato el recuerdo de tan risueña escena.

Poco mas tarde, admiraba cómodamente desde el vagón los efectos de una furiosa nube de tremendos y muy prolongados truenos, acompañada de una lluvia torrencial, iluminando de continuo sus relámpagos la llanura que atravesaba el tren en su rápida marcha, y en las estaciones confundiéndose la electricidad de la atmósfera con los grandes focos de luz eléctrica que las alumbraban.

Después de la nube, queduraria como unas dos horas, pasé casi toda la noche durmiendo arrellanado en anchabutaca del vagón; y á las seis de la mañana siguiente, dia primero de Agosto, á las 48 horas justas de haber salido del Hotel español de Nueva York para mi excursión, entraba de regreso en el mismo.



IV.

Excursión á las cataratas del Niágara.

Apenas llegué de mi excursión á Washington, mi primer cuidado había sido preguntar en la fonda, si durante la ausencia había llegado algun huésped que pensara en ir al Niágara; y, como no hubiese nadie que en tal cosa pensara, me decidí en el acto á emprender yo sólo el viaje, arrojando los inconvenientes que llevaba consigo el hacerlo en esa forma; pues no quería exponerme esperando á perder un tiempo precioso para mí, privándome á la vez de llevar á cabo el propósito que me formaba de visitar en detalle á Nueva York, después de haber realizado las excursiones que me proponía en ese país.

Así, apesar de las muchas dificultades que me exponía mi apreciable compatriota

D. Arturo Berutich, asociado entonces al propietario del Hotel Español (hoy propietario del nuevo Hotel América, antiguo Hotel Recreo, según me tiene comunicado recientemente en carta particular), le supliqué me tomase el cheque (villete) de ida y vuelta en el tren exprés al Niágara que salía á las cinco de la tarde.

Era ese día domingo, primero que iba á pasar en Nueva York; por cuya razón, tenía viva curiosidad de ver en esa población el admirable contraste que presentaban tantos y tan heterojéneos templos de todas las religiones como su recinto encierran: á la vez que, poder contemplar el aspecto de esa nueva Babilonia, en el día que los diferentes ritos cristianos consagran á la oración y al descanso, comparándole con el de otras grandes capitales; especialmente con el de su competidora la inmensa ciudad de Londres. Para lo cual, propúseme aprovechar ese domingo hasta la hora de mi salida.

Principié por oír misa á las 8 de la mañana en la suntuosa iglesia de San Francisco Javier, situada cerca de mi hotel en la calle 15, entre la Quinta y Sesta avenidas. Este precioso templo, escepción hecha de la magnífica catedral de San Patricio, es la mejor construcción en su clase, entre las 56 iglesias de la Fé Católica Apostólica

Romana que existían entonces en Nueva York.

Para entrar en él, se asciende primero por una alta y espaciosa escalinata, y terminada, se encuentran en su perposición dos hermosas iglesias, entrándose desde luego á la superior, y teniendo que descender por un ámplio graderio para poder penetrar en la inferior; teniendo ésta el techo más bajo y plano, y recibiendo la luz sólo por sus costados. Ambas tienen igual forma de cruz latina en la planta y la misma extensión superficial.

La superior es verdaderamente una preciosidad: profusa luz iluminan las buenas pinturas bíblicas que adornan las naves laterales, los retablos y la cúpula; revelando todo mérito artístico, poco comun en ese país, principalmente en las obras de ese género. Toda ella está decorada con magnificencia, siendo muy concurrida por los extranjeros católicos de todo el órbe.

La inferior, algo umbria y de decorado más modesto, es á la que generalmente acuden y pagan su culto los fieles de la colonia española é ispano-americana; mientras se realiza la proyectada construcción de un templo costeado por los fieles de las expresadas colonias, que todavia no la tiene en esa población.

Los domingos y dias de precepto se predica en ella en español: acto al que yo no asistí ese domingo por lo premioso del tiempo; pero que sí lo hice el siguiente: en cuyo dia, un venerable sacerdote revestido de estola, desde el altar mayor, con muy marcado acento italiano pronunció una ligera plática, desprovista de galas oratorias, encaminada principalmente á poner de manifiesto á sus fieles oyentes: que, si el cristino católico está obligado siempre y en todas partes, á practicar los divinos preceptos de nuestra sacrosanta religión, debe procurarlo con más solícito esmero, en un país donde tanto se le observa, y adonde con su ejemplar conducta, tanto puede contribuir á sacar del error á numerosos hermanos, que en esa ciudad se encuentran sumidos en él.

Cumpliendo con mi dever religioso en ese dia de precepto, en el ferrocarril elevado de la Sesta Avenida, me trasladé en cortos minutos á la estación de la calle 50; que se encuentra junto á las puertas de la notabilísima Catedral católica de San Patricio: quedando gratamente impresionado al ver el aspecto exterior de ese grandiosísimo monumento; que por la profusión del rico mármol blanco que lo forma; por loafiligranado de sus trabajos, y por las esbeltas agujas que le coronan, me recordó en el primer mo-

mento la magnífica Catedral de Milán; y al penetrar en el augusto templo, quedé absorbo ante tanta grandiosidad y magnificencia reunidas; en lo que indudablemente puede competir con las primeras catedrales del órbe católico, si se exceptua la sin rival Basílica de San Pedro en Roma.

Pero no puedo por menos de confesar aquí, con harto pesar de mi corazón que fui desgraciado en mi primera visita; pues en ella, aunque fuera en formas muy suaves y corteses se me arrojó del templo; sin que apesar de la amargura que en aquel momento devoré en el fondo de mi alma, me resistiera aquella justa determinación: ántes al contrario, comprendí desde luego mi falta y con profundo sentimiento aprobé la para mí tan sensible acción.

Había penetrado en el sagrado recinto, cuando los fieles principiaban á reunirse para asistir á la función de la festividad del día. La sorprendente emoción que embargó mi espíritu al traspasar los umbrales de la puerta principal, no me había dejado fijarme en esa circunstancia; y aunque lentamente para no llamar la atención de nadie, fui avanzando por el centro, contemplando atónito su magestuosa nave y cúpula, dirigiendo de paso disimuladamente miradas á las hermosas capillas de ambos lados, baña-

das con la particular luz que daba paso una preciosa combinación de cristales de colores; hasta que llegué próximo á el altar mayor, en dónde, encontrándome extasiado algunos instantes, se me acercó un señor de aspecto venerable y pulcro traje con levita negro cruzado, diciéndome, no se qué en inglés; que yo supuse que quería decirme: qué hacía ó qué quería allí: á lo cual, traté de presentarle mis excusas con lo poco que chapurro algunos idiomas; pero no hubo medio de que pudiéramos entendernos, aunque ayudado de la mímica nos comprendimos, por mi parte demasiado; pues sus signos y la dirección de la mano, me indicaban bien claramente que me saliera fuera del templo, dando esto lugar á llamar la atención de los fieles de ambos sexos que había en las inmediaciones. Entonces, completamente avergonzado, sin darme tiempo para hacer lo que pasado el primer momento de asombro hubiese hecho, que era arrodillarme y dar gracias á Dios que me había dejado llegar hasta allí; salí con la vista baja sin atreverme á mirar á nadie.

Ya fuera del templo, medité en mi irreflexiva inoportunidad, y dí por bien merecido el castigo; consolándome la idea, de que las personas que habian presenciado la escena, probablemente no me verian más en

la vida, y de que, al volver yo allí otra vez, lo haría acompañado de quien por su mediación, pudiera hacer comprender al señor encargado de aquel sagrado lugar, de que era, aunque indigno, católico; y en qué había consistido mi falta; que era también el primero en reconocer y deplorar.

Aquel mismo día almorzando, referí á varios compañeros de hospedaje lo ocurrido, y algunos de los que hablaban el inglés me prometieron acompañarme cuando quisiera; como lo hicieron á mi regreso del Niágara, sirviéndonos de intérpretes en nuestras mutuas esplicaciones. Y, he ahí por donde, el hombre que tal disgusto me había dado en mi primera visita á la Catedral, vino á ser mi complaciente servidor, que con solícito afán, me exhibió las innumerables preciosidades del augusto templo, facilitándome cuantos datos quise tomar.

La notable Catedral de San Patricio, por su grandiosidad, hermosura y condiciones arquitectónicas, está reputada, no sólo por el primer templo de los cuatrocientos y tantos que de todas las religiones existen hoy en Nueva York, sino de todos los que hasta el día van levantados en el Continente americanos. Es un bello ejemplar del estilo gótico, en cuya composición, se han tenido por modelos á los primeros templos de ese esti

lo del viejo Continente, con los que puede competir en magnificencia y hermosura.

El suntuoso edificio, es todo de mármol blanco, afectando su planta la forma de cruz latina, El altar mayor mide cuarenta piés de alto, y la mesa de dicho altar, que fue labrada primorosamente en Italia, es del más puro mármol de Carrara con incrustaciones de piedra de gran valor y vajos-relieves representando escenas de la Pasión.

Aunque todos los demás altares son de gran valor, sobresalen entre ellos; el de la Virgen Maria, que está en el extremo oriental de la nave; es de nogal francés artísticamente tallado. Los altares de San José y Sagrado Corazón, son de bronce y mosaico de gran mérito. y el de la Sagrada Familia es de esquisito trabajo y buen gusto.

Setenta grandes ventanas dan paso á la luz através de numerosos cristales de colores magistralmente combinados para producir una suave claridad de un efecto fantástico; á la vez que en cada una de ellas se admiran primorosas pinturas representando algun asunto del Antiguo y Nuevo Testamento; dando al bello conjunto un aspecto de maravillosa hermosura, Estas preciosas ventanas construidas en la artística ciudad francesa de Chartres, han costado más de cien mil duros.

Esta grandiosa catedral, que ocupa toda una gran manzana, comprendida entre las calles 50 y 51, la Avenida de Mádison y la Quinta Avenida; se puso su primera piedra en presencia de más de cien mil personas el 15 de Agosto de 1858. Su consagración tuvo lugar, en el corto espacio de tiempo que medió hasta el 25 de Mayo de 1879; verificandose con desusada solemnidad en esa clase de obras en aquél país; pues además de las primeras autoridades de la República y todos los afiliados á la Iglesia Romana, concurrieron al acto una inmensidad de personas de distintas religiones.

Asombra ver esa maravillosa obra, en la que se han invertido millones de duros, y todavía se calcula en un millon de los mismos lo que se necesitará para terminar sus dos torres, una capilla á Nuestra Señora y las doce estátuas de los Apóstoles que faltan colocar en la gran portada; y saber que para tan colosales obras, y la celebración independiente de su esmerado culto; solo se cuenta con las limosnas de los fieles católicos que residen en ese país, que con tantas religiones y sectas está formado.

Algo temeroso por el reciente recuerdo de la desagradable escena de la Catedral católica (aunque ya, habiéndome arrojado de mi templo dábame poco cuidado me echaran de

cualquiera de los demás), emprendí el regreso al hotel á pié por la célebre Quinta Avenida, que es donde tienen su residencia habitual los grandes capitalistas de esa rica nación, ó sea lo que puede entenderse por la aristocracia de ese país; siendo también por consecuencia, en donde se encuentran entre sus numerosos templos de diferentes religiones y distintas sectas del protestantismo; todos los más grandiosos y de superior magnificencia que existen en Nueva York; y que por ser domingo estaban abiertos al público su inmensa mayoría, de los cuales, tenía previamente anotados los principales en la guía de esa población.

Según iba marchando en esa elegante Avenida, se veían á derecha é izquierda, interpolados en la doble hilera que formaban las suntuosas casas palacios que allí ostentaban los opulentos millonarios; arrogantes templos con sus esbeltas y preciosas torres: no sabiéndose en todo ello que admirar más, si la profusión de lujo y magnificencia exteriores, ó la infinidad de variadas formas por sus muy diferentes órdenes de arquitectura; viéndose reproducidos principalmente los rasgos más característicos de los edificios greco romanos, bizantinos, góticos, arabigo-orientales y del Renacimiento.

En los templos más notables que de la

Avenida Quinta penetré aquella mañana, fueron: esquina á la calle 55, en el más importante y bello que tienen los protestantes presbiterianos en Nueva York; es todo de piedra rojiza y estilo gótico, y posee la torre más alta de la ciudad: en la de la calle 53, el lindísimo de Santo Tomás, cuyo artístico interior semeja mucho á los templos católicos, siendo su bonita torre una de las mejores partes del templo: en la calle 48, el Holandés Reformado, de precioso estilo gótico con una torre de 270 piés de elevación: en la calle 43, el judaico Templo Emanuel, en éste, pude penetrar por la casualidad de tenerlo abierto al ocuparse de su limpieza, pues en él como en todos los de su clase, solo están abiertos los sábados; pero me bastaba con ver el edificio y su ornamentación, por tener bien vistas las prácticas religiosas de los hebreos en otras partes; ese templo, es una magnífica sinagoga de estilo arábigo, hecha de hermosa piedra oscura y amarilla, con una preciosa portada y dos alminares calados á entrambos lados de muy buen efecto, admirándose en el interior la riqueza de la ornamentación y brillantez de sus colores; siendo creencia general, que es la mejor que los israelitas tienen en todo el Continente americano.

Las doce de la mañana serian cuando me

encontraba ya de vuelta para almorzar en el hotel, durante el cual expuse á algunos de los compañeros de hospedaje lo que había hecho en la mañana y pensaba hacer por la tarde; resultando de aquí el ser acompañado en mi curiosa visita por dos alegres jóvenes. Entonces la emprendimos en sentido contrario por Broodway; encontrando ya todos los templos protestantes en las prácticas religiosas de sus respectivos cultos; así como en los de por la mañana todavía no habían llegado á dar principio.

Dos de los más notables que visitamos fueron: la interesante y muy preciosa iglesia de Gracia, situada esquina á la calle 10, que pertenece á la secta Episcopal; en ella se oía excelente música con voces, formando el coro cantores de ambos séxos; todo el edificio es de hermoso mármol blanco y por su estilo pertenece al más puro gótico; siendo del mismo material y estilo, varias construcciones adjuntas al templo, de las que, la más notable es una magnífica casa escuela de párvulos, edificada á expensas de un particular.

Y por último, la principal iglesia protestante episcopal, denominada de la Trinidad, á cuya alta torre fué á la que ascendí el día de mi llegada á Nueva York; situada al ex-

tremo de Broodway, frente á la gran Administración de Correos y muy próxima á la Bolsa, cuya gritería se oye desde las puertas del templo: pertenece á la congregación más antigua y rica de toda la América del Norte: posee grandes rentas líquidas, con las cuales atiende á varios templos de su secta y á multitud de obras benéficas y de educación: la rodea un pequeño cementerio que parece un bonito jardín; conteniendo tumbas de hombres célebres del país, y un severo monumento dedicado á los Mártires de la independencia nacional.

En la escursión de este domingo y siguientes que verifiqué en Nueva York, puede apreciar bien el aspecto que presentaba esta población en ese día de la semana, comparándole con el de otras grandes capitales, especialmente con el de su competidora Londres.

Sabido es, aunque al sincero católico le cause vergüenza el reconocerlo, que los adeptos de las infinitas sectas del protestantismo, observan mejor que nosotros el día de la semana destinado por Dios al descanso y la oración, y, que si en algunas ciudades inglesas y norteamericanas, es ese día del más austero recogimiento, entre las que se distingue la capital de Inglaterra, generalmente en las demás del mundo civilizado, se

considera el domingo como día de regocijo, de fiestas y teatros; pero en las respectivas metrópolis de esas dos naciones, que en otras cosas tienen muchos puntos de contacto, por sus afinidades en leyes y costumbres; se diferencian notablemente en el aspecto que presentan en el expresado día de la semana.

Londres, la ciudad más grande y populosa del mundo, parece en el día del domingo un inmenso cementerio. Nada más triste y desconsolador para el viajero de nuestra raza, que verse obligado á pasar ese día en la gran ciudad. No se permite en ella ningún espectáculo público; toda clase de establecimientos permanecen cerrados; las únicas puertas que se ven abiertas son las de sus numerosos templos, y alguna muy rara tienda de comestibles que lo hace sólo en ciertas horas; ni siquiera un restaurant donde satisfacer el apetito, ni un café donde apagar la sed. Los trenes y toda clase de carruajes tienen suspendida la circulación; las plazas y paseos se ven desiertos; excepto en el que algún orador protestante predica al aire libre las doctrinas de alguna nueva secta; los pocos transeuntes que se encuentran por las calles van muy graves hácia el templo con su biblia bajo del brazo, sin oírse más ruido que el producido por sus sólidas botas. En el comedor de los hoteles también

reina absoluto silencio, ocupándose generalmente los comensales entre bocado y bocado en leer algún versículo de su biblia.

En todas partes está prohibido el baile y la algazara; y del canto y la música sólo puede oírse la religiosa de los sálmos. Y hasta el nebuloso cielo y sombrío aspecto de Lóndres, parece que contribuye al lúgubre espectáculo que presenta la inmensa ciudad en ese día.

Al contrario, la famosa ciudad de Nueva York, de cielo despejadísimo y alegre aspecto, de esplendorosa luz y más plácido clima que el de la capital inglesa; en cuyas dos ciudades, las leyes que los rijen y los numerosos sectarios que en ambas imperan consideran igualmente la santificación del día de domingo; pero, sin embargo, los habitantes de la ciudad americana, transijen más con las diversiones y costumbres públicas de otros países que sus ascendientes de la capital europea; porque siendo la metrópoli del nuevo Continente la población más cosmopolita del mundo, y por consiguiente la que contiene más ciudadanos de diversas nacionales y distintas creencias religiosas; la tolerancia ha tenido que abrirse paso, modificando ella notablemente en ese día su aspecto exterior.

Así, hay allí los domingos abiertos nu-

merosos establecimientos de todo género, de los que sus principales dueños rinden culto á su religión en otro día de la semana: los transeuntes encuentran donde satisfacer sus necesidades, y aunque la ley del Estado prohíbe vender cerveza, se burla espendiéndola con otro nombre: todos los trenes aéreos circulan en ese día, y por cierto, á la mitad de precio que en los demás de semana. Podrá la suspensión de su gran tráfico comercial disminuir el vertiginoso movimiento de esa admirable ciudad; pero, no obstante, todavia se observa la grande y placentera animación que reina en ella, que tanto la distingue de la metrópoli de la poderosa Albión, su rival constante.

Serían las cuatro de la tarde del día 1.º de Agosto, cuando dimos por terminada la curiosa visita de templos protestantes, regresando á la fonda para comer y emprender yo solo (por no haber otro remedio) mi anhelada excursión á las cataratas del Niágara, que era mi más grande ilusión en los Estados Unidos.

Poco ántes de las cinco, salí acompañado de un dependiente del hotel por la vía férrea de la Avenida Sesta, y atravesando después el Hudson en un vapor ferry nos encontramos bien pronto en la estación de partida; una vez en ella, prévia la presentación de

mi billete, el dependiente me tomó un suplemento para una cama por dos noches, que eran las que iba á pasar de camino, una de ida y otra á la vuelta; pues mejor pensando había decidido por cuatro duros más (dos por cada noche), sobre los diecisiete que por la mañana había costado el cheque al amigo Arturo; para poderme proporcionar algún descanso (del que tan necesitado me encontraba entonces), y la ocasión de conocer prácticamente los célebres vagones sleeping cars, ó sean salones de dormir.

Después de algunos minutos de espera en una complicadísima estación férrea, se puso en marcha el tren exprés que en 14 horas debía atravesar los dominios de la gran República, siquiera fuese en su menor distancia, llegando hasta el pié de las famosas cataratas que sirven de límites entre los Estados Unidos y el Alto Canadá.

Primero atravesó despacio por el centro de la populosa ciudad de Nueva Jersey, y concluido de salir de ella, el tren se deslizaba ya con vertiginosa velocidad por dilatada llanura de lozana vegetación, que gratamente fui contemplando su bien cultivados terrenos hasta extinguirse el crepúsculo. Cuando las sombras de la noche no me permitían ver mas que espesas arboledas, comencé mis observaciones recorriendo todo

el tren hasta llegar al vagón fumador. Allí, la casualidad hizo que me encontrara con un jóven frances, que habiendo pisado aquella mañana por vez primera el suelo americano, se dirigía á la ciudad de Buffalo, muy próxima á las cataratas, donde años há tenía establecido un hermano. A ambos nos produjo el encuentro la misma impresión que si hubiéramos sido compatriotas, pues viajaba tambien solo, y tampoco conocía el idioma inglés, por lo cual, decía que iba aburrido soberanamente, refiriéndome á la vez, algunas graciosas escenas que le habian ocurrido en las pocas horas que había pasado en la nueva Babel, como el llamaba á Nueva York.

Las nueve de la noche serían, cuando por un mecánico procedimiento muy sencillo, en menos de diez minutos, los camareros trasformaron el salon dormitorio, donde yo poco ántes me habia trasladado; apareciendo entonces en él, dos hileras laterales de camas, separadas por una especie de tabiques en los costados, y cubiertas por cortinas movibles en la parte del pasillo central. Hecho esto, vi que cada cual tomaba posesión de su cama ó litera correspondiente, y entonces yo, consultando el suplemento á mi billete, tomé posesión de la del número seis, depositando en ella el abrigo que lle

vaba á la mano, que era todo mi equipaje.

Las maniobras para la transformación se habian ejecutado instantáneamente sin el menor ruido, y sin que nadie pronunciase una sola palabra; no parece sino que á esa raza, el hablar le cuesta el dinero, según economiza siempre sus palabras. Durante la noche, después de la primera hora, no transitó alma viviente por aquel departamento, reinando por consiguiente en él el más profundo silencio.

Aunque la cama era muy cómoda y estaba falto de sueño, Morfeo estuvo esa noche bastante desdenoso conmigo. Seguramente apesar de los cinco agitados dias de fuertes emociones, la halagüena idea de que en la mañana siguiente contemplaria el espectáculo más bello que en nuestro planeta presenta la pródiga Naturalezá, exsaltaba mi ánimo, no permitiéndome el reparador descanso.

Antes de acostarme, habia mirado al cielo y visto en él bastantes celajes, esto tan indiferente siempre, en esa noche preocupaba mucho mi imaginación, por si pudiera al siguiente dia negarle á las renombradas cataratas uno de sus mayores encantos; pues me hacia recordar, que al regresar de Alemania con el amigo Salmerón, lo nublado del cielo, impidió que fuéramos á con

templar la famosa catarata suiza de Schaffouseu.

Así, apenas penetró en mi reducido aposento la más débil claridad, vestíme presuroso y separando la verde cortina de la ventana del vagón, miré através de su cristal y quedé muy tranquilo y gozoso al ver que ni la más ligera nuvecilla empañaba el azul del cielo.

Mientras tanto, el tren que no paraba más que en muy rara estación uno ó dos minutos, corría con una velocidad asombrosa, que yo no había observado nunca, por una amenísima é interminable llanura de exuberante vegetación, viéndose desfilas con rapidez vertiginosa los variadísimos paisajes que ofrecían: ora de cultivados campos ó bosques inmensos de colosales árboles, ó ya lindos pueblecitos y populosas ciudades, revelando en todo la actividad y génio industrial de sus habitantes.

Una de estas poblaciones fué la de Búffalo, en cuya estación se quedó el jóven frances, que ansioso iba á sorprender á su hermano.

Se acercaba ya el término del viaje y prestaba atento oído para distinguir el rumor producido por la caída de las aguas que como es sabido, se oye á quince leguas, de distancia; pero seguramente, el ruido del

tren no me dejó percibir nada, hasta que próximo á la estación de Niágara principié á oír confuso rumor, aumentado á cada instante hasta hacerse atronador.

De pronto se para el tren, y comprendo distintamente la voz de «Niágara.» Salto enseguida fuera del vagón y la vía. El reloj de la estación marcaba las siete menos dos minutos: era una de las horas de mejor efecto en las cataratas; por lo cual no podía perder tiempo, el que como yó deseaba poderlas contemplar aquel día en todas sus fases, y si de ello quedaba satisfecho, regresar por la noche á Nueva York.

Así, busco inmediatamente entre los ómnibus el que decia: Continental Hotel, y soy el primero que se posesiona de un asiento, desesperándome los cortos instantes que transcurren hasta ponerse en marcha, porque en ese momento, la imaginación en alas de su vehemente deseo, era presa de la más exajerada impaciencia.

Mientras tanto, mi corazón latía con violencia, al oír aquel solemne retumbar, parecido á estrepitoso y prolongado trueno, que me anunciaba la proximidad del sumblime espectáculo, que tanto ansiaba contemplar.

Poco después, colocado con otros de los que acababan de llegar en un alto malecón, desde donde se dominaban completamente

los dos colosales saltos de las aguas, admiraba estupefacto la sorprendente maravilla. ¿Que espectáculo tan imponente y magestuoso? Nada en el mundo despierta en el alma una emoción tan viva y penetrante, como la que se experimenta en esos primeros momentos, ante el más bello espectáculo que la omnipotente mano del Ser Supremo ha colocado en el planeta que habitamos.

Aquellas enormes masas de cristalinas aguas, precipitándose imponentes de colosal altura; ya sobre escarpadas rocas ó insondable abismo, con solemne retumbar: aquellos formidables remolinos entumultuoso lago de blanca bruma, desbordándose en impetuosa corriente por ancho cauce: aquellas voluminosas columnas, parecidas á blanco y denso humo elevándose hácia el cielo, las que, al ser atravesadas por los rayos del sol, descomponiendo la luz formaban infinidad de arcos iris; que con la viveza de sus variados colores, destacándose en blancos fondos: daban al mágico conjunto un aspecto de singular hermosura.

Allí, el hombre completamente anonadado, en presencia de aquel gran prodigio, experimenta una sensación desconocida, mezcla de profundo terror y extremado gozo, que en los primeros instantes privan de darse cuenta de lo que por uno pasa.

Después de una larga media hora de estático arrobamiento; aunque con la esperanza del próximo retorno, costábame gran trabajo el abandonar la contemplación de tan sublime belleza; pero era necesario aprovechar bien el tiempo, si en aquel sólo día había de visitar todo lo que de notable ofrece el Niágara, y gozar en las horas oportunas de todos sus encantadores atractivos.

El gran Hotel Continental, que era en donde llevaba pensado hospedarme, estaba recientemente construido a la vista de las cataratas. Es éste una lujosa fonda de colosales proporciones, el más frecuentado entonces por los visitantes del maravilloso espectáculo; con la particularidad ó caprichosa excentricidad, de estar servido por negros, de los cuales había cuarenta destinados solamente al servicio de su inmenso comedor.

Al penetrar en ese suntuoso hotel, me encontré con que nadie me entendía una palabra. Como yo así ya lo esperaba, al ver que por ninguno era entendido, me dije: ya la tenemos, y echando mano á la cartera exhibí en ella el lugar donde previamente me habían escrito en inglés la petición de un intérprete cicerone; mientras venia, quise aprovechar el tiempo desayunándome;

para lo cual, expresé con muy significativa mímica que quería comer; y en el acto se me condujo al comedor, presentandome al jefe de los camareros, que era un jóven negro de finos modales, distinguiéndose entre sus oscuros compañeros por el lebita cerrado y corbata blanca que elegantemente vestía, á el que después de mi idioma probe á ver si me entendía en mis mal chapurrados frances é italiano; que ninguno dió resultado. Pero, habiendome creído por alguna palabra mia que hablaba la lengua del Dante, se apresuro á conducirme ante el jefe de cocina, que era de nacionalidad italiana; y esa fué mi buena fortuna, pues ese señor, habia estado cinco años con el mismo destino en el Hotel Recreo de Nueva York, donde aprendió hablar bastante regular el español y me acogió de una manera que siempre recordaré muy agradecido; aunque sintiendo haber olvidado su rebesado nombre, por haber perdido su tarjeta.

Este buen señor, á quien brevemente enteré de mis propósitos para ese dia, empezó por aconsejarme esperara se proporcionase el hacer la excursión de las cafaratas acompañado, porque sólo, decia, me resultaría cara; pues el carruaje importaba lo menos cuatro dolars, y cincuenta centavos (50 céntimos de duro ó sean 10 reales) por cada vez

que el coche pasase por cada uno de los tres puentes, que tenia que pasar sobre el rio Niágara; más un dolar á cada uno de los guias que por lo menos cuatro ó cinco veces tendria que tomar; cuyos gastos eran igualmente para uno, que para cuatro ó seis.

Pero, habiéndole manifestado que de todo eso iba ya bien enterado, y de que en cambio tenía la ventaja de la brevedad del tiempo, muy apreciable para mí, y la reducción de gastos esperando. Entonces me dijo, que, todo lo tendria pronto á medida de mi deseo, y en el acto me trazó el plan que había de seguir hasta las tres de la tarde, hora en que ya estaría él desocupado de su destino y me acompañaría hasta la partida del tren por la noche; puesto que no se encontraría intérprete ni cochero que hablara español ó francés; que á la vez, me aconsejaba no lo tomase aunque lo hubiera.

Seguidamente hizo que en la misma cocina se sirviera un opíparo desayuno para ambos, compuesto de café, leche, tostadas, pastas y licores, que allí mismo tenía á granel. El cual, al querer abonar el gasto, me dijo: que el almuerzo y comida que lo haria en el comedor del hotel lo pagaría; pero que aquello era cosa exclusivamente suya; que él tenia gusto recibiera como un pequeño obsequio de un casi compatriota.

Concluido el desayuno; serian las nueve de la mañana, favorecido cual deseaba por un hermoso dia de esplendoroso sol y suave ambiente, acomodado muy holgadamente en anchurosa carretela descubierta, emprendí gozoso la memorable excursión del rio Niágara, dispuesto ha tenerme que haber con cochero y guias como si fuera sordomudo, pues ya sabia que seria inútil cuanto intentara hablar con nadie.

En esa forma, el carruaje se deslizaba mensuradamente por una feracísima y pintoresca llanura, salpicada de soberbios hoteles y casas de recreo rodeandolas lindos jardines perfumando la atmósfera; en donde turistas ú opulentos magnates entusiastas admiradores de los portentos de la Naturaleza, pasan largas temporadas del año gozando de las atractivas manifestaciones del maravilloso espectáculo.

De esa agradable manera, en que el obligado silencio contribuia más á extasiarme ante tan deliciosas perspectivas, recorrimos los 3 ó 4 kilómetros que del hotel distaban los Rápidos. Este célebre sitio del Niágara, que los norteamericanos denominan el Whirlpool; es donde al chocar violentamente sus voluminosas aguas contra las duras rocas que encuentran de frente, en el recodo que luego hace el cauce, se forman enor-

mes rompientes y remolinos de un aspecto formidable.

Al detenerse el coche á la entrada de su estación, el auriga me lo señaló, tomé en ella mi correspondiente billete, y seguidamente descendí en un cómodo ascensor á la sala de recepción, que se encuentra á 58 metros de profundidad, desde cuyas ventanas y terraza, admiré el espantoso espectáculo en toda su enormidad, después, acompañado de un guía bajé 22 metros más hasta llegar á la misma orilla del río.

Desde la terraza se admiraba todo el gran recodo y parte del profundo cauce, entre duras rocas de 80 metros de altura. La rápida corriente que allí tienen las aguas, por el violento empuje que los colosales saltos le imprimen, y el gran declive que hasta ese punto tiene el lecho del río; le hacen adquirir una velocidad de 40 kilómetros por hora; y al inmenso volumen del líquido, lo calculan en 42 millones de metros cúbicos por minuto.

Al llegar allí en línea recta la enorme masa de agua, y chocar contra las rocas que se oponen á su paso; en su fuerte rechazo, produce en el recodo que casi en ángulo recto forma el cauce, un descomunal remolino; en el que, sus turbulentas aguas se elevan en el centro unos tres metros so-

bre el nivel de sus orillas, dando al magnífico espectáculo un aspecto de sublime grandiosidad. Los objetos arrojados á este asombroso vórtice, flotan á veces por muchos dias sin poder encontrar la salida, hasta que la casualidad los despidе violentamente por la continuación del cauce.

Admirado ya de cerca este fenómeno natural, el coche retrocedió parte de la margen derecha del rio, hasta cruzar á la grilla opuesta por el nuevo puente colgante, muy notable entre los hombres de ciencia dedicados á este género de obras, por su extrema ligereza y finura, que parece imposible pueda resistir incólume á los embates del viento. Está hecho para el tránsito de personas y carruajes, mientras que por los otros dos puentes sobre el Niágara, pasan además los trenes del ferrocarril. Tiene de largo de torre á torre 386 metros, y se eleva sobre el nivel del agua 58 de los mismos. Pero lo que además de su esbelta sutileza, le dá un bellísimo carácter, son los primorosos trabajos en fino alambre, que parecen una rica filigrana, teniendo de lejos un aspecto verdaderamente fantástico, al verse discurrir por él viandantes, pareciendo que lo hacen por una red finísima de alambres.

Son también muy notables los otros dos puentes. Uno de ellos, era de reciente cons

trucción, hecho para unir el ferrocarril de Nueva York á Michigan; con una longitud de 278 metros y 72 desde el nivel de las aguas hasta los rails: constando de dos pisos, el superior destinado al ferrocarril y el inferior al paso de toda clase de vehículos: está construido con inimitable gusto artístico de piezas de hierro forjado y acero. El otro puente colgante, fué el primero que se construyó; sirve para dar paso á la línea férrea que une á los Estados Unidos con el Canadá; tiene dos sólidos y magníficos pisos separados por una altura de 3 metros: es muy famoso por las condiciones de solidez y belleza que reúne, y por la notable combinación de cables, torres y macizos para los amarres.

Estos tres puentes reunidos en tan corta distancia, afectando cada uno distinto gusto artístico á cual más gallardo y bello; parecen puestos allí por los norteamericanos, para revelar á los numerosos visitantes de las famosas cataratas, que en este género de construcciones no tienen rivales en el mundo.

Como el rio Niágara, á la vez que une los célebres lagos Erie y Ontario, naciendo del primero y desaguando en el segundo, separa á los Estados Unidos del Alto Canadá, sirviendo por consiguiente de límites naturales entre ambos países. Así, al pasar á la

orilla opuesta del río, habíamos pasado instantáneamente de los dominios de la República á los de la feudataria de Inglaterra.

Al poco de rodar el carruaje por la ribera izquierda del Niágara, se detuvo ante una humilde casilla, para pagar el insignificante impuesto de 10 centavos, por tras pasar la nueva frontera á el guardian de ella, que lo era, una mujer de estatura gigantesca y como de 40 á 50 años de edad. En tan corta distancia, el aspecto del territorio variaba bastante del anterior, especialmente en la exuberante vegetación arbórea, de corpulentos abetos, pinos y cedros, que se mezclaban con inusitada profusión con los tilos y los sauces.

A corta distancia, llegamos á la estación del plano inclinado, en la cual se encontraba un aparato movido por fuerza hidráulica, con dos cochecitos, que cuando baja el uno sube el otro por entre railes, sirviendo para descender al borde del río; pero con tan gran pendiente, que más bien que resbalar por un plano inclinado, parece bajarse en línea vertical. Tomé pues asiento en el cochecito que se encontraba en la parte superior, y en menos tiempo que hubiese descendido mi cuerpo abandonado á su propia gravedad, salvé la distancia de 107 metros; encontrándome ya casi al mismo nivel de

las aguas, y saliendo por entre rocas á una plataforma, admiré por corto rato las perspectivas que ofrecían los alrededores.

Desde allí se apreciaba de cerca la impetuosa corriente de las aguas, saltando al chocar contra las peñas que festonean ambas orillas, salpicando al que se aproxima. Desde allí se percibía bien el ancho cauce de rientes márgenes, esmaltadas de plantas acuáticas y la garganta por donde las aguas pasan encrespadas de ira á estrellarse contra las rocas, para formar sus turbulentos remolinos; y desde allí también se oía con más intensidad aquel monótono y estruendoso rumor de la caída de las aguas.

Ascendí luego de la misma manera, y el carruaje continuo su marcha, hasta que pronto volvió á detenerse ante un magnífico edificio, que el cochero me señaló al pararse. Apéome y entro como Pedro por su calle: era un museo con ejemplares de Historia natural, momias y objetos indios, que los canadienses exhiben allí para llamar la atención de los turistas; pero no estaba yo entonces para museos, tenía ya vistos algunos y el objeto que perseguía en aquel instante me atraía irresistiblemente con su magestuoso rumor; así, pasé ligeramente revista por alguna de sus salas y salí escapado á continuar mi itinerario.

Continuó el coche por el paso denominado Table Rok, que termina junto al derrumbe las aguas. Al llegar á un extremo y pararse salte á tierra, y acompañado del auriga, abancé hasta el borde del precipicio; donde por segunda vez se apoderó de mi ánimo el asombro y la estupefacción. Desde allí abarcaba la vista los derrumbes y el profundo abismo á donde iban aparas las aguas de la inmensa catarata dividida en dos partes por la isla Iris. Una de estas, la que se encuentra en la parte oriental, se halla á su vez partida por un pequeño is'ote, se desborda en línea recta, y es la que pertenece á la jurisdicción de los Estados Unidos. La otra, que es más considerable y bella, se encorba hasta afectar la forma de una herradura, y se encuentra hácia la parte occidental: y, sin embargo de estar casi pegada á la anterior, pertenece ya al territorio del Canadá; por cuya razón, entienden allí á la primera por la catarata americana, y á la segunda por la catarata canadien.

En la situación que me encontraba entonces, tenía: frente á frente la recta catarata americana; á la derecha, casi tocando la con la mano, la encorbada candien, y á los piés el espantoso piélago, donde venían á confluír las tumultuosas aguas de ambas; pero, ¿qué espectáculo tan grandioso? qué

emoción tan profunda experimentaba en aquellos instantes? Atronaban mis oídos el estrepitoso ruido; la tierra temblaba como si fuera presa de continuado terremoto. Lo sublime a lo terrible unido, producía en el ánimo una impresión de terror y gozo.

No puede darse nada más asombrosamente bello, que el efecto producido próximo á aquellas enormísimas masas de cristalinas aguas, en una extensión de 270 metros en la catarata americana, y 730 en la canadien; formando ambas los dos lados de un ángulo recto, y sus aguas cayendo desde una altura de 55 á 60 metros respectivamente, con infernal estruendo al fondo del Rio; convertido en aquel lugar en tumultuoso lago, de gigantes remolinos y rompientes formidables al estrellarse contra las rocas sus olas furiosas. Con razón, llaman los norteamericanos á tan espantoso caos «El infierno de las aguas».

Y sin embargo, nada más hermoso que aquel tumultuosísimo lago, cubriendo toda su superficie de blanca espuma y levantando á gran altura una tupida nube de bruma, que despide en dilatada distancia fina y espesa lluvia, cuyas gotas, en aquellos momentos atravesadas por los directos rayos del sol, parecían chispas de brillantes.

Después de pasado un corto rato en esa

contemplación, el cochero me condujo á una casita inmediata, donde se me ayudó á poner uno de los muchos trajes que allí habia, compuesto de botas, pantalon, una larga tohalla rodeada al cuello y un saco con cinturón y capucha: un guía se puso otro igual, y ambos emprendimos la bajada por un sendero que pronto se hizo estrecho y cubierto. Entonces, mi corazon empezó á latir con violencia y el ánimo á estar bastante agitado: sabia que esa excursión no estaba exenta de peligros, y que ella llevaba causadas algunas víctimas, si bien, fueron siempre hijas de imprudencias, que yo iba dispuesto á no cometer.

Próximo ya á la entrada del horrible caos, el guía hizo alto, señalando para que me asomase á el abismo, donde tenia lugar «El infierno de las aguas,» saltando espumosas violentamente en todas direcciones, formando vórtices y rompientes formidables.

Estando en esa pavorosa contemplación. llegaron al mismo sitio dos con su correspondiente guía, éste les hizo la misma indicación mímicamente; porque allí no era posible oirse, no digo la voz humana, sino la detonación de un cañon crup. En la cara de aquellos hombres, veia retratado el terror y el espanto, como indudablemente se representaría en la mia.

Luego, el guía me coje fuertemente de la mano, y arrimados á la escarpada pared, fuimos penetrando muy despacio debajo de la cascada, por un sendero estrecho, pedregoso, y lleno de regajos, que por algunas partes no tendria un metro de ancho; con gran cuidado para no resbalar, porque en ese caso irremediablemente hubiesemos ido al abismo á parar. A la vez que de rechazo, fuertes chorros de agua nos azotaban por todas partes, haciéndonos cerrar los ojos continuamente al darnos en el rostro.

En la misma forma nos seguían los que llegaron después, hasta llegar á unos 35 metros aguas adentro, donde ya no era posible internarse más, por impedirlo el líquido que se introducía por las grandes resquebrajaduras de las rocas; quedando así aprisionados entre los peñascos y la enorme masa de agua, que pausadamente caía próximo á nosotros, sin más luz que la débil claridad penetrada através del líquido elemento, con la respiración haciéndose difícil y sintiendo á los piés la atracción del abismo,

¿Qué situación tan horrorosa? ¿Qué satisfacción tan efímera y vana? Mentira parece, que el hombre busque de exprofeso esas peligrosas ocasiones, tan sólo para tener el bárbaro placer de encontrarse como en esa,

en medio de un angustioso caos, con los sentidos turba los y el ánimo sobre cojido de terror y espanto,

En aquellos supremos momentos ¿cuánto llegue a sentir el haber entrado? Pasados ya los primeros instantes, suficientes para persuadirme de lo horrible que era aquello; tiraba fuertemente de la mano del guía, á la que siempre permanecía asido, para que me sacara pronto de aquel angustioso lugar, donde ya todo estaba visto; pero él tiraba en sentido contrario para retenerme allí, señalándome á la vez á los que habian entrado detras: entonces comprendí que era forzoso esperar ha que ellos franquearan el paso: habiamos entrado los primeros y teniamos que salir los últimos,

Cuando salimos de allí, los guias se reian al observar las trasformaciones de nuestros semblantes. Seguramente, esa es una de las cosas que si el hombre llega ha hacerla una vez en la vida, no la volveria hacer voluntariamente por todo lo que hay en el mundo. Así me decian también, los dos queridos paisanos que me acompañaron á la boca del espantoso cráter del Vesubio.

De vuelta todos en la estación, á dejar los trajes impermeables y pagar su alquiler y el del guía; nos hicieron exhibir nuestras targetas, y en presencia de ellas, escribió el

encargado dos líneas en unas papeletas selladas que nos dió á cada uno: estas, eran un certificado que acredita el haber hecho la atrevida excursión por debajo de la catarata del Canadá, el cual, tienen mucho interés en recoger los norte-americanos, por ser mirados con cierto desdén por sus compatriotas, los que hacen la expedición al Niágara, y por pusilaminidad no verifican esa peligrosa excursión.

En adelante no se podrá adquirir ese atestado de inútil y vana audacia, porque ese peligroso lugar ha desaparecido ya. Unos seis meses después de mi inolvidable visita á él, leí en los periódicos de Madrid, la noticia que habían tomado de la prensa norte americana; de que, el día 13 de Enero (de 1887), en las bellísimas cataratas del Niágara, un enorme fragmento de la colosal plataforma del lado del Canadá, bajo la cual penosamente penetraban los turistas, se había desgajado de su base y caído con horrendo estrépito al fondo del río; calculándose que dicho fragmento representaba una masa de 223.000 metros cúbicos.

Continuando luego en mi excursión, por el célebre puente colgante que une á el Canadá con los Estados Unidos, pasó el carruaje á la ribera derecha del río, donde otra vez descendí al borde de su cauce, por

otro plano inclinado parecido al anterior de la orilla opuesta, que se encontraba al pié de la catarata americana. Desde ese punto se hacen dos excursiones, previo tambien el cambio de traje: la una, tiene lugar por debajo de la otra catarata, avanzando primero por un sendero peligroso, continuando después por un endeble puente hasta unos 50 metros aguas adentro. Pero como ya sabia la novedad que podia ofrecer, y habia quedado bien satisfecho de ese género de excursiones, renuncié á ella de muy buen grado.

La otra excursión, que constituia allí entonces la gran novedad, por lo recientemente establecida; la habia estado viendo practicar varias veces aquella mañana, en un vapor con que una empresa particular explota allí lo pintoresco de ese fenómeno natural; y esta expedición, fué la que no quise dejar de hacer.

Provisto de mi impermeable traje, en la diminuta estación que se alzaba en la ladera del rio, esperé con otros expedicionarios en un pequeño muelle la vuelta del vapor. Tan pronto como llegó, salieron unos y entramos otros; emprendiendo enseguida su marcha, muy despacio por el lado izquierdo del rio, en contra de su impetuosa corriente hasta aproximarse algo á la caída de las

aguas, virando por frente de la catarata americana. presentando entonces á esta la popa y el costado á la canadien, continuando despacio la virada hasta dar la vuelta por completo y colocarse en el punto de partida, en el mismo sentido que se encontraba á su salida.

En esa corta navegacion son muy notables y dignos de admiración, los titánicos esfuerzos que el buque tiene que hacer: primero, venciendo la enorme resistencia al navegar en contra de la impetuosa corriente; después variando de posiciones en medio del agitado movimiento que reina próximo á la caída de las cataratas, ó sea el infierno de las aguas, y últimamente teniendo en el regreso que sostener el colosal empuje de la corriente, para no ser arrastrado por ella. En esta lucha, la frágil embarcación ocultaba unas veces casi toda la proa y otras iba tendida sobre el costado de babor, teniendo que ir uno á bordo asido fuertemente á un objeto para guardar el equilibrio.

Unos 45 á 50 minutos dura esa pequeña excursión, en cuyo corto espacio de lugar y tiempo, nada más grato y bello, fuera del poco temor que infunde lo difícil de la navegación, que admirar tan de cerca los grandiosos y variados aspectos que por do-

quier presentaba el maravilloso conjunto de las cataratas, navegando en todos sentidos por una agitada superficie de ondas caprichosas de blanca espuma; á veces envuelto entre una nube de densa bruma, que al elevarse y ser atravesada por los directos rayos del Sol en su cenit, parecía un inmenso foco despidiendo chispas eléctricas.

Con esta bella excursión, terminó mi correría de la mañana; viniendo á estar de regreso en el hotel; sería poco mas de la una. Allí, me entré seguidamente á la cocina, donde mi buen cocinero, después de felicitarme por el éxito de mis excursiones, me entregó en lujosa cartulina la lista del almuerzo, en la que ya me tenia señalados los platos que con preferencia debería indicar para servírseme, recomendándome para los postres las dos clases de elados que había; encargándome de paso, le esperase á las tres de la tarde en la terraza de la fonda, desde donde á la vez podría estar admirando las bellas perspectivas que allí ofrecían las cataratas y sus alrededores.

Terminado el almuerzo, me ocurrió una pequeña peripecia. Como no habia llevado equipaje alguno, más que el sobretodo que consigo llevaba al brazo, por si al salirme del hotel podia inspirar alguna desconfianza, quise pagar su importe en el acto; pero

no entendiendome el que me habia servido buscó á su jefe el negrito de por la mañana, para que viese él lo que deseaba. Supuse yo, que me entendería, señalando primero á la mesa, llevando luego la mano al bolsillo del chaleco, terminando con un ligero movimiento de frotación entre los dedos pulgar é indice; el cual, vistas mis mímicas acciones, pareció que lo habia entendido bien y se marchó enseguida, volviendo al momento acompañado de otro negro camarero, que en vez de la cuenta, me presentó una gran zafra con agua para lavarse las manos y tohalla para secarlas. Entonces, algo corrido porque en mi misma mesa había dos señoras observando todo esto, hice señas al negrito jefe para que me siguiese, en busca de nuestro intérprete el maestro de cocina; que ya tuvimos para reir buen rato, recordando á la vez lo que por la mañana les había referido de la peripecia de Washington.

Concluido el almuerzo, me salí á dar un paseo por la gran calle que se ha formado casi á la vista de las cataratas, admirando en ella los magníficos edificios y lujosos establecimientos de elegantes escaparates, con profusión de vistas fotográficas de las cataratas y objetos del Niágara; de lo cual me habia provisto de algo en las diferentes estaciones de la excursión. Enseguida, re-

grese al hotel para seguir el consejo de mi excelente amigo, contemplando por buen rato las cataratas, con la vigorosa vegetación de sus bellos alrededores.

A poco de las tres de la tarde, se presentó en la terraza el culinario artista, costándome trabajo reconocerle por la transformación de su elegante traje; le acompañaba un negro camarero, provisto de un gran lente, dulces de su peculiar confección y licores; á lo cual fué preciso hacer los honores en aquel agradable sitio. Aquella mañana en el desayuno, mi anfitrión habia prometido espontáneamente acompañarme en la excursión que me quedaba, á lo cual añadió, que, además del gusto que en ello tenia, habia la circunstancia, que todavia no la habia llegado á hacer él en mas de dos años que llevaba en las inmediaciones de las cataratas.

Así, después de un rato de solaz, y admirar con el auxilio del lente los hermosos lagos Erie y Ontario, con el corto curso del famoso rio que los une; nos encaminamós á las pequeñas islas de la Luna y de la Cabra entre las que se encuentra la célebre cueva de los vientos: allí, puestos los correspondientes trages impermeables y conducidos por experto guía, bajamos á la citada cueva, por una escalera de hierro en forma de ca-

racol, sólidamente encajada en la roca, habiéndonos asomado antes de bajar al borde del precipicio que tiene unos 30 metros de profundidad: ya en el fondo, nos acomodamos lo mejor que fué posible para contemplar el incomparable espectáculo, que desde aquel punto ofrecen las cataratas, y esperar allí la ocasión oportuna de verificarse el bellísimo y singular meteoro luminoso, que en aquel sitio puede observarse en momentos dados, cuando el sol va ya aproximándose á su ocaso, en que hiriendo sus rayes oblicuamente las pulverizadas aguas, puede tener lugar el fenómeno.

La caída de la tarde, conforme á nuestro anhelado deseo, no podía presentarse más propicia: el cielo sin nubes estaba completamente diáfano, dejando á el Sol lucir sus oblicuos y esplendorosos rayos, para poder prestar á las cataratas su mayor encanto.

Cuando por los temereros cuidados de la bajada; ensordecido por penetrante rumor, y deslumbrado por tanta grandiosidad, penetraba en aquella húmeda y musgosa gruta, sentia fuertemente el corazón oprimido, y la imaginación conturbada por el temor: hasta que, trascurrido algún tiempo, la reflexión venciendo el infundado temor, fué serenando el ánimo para dar lugar á la grata expansión.

Ya en esta disposición, fija la vista en la inmensa nube que se alza al continuo golpear de las aguas, se admiraban en ella los focos de misteriosa luz formando múltiples íris; observándose hacia el centro de la misma; cómo aquellas fajas polícromas, iban paulatinamente avivando sus colores y formando á la vez un gran círculo, hasta llegar hacerse completamente perfecto, con deslumbradora radiación, que es ya el supremo momento de su singular hermosura. En tal disposición duraria de 10 á 12 minutos el fenómeno, que creo no se verifica en ninguna otra parte del mundo. La viveza de las tintas de los siete colores del espectro solar, destacándose con admirable brillantez entre la blanca bruma, hacía el acabado cuadro de la más imponente maravilla de la Naturaleza.

¿Que plácido arrobamiento produce en el ánimo al contemplar ese sublime espectáculo? No es posible describirle, ni siquiera dar una pálida idea de él; como no ha sido ni será posible, que pincel humano, por hábil y atrevido que sea, intente siquiera reproducir esa maravillosa obra del Creador.

Una hora escasa durarian nuestras deliciosas observaciones; y, como nada en el mundo despierta en el alma sentimientos tan vivos como la contemplación de la Na-

turaleza; al partir de aquél encantado lugar, donde no habia de volver más, quedó impresa en mi memoria aquella imagen de belleza para no borrarse jamás.

Lo que restaba de la tarde, y hasta muy próximo á las nueve de la noche; trascurrió paseando por la ribera derecha del Niágara con mi complaciente amigo: el cual, me referia de paso algunas de las muchas escenas de que ha sido teatro ese célebre rio en su corto curso, designandome á la vez los sitios en que tuvieron lugar en presencia de infinidad de espectadores, entre los que se verificaban grandes apuestas. Esas escenas unas veces fueron célebres buzos y diestros nadadores, echándose á el infierno de las aguas; ó á los remolinos de los rápidos, de los que, unos salieron victoriosos y otros fueron víctimas de sus temerarios arrojos: ya fué un vapor de ruedas, queriendo franquear el infranqueable paso del Whirpool; ó ya el célebre Blondin, cruzando el rio en dos ocasiones, una sólo por un alambre, y otra, por una maroma con un hombre acuesta. Esos bárbaros espectáculos, hace tiempo que ya no tienen lugar en el Niágara, por haberlos prohibido muy terminantemente el gobierno de los Estados Unidos.

Antes de emprender la marcha, todavia llegé á contemplar las cataratas en la ma-

gestuosa fase que aún me quedaba que admirarlas. Como la luna se encontraba próxima á su cuarto creciente, y por consiguiente desde el mismo oscurecer ya esparcía su argentada luz, estube por más de media hora, contemplando el bello aspecto que presentaban engalanadas con sus plateados mantos; llevándome por despedida ese grato recuerdo más.

Momentos después, expresaba mi profundo reconocimiento á el amable protector, que desinteresadamente tan buenos servicios me había prestado en aquellas encantadoras inmediaciones; á cuyos gratísimos recuerdos, irá siempre unido el de su simpática personalidad,

Ya el tren en marcha, hice de fiambre mi parca cena, y rendido por la continua agitación y grandes emociones de ese inolvidable día, me acosté en cómodo dormitorio, pasando la noche en tranquilo y reparador sueño, apesar de la gran velocidad de 60 kilómetros por hora con que marchaba el tren.

A las once de la mañana del siguiente día, entraba por tercera vez en Nueva York y al poco en el Salón de descanso y comedor del Hotel Español, me veía acosado por los compañeros de hospedaje para que les refiriese las impresiones y peripecias del día anterior.

Gozoso y satisfecho estaba ya por haber realizado el más bello ideal de todo mi viaje, sin tener que lamentar en él ninguna cosa desagradable; como no fuera lo caro que me habia costado.

Así, dí por terminadas mis excursiones en los Estados Unidos, para después de descansar, dedicarme tranquila y reposadamente á la visita detallada de la célebre ciudad.



V.

Nueva York y sus alrededores.

Variando en mi narración el orden que hasta aquí he seguido, porque sería demasiado prolijo si día por día hubiera de ir relatando lo que ví en cada uno de los diez y ocho que después de efectuadas las excursiones permanecí en Nueva York; para lo cual, principiaré por hacer una brevísima reseña histórica, extractada de la parte que se relaciona con la admirable nación de los Estados Unidos y su gran metrópoli; para que teniendo presente el origen y algunas circunstancias especiales de esa población, pueda apreciarse un tanto la rapidez con que se ha verificado su brillante estado actual, que es lo que me propongo exponer ahora.

Como es harto sabido, que al descubrir el

eminente Cristobal Colón el Nuevo Mundo se lo encontró ya poblado. Por quién y como lo habia sido, es lo que permanece envuelto en la más completa oscuridad; pues, sólo algunas hipótesis dan indicios sobre el particular; opinando unos si podrian pasar del Antiguo al Nuevo Continente por el Estrecho de Bering que se encuentra helado algunos meses del año, ó si en naves serian lanzados sobre las playas americanas. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que América á su descubrimiento estaba ya poblada hacía miles de años; como lo prueban las ruinas de los monumentos y objetos de plata y cobre encontrados en sus escavaciones: y á la raza de hombres que en ella encontró Colón, les dió el nombre de indios, considerando que formaban parte de las indias que buscaba y que creia haber encontrado; de nominación conque todavía se designan á los salvajes indígenas que los puritanos encontraron á su arrivo á las costas de la América del Norte.

Muy sabido es también, que todas las naciones marítimas de Europa se lanzaron entonces á explorar el hemisferio americano: y que Inglaterra, Francia, Holanda y Portugal; adquirieron en él inmensos territorios, y España, la nación descubridora y civilizadora de ese continente, se hizo dueña de

su mayor parte dándole en cambio su sangre, idioma y religión. Así como que después, el ejemplo de la emancipación de las colonias inglesas, fué produciendo la pérdida de casi todas las demás, que rebelándose respectivamente contra la madre patria se fueron declarando independientes, y constituyéndose en repúblicas; quedando ya solamente fieles á su origen y tradiciones monárquicas, el Canadá á Inglaterra, y á España una pequeña reminiscencia de sus pasadas glorias en el Nuevo Mundo, en su siempre fieles islas de Cuba y Puerto Rico; pues el Brasil que hasta ahora conservaba la tradición monárquica, aunque en imperio independiente, acaba de declararse solemnemente en república federal.

Como la historia de los Estados Unidos se encuentra íntimamente ligada á la de Inglaterra, habiendo tenido origen en tiempo del rey de esta Enrique VII; que fué el primero que envió al célebre marino Juan Cabot para que hiciese un viaje de exploración al Norte del nuevo Continente; el cual, entre otras islas descubrió la de San Juan de Terranova; en cuya exploración y descubrimiento fundó la Corona Británica sus títulos de propiedad á la América del Norte, que confirmó después en la guerra, en la conquista y en las negociaciones: de donde

tuvo origen el imperio colonial de la Gran Bretaña.

Esta, en diferentes épocas concedió vastos trozos de territorio á compañías de Londres, que los adquirieron con el fin de establecer en ellos colonias que explotar y aumentar el comercio de su pátria; formando á la vez caseríos, aldeas, pueblos y ciudades. Para regirse allí los coloniales, establecieron un gobierno popular calcado en las leyes inglesas, con la sanción de la Corona británica que se reservaba ciertos derechos. La guerra civil de la pátria llevó multitud de emigrados á esas colonias; entre ellos fueron los Padres puritanos, que pertenecían á una clase relativamente instruida y culta, con nociones claras de orden, moralidad y gobierno, que iban huyendo de las persecuciones que á la sazón sufrían en la vieja Europa. Estos, que habían cruzado los mares arrojando toda clase de peligros para buscar su independencia, no les satisfacía la libertad que les daba el gobierno de la madre pátria, que por otra parte abusaba con exacciones enormes; y, cuando ya habían crecido y se habían multiplicado prodijosamente, se agitaron y rebelaron contra su propia madre, luchando con heroismo, hasta que conquistando su independencia, se cons

tituyeron en república formando un estado libre, fuerte é independiente: teniendo así su origen la gran República, y la colosal nación de los estados Unidos de la América del Norte, asombro hoy del mundo civilizado.

Ahora bien, cuando por el potente génio del gran Colón tenía ya descubierto el Nuevo Mundo; entre los aventureros que de todos los ámbitos del continente europeo, se lanzaron á explorar por todo aquél hemisferio y sus ignotos mares, fué uno de ellos el célebre navegante Florentino Juan Verracini, que en 1525 descubrió la bahía de Nueva York, el que, obligado por una gran tormenta á salir nuevamente á la mar, suspendió la exploración que ya no pudo continuar.

El día 11 de Setiembre de 1609 fondeó en dicha bahía el yacht «The Half Moon» (La Media Luna), al mando de Enrique Hudson, quien descubrió desde luego la Isla de Manhattan, que ocupa hoy por entero la ciudad de Nueva-York. Al siguiente día levó anclas y en seguida empezó la exploración del caudaloso río que lleva su nombre. Las noticias que de su descubrimiento llevó á Holanda hicieron venir á varios mercaderes y aventureros de aquel país; y, en 1623 fundaron estos la primera colonia europea, lla-

mándola Nueva Amsterdam. Su jefe Pedro Minnet, compró tres años mas tarde la Isla de Manhattan por la cantidad de veinticuatro pesos, pagados en mercancías á sus dueños los indios. Los ingleses la tomaron después sin encontrar resistencia y se establecieron en ella en 1664; cambiando su nombre por el de Nueva York. Volvió á poder de los holandeses, y la llamaron entonces Nueva Orange; hasta que fuerzas inglesas la volvieron á ocupar al año siguiente, devolviéndole la denominación que conserva en la actualidad; permaneciendo bajo el dominio inglés hasta 1783 en que se puso término á la guerra de la independencia de ese país.

Nueva York, fué el centro del gobierno de los Estados Unidos desde 1785 á 1790. Jorge Washington inauguró sus funciones de primer Presidente de la república en la antigua Casa de ayuntamiento.

Esa ciudad que es hoy la primera capital de todo el continente americano y una de las tres primeras del mundo, por su población riqueza é influencia civilizadora: está situada como se ha visto ántes, en la isla de Manhattan, en las desembocaduras de los ríos Hudson y Este, á 18 millas del Océano Atlántico. Su posición geográfica es de 40°

42 de latitud Norte y 74° de longitud Oeste del Observatorio de Greenwich.

La mencionada isla, que ocupa por completo la ciudad, es de figura irregular, larga y estrecha, su longitud máxima es de 16 millas, su anchura pasa en unas partes de 4 la media de unas 2 y la mínima poco mas de media milla; siendo toda su extensión superficial de 42 millas cuadradas.

Por el lado oriental, la separa de la ciudad de Brooklyn el rio del Este; por el Norte el rio Harlem con su célebre puente giratorio, y en todo su lado occidental la limita el caudaloso Hudson, que á su vez la separa de la ciudad y Estado de Nueva Jersey.

La población se considera dividida en dos grandes secciones, la parte alta y la baja. La primera está destinada principalmente á edificios de residencia; la segunda, casi en su totalidad, se ha dedicado á establecimientos fabriles, almacenes, oficinas públicas y particulares, tiendas, muelles y embarcaderos.

En el tiempo que la poseyeron los holandeses, solo llegaron á construir un fortin y unas casas de poco valor; hasta 1674 en que posesionados ya definitivamente los ingleses principio á progresar, llegándolo hacer en el presente siglo de una manera fabulosa: pues, en los primeros años de él

llegó ya su población á 60.000 almas: aumentando después con tal rapidez, que en 1830, llegaba á 202.000; en 1850 á 515.000; en 1860 á 805.000; en 1879 á 342.000, y en 1880 á 1.250.000. En el quinquenio del 80 al 85, llegó ya á millon y medio, y dado el fabuloso aumento de estos últimos años, á estas horas debe contar con los dos millones.

De manera, que la jóven ciudad de Nueva York, que apenas si hace una centuria era una miserable aldea, ha llegado en tan corto espacio de tiempo á ser por su población é influencia civilizadora la tercera capital del mundo; aventajando á las viejas ciudades de Lóndres y París que son las dos primeras, en su privilegiada situación geográfica para el comercio internacional; pues, con rios navegables en ambos lados, en lo mas resguardado de un puerto segurísimo en el Atlántico y de los más espaciosos del mundo; se halla en condiciones inmejorables, para ser el centro del comercio de la Europa con todo el Norte y Centro del Continente americano.

También se nota en Nueva York mucho mas movimiento: que en las otras dos capitales, apesar de contar Lóndres con cuatro millones de habitantes y París con mas de dos. Pero esto no extrañará, si se tienen presentes las circunstancias que median en

ella, primero: porque no pudiendo estenderse más por estar encerrada dentro de los límites de una isla, ocupa un espacio menor que la capital francesa, por consiguiente mucho mas reducido que Londres, que es cinco veces mayor que París; y segundo, porque estando Nueva York rodeada de ciudades populosas, que por razones de comodidades y economías duermen en ellas la mayor parte de los trabajadores, empleados y comerciantes de la metrópoli, que todos los dias se trasladan á ella de 6 á 10 de la mañana, para regresar otra vez desde las 5 de la tarde en adelante por los numerosos trenes del puente colgante, y los infinitos vapores ferrys, que continuamente para ello estan atravesando los rios y bahia atestados de pasajeros, que á sus llegadas toman seguidamente los tranvias ó ferrocarriles aereos, para ser conducidos á los puntos de la ciudad que desean.

Por cuyas razones, puede decirse, que al mediar la mañana, han entrado en Nueva York más de medio millon de personas, que vuelven á salir entre la tarde y noche. Y, si además de este incesante ir y venir, y del caracter especial de los naturales del país, que parece que siempre van muy de prisa, se tiene tambien presente el gran comercio que se hace en esa población, se compren-

derá la febril actividad y movimiento descomunal que reina en ella, sin parecido en ninguna otra ciudad del mundo.

Todas las calles de esta población, si se exceptúan una pequeña parte que en el extremo Sur de la isla, donde dió principio la construcción de la ciudad, que tiene algunas tortuosas y fuera del orden general, son paralelas y espaciosas, en sentido de la latitud de la isla, de Este á Oeste ó sea de río á río. Designándolas en la parte antigua, que son pocas, con los nombres de hombres célebres, principiando en seguida con los de A. B. C. etc. hasta que terminadas las letras del abecedario, comienzan con los números ordinales de calle 1.^a, 2.^a, 3.^a, etc. hasta llegar á más de las 200.^a

Las grandes vías, denominadas avenidas, se dirijen en sentido de la longitud de la isla, de Norte á Sur, tambien paralelas, y por consiguiente cortando en ángulos rectos á las calles. Su ancho es de cien pies y su longitud en las diez principales varía de 8 á 9 millas, designadas tambien con los numerales ordinales desde la primera á la décima. Hay algunas menos importantes por su situación y dimensiones; como la de Madison y Lexiton; y en un ensanche de la isla, hay cuatro cortas distinguidas con los nombres de las letras A, B, C y D.

Sus numerosas y magníficas plazas, denominadas squares, son preciosos jardines adornados con estatuas y algunas fuentes monumentales.

Entre los varios parques que existen dentro de la población, que todos son bellísimos, el verdaderamente notable es el célebre «Central Park, que constituye el desmesurado orgullo de los neoyorquinos por considerarlo el primero del mundo, por las riquezas y preciosidades que contiene, aunque en extensión no llegue á muchos otros, como «Hide Park» y «Regente» de la metrópoli inglesa.

Ese bellísimo Parque Central, cerrado por una tapia baja y dejando dieciocho puertas de entrada, está comprendido en el centro de la ciudad, entre la calle 59, la quinta y octava Avenida y la calle 110: siendo su extensión de dos millas de largo, por media de ancho.

Entre los innumerables sitios, monumentos y objetos que merecen visitarse, se encuentran hermosísimos paseos con bien trazadas vías para pasear en carruaje, á caballo y á pie, salpicados de fuentes monumentales y numerosos lagos siempre surcados de multitud de cisnes y botes de recreo, en medio de exuberante y lozona vegetación, embelleciendo los mas variados paisajes.

Treinta y dos suntuosos edificios para solaz é instruccion de los visitantes, de los que los mas importantes son: El Gran Circulo, El Casino, La Terraza, El Observatorio Meteorológico, El Museo de Artes, El Museo de Historia Natural, uno de los mejores de los Estados Unidos, y La Casa de Fieras, muy notable por reunir numerosas colecciones de animales de las cinco partes del mundo.

Son dignos de visitarse con detenido examen, la reunion de edificios que dentro del parque denominan Bevedere, donde se encuentran los grandes depósitos abiertos de agua del Croton, que sirven para abastecer de ellas á la ciudad, y subir á su gran mirador en forma de castillo con alta torre, desde la que se admiran extensos y magníficos panoramas.

Por todos lados se encuentran suntuosos monumentos y preciosas estátuas, destinadas á honrar la memoria de los grandes hombres, en las letras y en las artes de todos los paises cultos del mundo; entre los que tuve la inmensa satisfaccion y alegria de ver el monumento, que recientemente se ha levantado allí á nuestro preclaro Cervantes; que por cierto, es uno de los mejores adornos del bello parque.

Entre tantos hermosos monumentos, hubo uno de apariencia sencilla y severa, que tuvo

el privilegio de atraer mi atención cuantas veces penetré en el Parque Central, y ese fué, el célebre obelisco denominado La Aguja de Cleopatra; regalo he·ho á la ciudad de Nuava York por Ismael Baja, ex jetife del Egipto; el cual, se encuentra colocado en sitio elevado, sobre su misma antigua base frente al museo de Artes.

Este misterioso monólito, cubierto de una delgada capa de barniz especial para defenderlo de las injurias del tiempo; es por su tamaño el sexto de los conocidos en el país de los faraones; pero por su buen estado de conservación y por su valor histórico, es el primero de cuantos monumentos ejípcios se han trasladado á otras naciones en distintas épocas, y que hoy ostententan orgullosas las cultas capitales de Roma, París y Londres.

En ésta última población se encuentra hoy el otro obelisco llamado La Aguja de Cleopatra, trasladado también de Egipto á esa, gran ciudad; donde el verano del 78 viajando con mi amigo Balaciart, estando tendido en el muelle del Támesis, ántes de dar comienzo las operaciones para ponerle erguido, tuvimos la satisfacción de admirarlo y sentarnos á descansar sobre aquella enorme y monólita masa de granito y sus viejos geroglíficos.

Como por la historia es bien sabido que esos famosos monumentos egipcios, fueron erigidos en antiguos tiempos para perpetuar la memoria de los reyes y principales hechos históricos del Egipto, en las épocas de mayor esplendor de ese país; siendo éste conquistado en diferentes períodos de tiempo, por persas, ptolomeos y romanos; perteneciendo sus obeliscos á cada una de esas tres distintas dominaciones; que hoy por los diseños, nombres de los reyes y objetos de sus inscripciones geroglíficas, han dejado de ser un enigma.

Así, en la preciosa guía de *Nueva York Ilustrada*, publicada en español en el mismo año de mi viaje, de las explicaciones que dá de las figuras de cada una de las caras de la pirámide; se deducía, que el histórico monólito del «Central Park» con otro igual (el que se ostenta hoy en el muelle del Támesis en Londres), fueron colocados por mandato de Tutmosis junto al templo del dios Sol, en la antigua ciudad de Heliópolis. Perteneciendo por consiguiente esa notable aguja, á los primeros reyes de la primera época, ó sea á la de los faraones,

Siendo también sabido, que cuando el Egipto cayó en poder de los griegos, los ptolomeos trasladaron ese obelisco á la famosa ciudad de Alejandría, colocándolo frente á

la entrada de su célebre puerto, donde permaneció erguido por muchos siglos; siendo mudo testigo de las grandezas y miserias de la antigüedad; acaeciendome mientras tanto la dominación romana, con sus sangrientas luchas entre Augusto Cesar y Marco Antonio, en presencia de la enloquecedora reina Cleopatra.

De aquí, que al admirar aquél soberbio monólito de granito, de mas molesta apariencia que otros de hermosa suntuosidad que allí habia, sujiendome un mundo de consideraciones, no pudiera sustraerme al poderoso influjo que ejercia en mi imaginación aquella empinada pirámide, haciéndome meditar en los excesivos siglos que permaneció en esa actitud entre los suntuosos monumentos de las antiguas poblaciones africanas; para venir á dar público testimonio de una civilización ya extinguida, á la jóven ciudad americana que más genuinamente representa hoy en el mundo la moderna civilización. ¿Cuántas generaciones han desaparecido de la haz de la tierra desde que se labró esa mole de granito? ¿Cuántas veces el gran legislador Moisés, que habia sido sacerdote en Heliópolis antes de librar al pueblo de Israel, fijaría su vista en ese antiguo gigante y sus históricos geroglíficos? y, ¿Cuántos cambios se han necesitado en cuarenta

siglos de lucha y trabajo, para que el género humano alcance su actual estado de civilización?

Los edificios notables en Nueva York, tanto públicos como particulares, abundan de una manera extraordinaria, si bien, como ciudad nueva en que todo se ha construido en ella en el presente siglo, carece por completo de esos antiguos monumentos que son deleite del artista y recuerdo venerando de importantes acontecimientos históricos; en cambio, esa falta se halla compensada por los especiales caracteres arquitectónicos de las costosas construcciones que contiene, ajustadas á las mejoras y adelantos que requiere la vida moderna, en una población como esa, dedicada principalmente á la actividad industrial y al movimiento mercantil.

El aspecto general que los edificios ofrecen al viajero en Nueva York, varia bastante del que le ofrece cualquiera de las capitales de Europa: es agradable en cuanto revelan gran riqueza y hasta magnificencia, aunque de poco gusto artístico y algo monótono por obedecer casi todos al estilo compuesto, que hacen escasear los contrastes.

Son muy numerosas las construcciones que en esa capital han constado sumas inmensas; pero sin que el mérito esencialmen-

te artístico sea proporcionado á su valor material.

Dos signos característicos distinguen las obras de todo género de esa ciudad: la severa solidez y lo descomunalmente grande, principalmente en sus alturas; contribuyendo ésto á darle el aspecto de grandiosidad que se nota desde el primer momento que el viajero la percibe; lo cual consiste, en que siendo los naturales de ese país exageradamente aficionados á todo lo grande, y siendoles excusable en su metrópoli, por lo excesivamente caros que en ella valen los solares; los propietarios de casas de vecindad procuran sacar de sus construcciones todo el partido posible, añadiendo á los edificios piso sobre piso, además del obligado subterráneo; por cuya razón, se ven en Nueva York la inmensa mayoría de las casas de 8 á 10 pisos, de 10 á 12 bastantes y algunas hasta de 14; y después de venirme yo, he visto en los periódicos de Madrid, refiriéndose á la prensa de esa ciudad, que los estaban construyendo de 16 pisos.

Los materiales de estas colosales viviendas son casi exclusivamente el hierro y la piedra. Admira ver cuando los están construyendo, la facilidad con que con una maquinita de vapor elevan todo lo necesario para la obra.

Cada piso de esas grandes casas de vecindad, además de sus bien distribuidas habitaciones, está dotado de todos los elementos que requiere hoy la vida moderna; conteniendo cada uno teléfono, luz eléctrica y de gas, depósito de agua y calefacción de las habitaciones, que se hace en el invierno con una máquina en el centro del edificio, con sus correspondientes aparatos de trasmisión.

Tienen naturalmente todos los pisos, además de cómodas escaleras, ascensores perfeccionados, que funcionan con toda regularidad lo mismo de día que durante la noche. Existe también en el edificio una cocina general: así como un gran depósito de carbon, leña, aceite y toda clase de comestibles para el surtido de los inquilinos que lo deseen, con un pequeño aumento de tanto por ciento sobre los precios del mercado general.

Entre las suntuosísimas viviendas de los grandes capitalistas, que tanto abundan en ese país, ya se encuentra alguna variedad y gusto arquitectónico; aunque en medio de sus grandiosidades y magnificencias no resplandezca el mérito artístico. Pero, en lo que Nueva York no reconoce rival, es en las construcciones de trabajos de ingeniería, pues en ellas sí tiene obras notabilísimas, como son: el famoso puente colgante sobre

el rio Este, los ferrocarriles aéreos, los grandes depósitos de las aguas de Croton y otras muchas obras de ese género, que son la admiración de los ingenieros europeos que acuden á esa población para estudiarlas.

Poblados los Estados Unidos por numerosos habitantes de las cinco partes del mundo, de los que su metrópoli reúne una gran parte; y, estableciendo el Código fundamental de la nación la libertad de conciencia; se comprende facilmente que allí estén representadas tantas creencias religiosas y de que no haya otra población en el globo, que tenga tantos templos y de tan diferentes religiones como esa ciudad; pues de ellos, sólo dentro de su perimetro se encuentran más de cuatrocientos, y hasta mil doscientos incluyendo los de las poblaciones que le rodean; siendo por consecuencia en ella completa la libertad de cultos, é independencia entre la Iglesia y el Estado.

Todos los templos están abiertos para el público durante los oficios religiosos, no negándose la entrada á nadie, con tal de que guarde en ellos la circunspeccion debida: pues toda denominación religiosa es respetada, sin más excepciones ni limitaciones que las exigidas por la moral pública y la moral de la familia. Así, hasta el mahome-

tano avecindado allí, puede libremente construir su mezquita y predicar si quiere el islamismo; pero tiene que practicar con mucho recato y honestidad sus abluciones sino quiere ir á la cárcel, y compartir sus haberes con una sola esposa, sopena de ir á presidio.

Ante tanta anarquía religiosa, es muy consolador para el sincero católico, el saber por las buenas estadísticas de ese país, que, entre tantas religiones como se profesan y hacen esfuerzos para propagarse en todos los Estados de la Unión, la que en proporción prospera allí más, es la Católica Apostólica Romana.

En hospitales y toda clase de establecimientos benéficos, no hay capital alguna que pueda igualarse á Nueva York, en lo muy numerosos y en sus grandiosidades y magnificencias: los hay de todos géneros para socorrer á los desgraciados cualquiera que sea su edad, estado, nacionalidad ó religión. Es verdad que este milagro no debe colgarse exclusivamente al estado; pues la mayor parte de ellos estan erigidos y sostenidos por las congregaciones religiosas, y por sociedades especiales, que en toda la nación ejercen la caridad en sus múltiples manifestaciones. Por consecuencia, la mendicidad no existe en ese país, ni en esa culta ciudad se

ven por sus calles como en las de Londres algunas personas vestidas con andrajos. El norteamericano no pide jamás limosna; ni la clase acomodada gusta de sostener la holgazanería por medio de una caridad mal entendida. Si algún irlandés, de los muchos jornaleros que pueblan ese país, llega á pedir en la calle, pronto es recojido en un asilo donde encuentra buena casa y familia; pero á condición de que ha de trabajar si está hábil para ello, y si alguno estando sano se resiste, pronto también encuentra colocación en un establecimiento correccional, donde le hacen trabajar á la fuerza.

Los hoteles de ese país, que por lo grandes y cómodos no tienen rivales, gozan de justa fama universal, por la buena organización de su servicio interior, adelantos y diversidad de conveniencias que ofrecen. De los cuales, Nueva York es la ciudad de la Unión que cuenta con mayor número, habiéndolos de todas categorías, desde el mas lujoso hasta el mas modesto; de modo, que el viajero pueda acomodar sus gastos á lo que quiera ó pueda gastar: reuniendo todas condiciones apropiadas, por estar levantados de planta para el objeto que á cada uno se destina.

Las costumbres del país y la vida de tra-

bajo que se hace allí, no permiten en esa industriosa y comercial ciudad, tantas diversiones públicas como hay en otras capitales de Europa; aunque no faltan teatros de ópera, verso y algunos salones de conciertos. En los alrededores de la población tienen juegos atléticos al aire libre, carreras de caballos y regatas. Unos 24 teatros se cuentan dentro de todo su recinto, que á excepción del recientemente construido de la Opera italiana, que es magnífico y de mayores dimensiones que el de la Escala de Milan y el de la Gran Opera de París, son todos regulares medianías de poco gusto.

Y, en lo que sin ningun género de duda, los Estados Unidos norteamericanos aventajan hoy excesivamente á todas las naciones del mundo, es, en sus numerosos y magníficos establecimientos públicos y privados de primera enseñanza, particularmente en los dependientes de la acción oficial, con que tantos cuenta su metrópoli: sus notables escuelas primarias son muy superiores á las de Inglaterra, Suiza y Alemania que son las naciones que las tienen mejores.

Es verdaderamente pasión lo que el norteamericano tiene por la escuela de Instrucción primaria y la biblioteca popular: en la primera, con su buena organización se pone

al hombre en aptitud de sacar todo el partido posible de la segunda, en donde hasta el mísero jornalero aprovecha los ratos de descanso para ilustrarse: lo que unido á la continua lectura de periódicos, que le ponen al corriente de la cosa pública, le hacen conocer sus derechos y deberes de ciudadano para defenderlos del que intente menoscábarse los.

Así, por todas partes se ven bibliotecas públicas, además de tener la suya propia todo edificio del Estado ó establecimiento de sociedad particular, donde la entrada es libre para todos. Las escuelas primarias de ambos sexos y diferentes grados, encomendadas segun la ley general á las autoridades de cada estado, bajo el patrocinio del Superintendente de cada uno y al inmediato cargo de una junta local de educación, se multiplican siempre prodigiosamente con los que sostienen cada religión ó secta.

En 1878, sólo la ciudad de Nueva York (en la cual es obligatoria la enseñanza para los niños de 6 á 12 años) contaba con 305 escuelas de las llamadas comunales, ó sean de las sostenidas por el municipio, entre las que habia 5 para niños de color, sin contar las numerosas de todas clases de las asociaciones particulares. A las escuelas comunales asistieron en dicho año 263.371 niños. El

número de profesores y profesoras fué de 3,275; cuyos sueldos mínimos de los auxiliares fueron de 600 duros y 3.000 el máximo de los maestros primeros, costando á la ciudad el ramo de enseñanza en el referido año 3.288,474 duros.

Esa nación, en que cada una de las capitales de los estados que la forman, gasta sumas fabulosas en la formación del magisterio de Instrucción primaria, y donde cada municipio por pequeño que él sea invierte cantidades excesivas en la primera enseñanza, no gasta absolutamente nada en la segunda ni en ninguna otra carrera facultativa ó profesional. Las universidades y colegios donde se cursan estudios superiores para estas, deben su fundación y sostenimiento á la iniciativa particular, ya sea individual ó colectiva; y por tanto, se rigen con absoluta independencia del gobierno, que para nada interviene en ello. Su organización, poco regularizada todavia, no les permite competir con establecimientos análogos de la culta Europa.

En cambio, los diferentes estados de la Union, tienen las primeras escuelas normales del mundo, construidas en grandiosos edificios y sostenidos con una prodigalidad admirable. Todas las guías de ese país, citan entre los edificios más notables de sus

ciudades las escuelas normales de ambos sexos; que para dar una ligera idea de ellas voy á permitirme copiar aquí la descripción que de la Normal de Maestras, hace la preciosa guía de «Nueva York Ilustrada», que precediéndole un magnífico grabado, literalmente dice así:

«El Colegio Normal, situado en la Cuarta Avenida y la de Lexington, en la calle 69, está destinado exclusivamente á la preparación de las jóvenes que desean consagrarse á la carrera de la enseñanza en las escuelas municipales; por lo cual, el colegio depende de la Junta de Instrucción Pública. El edificio tiene unos trescientos piés de largo, por ciento veinte y cinco de ancho y más de setenta de alto; es de estilo gótico y tiene una vistosa torre, y costó su construcción trescientos cincuenta mil pesos.»

«Contiene este notable establecimiento treinta aulas, tres grandes salas de conferencias, un gimnasio, biblioteca, seis salas para los profesores, oficinas, y un salón principal con asientos para mil seiscientas alumnas».

«Adjunto al mismo colegio hay además una escuela modelo donde las jóvenes pueden ejercitarse en trabajos propios de la instrucción de los niños, como complemento de sus estudios teóricos. El número de alumnas

suele ser de unas mil seiscientas, pero es de advertirse que no todas ellas estudian precisamente para dedicarse luego á la profesión de maestras, pues hay muchas que cursan sólo por afición al estudio, tan generalizado entre las mujeres de este país».

Las asignaturas que se explican en el colegio Normal, son: Latin, Retórica, Literatura Inglesa, Historia, Filosofía, Matemáticas, Física y Química, Historia Natural, Francés, Alemán, Pedagogía, Música y Dibujo. Hay siete profesores y como treinta profesoras axiliares, á más de unas veinticinco empleadas en la Escuela modelo para la dirección de los trabajos prácticos. Cien mil pesos anuales cuesta el sostenimiento de este centro de instrucción normal, cuya gran utilidad es motivo de noble orgullo para Nueva York».

Todavía mas grandioso que el anterior edificio aunque no tan bello, es el de la Escuela normal de maestros, denominado colegio de la ciudad de Nueva York, situado en la Avenida de Léxington y calle 23. En ambos asombra el lujo y la profusión y riqueza del material perfeccionado de enseñanza de que están dotados. Tanto estos dos establecimientos, como algunas notables escuelas municipales que tuve el gusto de ver allí, tuve tambien el sentimiento de no poder-

les ver en ejercicio, por estar en la época de las vacaciones de verano.

Es necesario conocer algo el criterio que profesan los norte-americanos sobre enseñanza, para comprender el porque de la indiferencia por la superior, y la exaltada pasión que les domina por la primaria gratuita, que les hace discernir y raciocinar poco más ó menos, del siguiente modo: «Las clases privilegiadas de la nación, dicen, no necesitan para su educación é instrucción del auxilio de la autoridad, pues de sobra tienen los medios para adquirirselas: el aspirante á sabio, abogado, ingeniero, etc. puede consultado sus intereses y facultades hacerse cuanto quiera; en la inteligencia, de que el bueno siempre será buscado, mientras el malo no tendrá por que molestarse; no debiendo importar al gobierno de un estado los intereses particulares de cada uno, sino tratar de hacer hombres honrados y laboriosos, que al ser útiles para sí, lo sean para sus semejantes.

La enseñanza popular, además de ser la base de la instrucción pública y la que más exacta idea suministra del adelanto intelectual de una nación; es á la que pertenece la gran masa social del pueblo, que en todas partes es la más numerosa, careciendo de medios suficientes para proporcionarse

la educación é instrucción necesaria; si en los países civilizados á de ser util á la sociedad en que vive; necesitando pues, la protección omnímoda de todas las clases sociales, y principalmente del gobierno de la nación, si éste ha de cumplir con su delicada misión.

En los pueblos cultos en que se practica la libertad, en donde los súbditos han de ejercer sus derechos, dicen los norte americanos: es preciso á toda costa vencer la ignorancia sino se quiere ser arroyados y vencidos por ella; y para esto, no hay más medio que educar á el pueblo, ilustrándole hasta hacer del último ciudadano, un hombre bastante instruido para que no le engañen, y también bastante prudente para poderse gobernar por si mismo con sana moral.

A todo esto, añaden algunas frases célebres de las muchas de eminentes estadistas, como estas: La instrucción popular forma hoy la prosperidad y grandeza de las naciones: El estado de la enseñanza, es la medida de la riqueza y bien estar de los pueblos. Las naciones y las sociedades son tanto más prósperas y felices, cuanto más alto se encuentra el nivel de su desarrollo intelectual: La ignorancia es la peor enfermedad que puede azotar á un pueblo, es causa per-

manente de desmoralización y criminalidad, siendo muy frecuente verla esplotada por los enemigos del reposo público. Cada escuela que se abre en una nación cierra una cárcel. ¿Qué capital puede haber más reproductivo que el empleado en la educación de la infancia? Y tantas otras frases como citan de famosos publicistas europeos.

Con ese criterio, tan extendido y arraigado en todos, se comprende que los hombres de ese país dirijan con apasionamiento sus unánimes esfuerzos á tener las mejores escuelas primarias del mundo, completamente gratuitas: en donde la comunidad, no solo dá al niño todo lo que necesita para su enseñanza, sino hasta la manutención si la necesita; para que no pueda haber padre tan malvado, que encuentre pretexto de condenar á su hijo á la ignorancia y la miseria.

Así también se comprenderá, que en los guías de ese país se lean las inmensas y hasta fabulosas sumas que cada estado de la federación invierte en el sostenimiento de sus escuelas comunales; cuyos gastos, es la partida más pesada del presupuesto general de la nación, incluso la de guerra y marina, con la particularidad, de ser acaso la única que aumenta con el beneplácito de los mismos que la pagan.

Como consecuencia muy natural y lógica, las autoridades de los diferentes estados de la Unión, procuran á toda costa dotar esas escuelas con profesores de providad é ilustración probadas, para que estando bien retribuidos; puedan desempeñar sus cargos con inteligencia y esmerado celo. No permitiendo nunca, que esa clase se pueda improvisar allí como sucede con otras carreras; por lo cual, los profesores de Instrucción primaria de esa nación, son los primeros y los más considerados donde quiera que se encuentran. Pero téngase también presente, que al maestro de primera enseñanza de ese país, se le exigen más condiciones y conocimientos que en el nuestro. En lo que siendo maestro, no censuro ni elogio, hago sólo constar la verdad.

Las vacaciones escolares me impidieron apreciar algunas minuciosidades que deseaba conocer; y gracias al ilustrado D. Joaquín Llera, individuo de la junta local de educación de Nueva York, por encontrarse avecindada há muchas años en esa capital, que por su inmediato contacto con las escuelas municipales obtuve algunos datos de los que deseaba. El Sr. Llera, á quien mi querido hermano Enrique le tenía escrito desde la Habana para que me facilitase lo que necesitara, me complació con cariñosa solici-

tud en lo único que deseaba; llegando su exquisita amabilidad; sin preceder exigencia mia, á que mucho después de venirme, me haya remitido en varias ocasiones boletines ilustrados sobre organización de escuelas comunales. Lo que me complazco en consignar aquí, en testimonio de sincera gratitud.

Los alrededores de Nueva York no pueden ser más bellos é interesantes: la naturaleza la ha circundado completamente de rios navegables de encantadoras márgenes y terrenos apropiados, para que en pocos años se hayan convertido en populosas ciudades dotadas con todos los adelantos de la civilización moderna. Dos de ellas, la de Nueva Jersey y Brooklyn, formando las dos colosales y hermosas bahías que la ponen en comunicación con el Océano, para que sea la ciudad comercial por excelencia.

En medio de la bahía interior, se encuentran frente una de otra las dos pequeñas islas fortificadas de Ellis y del Gobernador; y en la exterior, avanzando hacia el mar el islote de Bedloe, sobre el que se alza hoy para servir de faro la estatua de mayor tamaño que se conoce hasta el presente, bautizada por los franceses que la regalaron al pueblo de los Estados Unidos, con la frase de: «La Libertad iluminando al Mundo».

El peso total de esta colosal estatua es de 200.000 kilogramos, perteneciendo 48.000 al cobre de su confección y el resto al armazón de hierro. Sus dimensiones en metros lineales son: del zócalo á la antorcha que tiene en la mano derecha 46'10; del talón al extremo de la cabeza 35'10; largo del dedo índice 2'45; altura de la cabeza 4'40; ancho de cada ojo 0'65, y el largo de la nariz 1'10. Sólo la cimentación y pedestal para colocar la figura ha costado á los neoyorkinos trescientos mil y pico de duros. Además de la potente luz eléctrica que luce la antorcha que tiene la figura en la mano, resplandecen los destellos eléctricos por los ojos y la diadema que ciñe la cabeza.

Del extremo Sur de la población ó sea de la Bateria, parten dos líneas de muelles; una por el Este y río de su nombre, y otra por el Oeste y río Hudson: siendo respectivamente de 67 y 62 el número de dichos muelles que se encuentran en cada lado.

Al recorrer en vapor estas vías fluviales, se disfruta de un espectáculo sin igual en ningun otro puerto del orbe. Podrá haber en Londres obras mas colosales destinadas á facilitar el movimiento de carga y descarga de las embarcaciones; pero la naturaleza se ha encargado allí de sustituir los medios artificiales por los naturales, y embellecer

las inmediaciones con aquellos caudalosos rios, que son verdaderos brazos de mar con mucho fondo hasta en sus orillas

Para el viajero que visita á Nueva York por vez primera, nada hay tan entretenido y delicioso como un paseo en vapor por los rios que circundan esa población; admirando aquella profusión de pintorescos muelles nacionales y extranjeros, y las cinco hermosas ciudades que le rodean, separadas sólo por los cauces de los rios, estendiéndose desde la bahía por ambas orillas de ellos en muchas millas de distancia; haciendo parecer al viajero que es una sola é inmensa población.

El paso entre Nueva York y Brooklyn se hacia antes por los ferrys que iban de una á otra orilla, y aún ahora se continua haciendo por algunos puntos, saliendo de ambos lados cada diez minutos, y pagando la módica cantidad de dos centavos por pasaje de persona; pero hoy se verifica el paso del mayor número por el famoso puente colgante. Así, la ciudad de Brooklyn con más de 800000 habitantes y estar situada sobre otra isla, la de Long Island, parece un arrabal de Nueva York; pués, además de vivir millares de hombres de negocios de ésta en aquella, es tambien donde se encuentran las grandes construcciones en todo género de la metrópoli,

principalmente las navales del gran puerto en que, sus numerosos diques flotantes son muy notables.

Ese famoso puente colgante que allí se admira uniendo á ambas ciudades, tiene: su tramo central de torre á torre 1595 piés ingleses; y el ancho del puente es de 85 pies; pasando por él cinco vías: la de enmedio para transeuntes pedestres; las dos laterales interiores, para los trenes de ferrocarril (arrastrados por cables, mediante una máquina de vapor fija en el lado de Brooklyn); y las dos laterales exteriores, para carruajes de toda clase.

La altura de las dos torres que le sirven de estribos, es, del lado de Nueva York de 316 piés, y la opuesta de Brooklyn de 349, esto es, mayor altura que la torre de la Catedral de Murcia ó la Giralda de Sevilla. La altura desde el nivel del rio, en pleamar ó marea alta, hasta el suelo del puente, es de 135 piés, lo cual se considera suficiente para no impedir el paso á los buques de alta arboladura.

Este colosal puente, se principió en el año 1870, y se terminó en el de 1883: costando á los municipios de las dos ciudades favorecidas quince millones de duros. El piso del puente en los tramos colgantes, lo forma una complicadísima armadura de pie-

zas de hierro, cruzadas entre sí, roblonadas y sujetas con tirantes del mismo metal, unidos por medio de tuercas; siendo de madera el pavimento de las vías.

Un detalle de curiosidad mia. Una de las veces que pasé á pié ese puente, me propuse ver el tiempo que invertia al paso regular gimnástico sin detenerme un segundo, y mirando al reloj al comenzar andar en un extremo, resultó al llegar al otro, que habia invertido en pasarlo en esa forma dieciocho minutos.

Al penetrar en la ciudad de Brooklyn se nota por todas partes cierto aspecto de reposo que contrasta sobre manera con la agitadísima animación reinante en la metrópoli. A esa tranquila población la apellidan allí el Dormitorio de Nueva York, por las razones ya indicadas; así como también es llamada la Ciudad de las iglesias, por el gran número de ellas que su recinto encierra; entre las que se encontraba entonces en construcción una magnífica catedral costeada por los católicos de la ciudad, que á su terminación debe ser uno de los templos más grandes y hermosos de los Estados Unidos.

También en esa hermosa ciudad abundan los edificios notables de numerosas escuelas y bibliotecas públicas, los hospitales sun-

tuosos, los higiénicos asilos benéficos y los grandiosos parques; entre los que se encuentra el célebre Prospect Park, que en bellezas naturales supera al famoso Parque Central de Nueva York: pues en este, se nota indudablemente mayor lujo y más arte; pero aquél, con sus dilatadas praderas, sus graciosas colinas y soberbio arbolado, se admira y se siente más la naturaleza.

Y, sin embargo de tanta preciosidad como se admira en Brooklyn, lo que constituye la gran particularidad, que ningún viajero deja de visitar en esa hermosa ciudad, es su famoso cementerio de Greenvood. Ocupa éste una milla en cuadro: donde el arbolado; los cuadros de jardín; las hondonadas, en las cuales hay ocho pequeños lagos, por los que discurren cisnes y se ven surtidores con bonitos juegos de aguas. Desde las alturas de esta risueña mansión de la muerte, se dominan la bahía con sus costas y los campos vecinos. Los paseos con piso de piedra suman veinte millas de longitud: las sendas apisonadas dieciocho, y otras tantas miden las cañerías subterráneas que sirven para recoger las aguas sobrantes.

Desde el año de 1840 en que se fundó esa necrópolis, hasta el 86 que estuve en ella, iban ya sepultados más de doscientos treinta mil cadáveres, pertenecientes en su ma

yor parte á capitalistas y hombres notables del país, pues el terreno para las sepulturas se vende muy caro en ese cementerio.

Escede á toda ponderación los suntuosos monumentos, templete, capillas y tumbas de gran lujo que allí se ostentan; así como soberbios obeliscos, magníficas estatuas, bustos y relieves en ricos mármoles: todo ejecutado por célebres artistas. Las inmejorables condiciones de esa gran necrópoli y el esmero con que se cuidan los bonitos jardines y cuanto á ella se refiere, la hacen muy superior á cuantos famosos cementerios hay en Europa.

Cinco puertas dan ingreso á esta mansión de los muertos, á las cuales se llega por varias líneas de tranvías: la entrada principal que dá al Norte y la del lado oriental, que fueron las dos que ví, estan adornadas con excelentes construcciones de grupos de esculturas de mármol primorosamente esculpidas; representando el Santo Sepulcro, la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, la de Lázaro y varias figuras alegóricas aquel sitio. En dichas entradas, se ven durante el día numerosos coches para alquilar á los visitantes, á dollar por hora, y ómnibus para excursiones de tres horas á 25 centavos por asiento.

Sólo un defecto puede atribuirse al ce-

menterio de Brooklyn, que es, el de no parecerlo. Lo risueño de sus paisajes, la superabundancia del ornato, y el lujo mundano de subidos colores que campea en sus ricos monumentos; quitan á la hermosa necrópolis de Greenwood, el carácter severo que corresponde al lugar del descanso eterno.

Alemania, Francia é Inglaterra tienen artísticos y bellos cementerios; pero hay dos países en el mundo que poseen todo lo más hermoso que ha creado el hombre para residencia de la muerte. La bella Italia, patria clásica del arte, tienen los mejores camposantos antiguos, y los Estados Unidos, país que simboliza el porvenir de la civilización, posee los mejores cementerios modernos. El año 76 admiré en Pisa el mejor camposanto de la antigüedad, y diez años después en Brooklyn el mejor de los modernos.

En los Estados Unidos como en las demás naciones del mundo civilizado, se rinde culto á la creciente moda de veranear. En ellos, los apasionados á largos viajes y encantos del mar, emprenden durante el estio sus excursiones por Europa: haciendo lo otros con arreglo á sus aficiones por las numerosas estaciones veraniegas de los diferentes estados de su nación; entre las que figuran principalmente: las encumbradas

márgenes del Niágara y sus cercanos lagos, Saratoga, Neuvv-Port y el poético lago Jorge; pero Nueva York y las hermosas ciudades que le rodean, aunque paguen tambien su tributo á la veraniega moda; tienen hoy sus habitantes para gozar en esa época, las deliciosas playas de baños de Coney Islan, que en 1875 eran un desierto de arena, y en la actualidad se han trasformado en uno de los mejores sitios de recreo del mundo, con la ventaja para el neoyorquino de encontrarse en los alrededores de la metrópoli, por lo cual, en la estación del estio hay dias de domingo que van y vuelven mas de doscientas mil personas, haciéndolo por ocho distintas líneas de ferro-carril, una de tranvia y nueve de grandes vapores, de los cuales llegan de hora en hora llevando de dos á tres mil pasajeros.

Toda clase de diversiones abundan en cualquiera de las cuatro porciones en que se considera dividida la isla, dándoles en grande escala el aspecto de nuestras bulgares férias, amenizadas con excelentes músicas; habiendo para todos los gustos y fortunas, desde simples braceros que van á comerse la escasa merienda que llevan en sus cestas, hasta ricos negociantes y opulentos banqueros que tienen allí grandiosos y lujosos hoteles.

Entre la infinidad de cosas notables que se encuentran en aquellas deliciosas costas del Atlántico, figuran los magníficos edificios de: La cámara oscura, que dá preciosas vistas de la playa; un gran mirador de hierro, de trescientos piés de alto, provisto de ascensores, desde el cual se ve toda la isla, la bahía y las ciudades vecinas; y para concluir, el soberbio elefante, llamado *Colosus*, originalísimo edificio en figura de ese paquidermo: dentro del cual, hay: cómodas escaleras, salón de baile y de conciertos, galerías y varias dependencias; lo que figura ojos del colosal elefante son grandes ventanas y sobre el lomo se alza un espacioso mirador cubierto.

El bullicio que en verano se nota en esa playa aspirando las brisas del Océano es incomparable, por todas partes reina una animación constante: en hoteles, cervecerías, salas de baile, tiros de pistola y carabina, museos de fenómenos y curiosidades, juegos y distracciones de toda clase. Por la noche, en todos los paseos y establecimientos resplandece profusamente la luz eléctrica.

Entre la multitud de hoteles que existen en ese notable sitio de recreo, los hay verdaderamente colosales, cada uno con cómodos baños á la orilla del mar, para miles de

personas, con descansos flotantes para los noveles nadadores y botes de socorros para casos de necesidad. Las mujeres tienen sus correspondientes casetas y sección aparte, reuniéndose en horas oportunas á los hombres en pintorescos anfiteatros con asientos y vistas al Atlántico, disfrutando de músicas y fuegos artificiales que costea cada hotel, de los cuales, hay que pueden dar de comer á cuatro mil personas á un tiempo, y treinta mil durante el día.

Pero en uno de los puntos de la isla, se ha levantado por una compañía un nuevo hotel, que por su tamaño creo que hasta el presente no tiene rival en el mundo. La fachada que dá al mar, mide 1140 piés ingleses, ó sea cerca de un cuarto de milla de largo; con 7 y 8 pisos de alto. Desde los extremos de la fachada del frente se dirigen hácia trás dos alas de 300 piés de longitud y del centro de la fachada posterior arranca otro cuerpo de edificio, cuya longitud es de 100 piés. Por manera, que la planta de toda la construcción figura una enorme E. La torre central se eleva 153 piés sobre el terreno. Hay en el hotel 1200 habitaciones para huéspedes, y en el comedor principal pueden servirse cómodamente á 6000 personas á la vez.

Así, las inmediaciones de Nueva York

que apenas hace una centuria carecian de todo género de vida, y unos tres lustros que en Coney Islan todo era soledad y tristeza; en tan corto espacio de tiempo, los alrededores de la primera capital americana, han venido á ser un verdadero emporio de riqueza y el sitio más animado y divertido del mundo entero.





VI.

Costumbres é instituciones yankees.

Cuanto más se examinan las costumbres norteamericanas, mayor es la extrañeza que producen en el ánimo del observador: siempre se ven en ellas algo nuevo, ya útil y práctico, ya extravagante y detestable, que difiere en absoluto de las costumbres sociales de nuestra raza. Por lo cual, creo que al pueblo que se conoce hoy con el nombre de norteamericano, merece estudiarse detenidamente por los hombres de nuestro país, para analizar las particularidades que contiene y ver la provechosa enseñanza que de él y sus instituciones puede obtenerse; pues indudablemente, en medio de excelentes cualidades dignas de imitarse, se encuentran otras abominables que estimulan ha alejarse de ellas.

El nombre de Yankee con que generalmente se designa al norteamericano de la patria de Wáshington, aunque su origen se envuelve en la más completa oscuridad, parece ser un apodo conque los ingleses distinguen, como por desprecio, á sus antiguos subordinados; sin embargo de que muchos aseguran que es sólo una imitación imperfecta que tienen algunos pueblos indios de articular la voz english (ingleses); pero, sea lo que quiera, habiendo llegado á ser en la guerra de su independencia sinónimo de buen patricio, se consideran hoy los naturales de los Estados Unidos muy honrados con el calificativo de yankees, que ostentan con marcado orgullo.

Esos descendientes de los ingleses, tienen también como ellos muchos de sus gustos, aficiones y excentricidades; aunque son más volubles, alegres y animosos que sus ascendientes; seguramente, porque además de lo que en ello pueda influir el clima, por el gran contacto con las distintas razas de ambos mundos que han poblado y contribuido ha engrandecer su nación.

Los yankees, sea hijo de su peculiar carácter ó de sus sociales costumbres, entienden poco de educación ó la entienden de distinta manera que nosotros, en cambio, es general en todos la instrucción, si bien

en su imaginación calculadora no entra el ser profundo en ella, sin esforzarse en aprender más que lo necesario para vivir bien y poder ganar mucho que es su mejor ideal; así, son tan raros los sábios en ese país, como el encontrar un solo hombre del pueblo bajo que no sepa bien leer, escribir y todo lo más elemental de la instrucción primaria.

El genio artístico y poético es también muy raro en los hijos de ese pueblo: el arte, por que se encuentra allí todavía en su infancia, y la poesía, porque se aviene mal con el hombre que no tiene más norma que el cálculo y el negocio. Su guía constante es improvisar una fortuna y su afán obtener ganancias á toda costa: siendo lo más loable de esa sociedad, su amor al trabajo, rechazando con dureza al vago y dando medios al estado para que recoja al desgraciado y le atienda en sus necesidades.

El pueblo alto como el bajo, tiene pasión por toda clase de lectura, que ilustrándole en todos los asuntos sociales, le hace poseedor de un notable sentido práctico, que le lleva á resolver todas las cuestiones con criterio propio; despreciando al ambicioso que trata de seducirle. Así en política, apesar de tener el sufragio universal su mayor latitud, el pueblo vota con conciencia: en las

elecciones, la nación en masa se disputa encarnizadamente el triunfo; pero al día siguiente se restablece la calma, y vencidos y vencedores vuelven á sus quehaceres sin ocuparse más del asunto.

Los norteamericanos yankees, distribuyen matemáticamente su tiempo y su dinero; proponiéndose siempre tales horas para el trabajo y tales para el descanso, que no alteran por nada; destinando tal cantidad para lo indispensable y tal otra para lo recreativo que tampoco alteran nunca, como no sea para las apuestas, que es en general una afición dominante en ellos, que los suele conducir á la fortuna ó la ruina: siendo otra afición de los yankees, que raya en monomanía, la de inventar y pedir patente de invención; el que no puede producir un invento para asombrar al mundo, inventa una vagatela inútil; lo esencial es inventar algo para pedir patente; y obtenida ver el modo de proporcionarse dinero con el invento.

En diversiones públicas, gozan en las cultas y en las incultas, en las bárbaras y en las inocentes, silvando y palmoteando para aplaudir; mostrando siempre delirio por los ejercicios corporales, tanto más cuanto más extravagantes, peligros y brutales son, prefiriendo los que se ejecutan en competencia que dan lugar á sus aficiones

por las apuestas: como entre dos andarines, un hombre y un caballo corriendo, y dos hombres combatiendo á puñetazos.

En Nueva York hay un circo para andarines denominado Madison Square Garden, que es un vasto local en forma de un óvalo, de más de 4 metros de ancho el sitio donde se verifican las correrías de los competidores; y á veces también se dan carreras por gremios y razas, con sus correspondientes premios y consiguientes apuestas.

Pero, la fiesta que verdaderamente puede llamarse nacional, en los Estados Unidos como en Inglaterra, y que tanto les deshonra ante el mundo civilizado como á España sus corridas de toros, es la del pugilato, bárbara lucha entre dos hombres á puñetazos; en que muchas veces suele concluir con la muerte de uno de los púgiles. Y aunque tanto en la Poderosa Alvion como en la gran República, prohíben sus leyes ese repugnante espectáculo, en ambas lo tolera la opinión pública, burlando la ley el entusiasmo de los aficionados; por lo cual, no tienen circos donde verificar esas bárbaras funciones.

Así, cuando ha de tener lugar un espectáculo de ese género, se anuncia con oportunidad clandestinamente; y llegado el día y la hora, competidores y espectadores se

ponen en marcha hácia el sitio designado para la función; llegado á él, se improvisa el circo con una cuerda sostenida por bastones clavados en el suelo. Dada la señal para empezar la función, abre paso la apretada muchedumbre y los padrinos presentan á los combatientes, que saltan por encima de la cuerda colocándose en medio del circo. Un estrepitoso aplauso se sucede del numeroso público saludando y animando á los campeones: estos se despojan instantáneamente de sus ropas, quedando desnudos hasta la cintura que dejan ver las formas atléticas de estos hombres criados para este género de pelea.

Acto seguido, se adelanta el uno hácia el otro, se estrechan la mano y se dirigen algunas frases cariñosas. Mientras, suenan los hurras de los espectadores animando cada cual á su candidato y siguiendo las voces de silencio y atención de los mismos, ambos competidores se ponen en guardia; con los puños cerrados, el brazo derecho ceñido al cuerpo, el izquierdo en alto, y la mirada fija en la del enemigo.

Un silencio sepulcral reina en el público, revelando sus semblantes el ansia cruel que les devora. Los combatientes principian la lucha cambiando continuamente de lugar, dando un paso atras ó adelante, estrechando

la distancia que los separa y prontos al ataque ó á la defensa. Un movimiento de brazo anuncia un golpe, un amago rápido lo elude; pronto restablecen la parada y se sonrien comprendiéndose. Cambian instantáneamente de sitio y de táctica, hasta que empiezan dándose tremendos puñetazos en ojos, boca y narices. Llegan luego á cogerse á brazo partido y se estrujan y forcegean de un modo horrible; entonces, los espectadores de las apuestas, gritan cada uno al suyo dándoles ánimo, hasta que flogendo uno caen pesadamente al suelo. Los bravos y los aplausos suenan por el que ha caído encima y principia el desconsuelo entre los partidarios del que le ha tocado debajo: aumentando las apuestas en favor del uno y disminuyendo las del otro. Acuden los padrinos y los separan limpiándoles el ensangrentado rostro, humedeciéndoles con ron los labios, y después del minuto de descanso que concede el reglamento; á la voz de, es tiempo, se vuelve á empezar la lucha de nuevo. Los competidores, locos de rabia se dan con más furia terribles golpes, desfigurándose el rostro horriblemente, hasta que falto de sentido cae uno en tierra. Otra vez acuden los padrinos y se repite la limpieza y descanso de ordenanza, mientras la muchedumbre ébria de furor pide en descompues-

tas voces que la lucha sea á muerte, llamando al uno valiente y al otro cobarde; y otra vez se repiten las anteriores escenas, con los inhumanos gritos de ¿ya es tuyo? ¿concluye con él? y todo se repite tantas veces como son necesarias; hasta que la impotencia del uno declara vencedor al otro. Entonces son los frenéticos aplausos y aclamaciones; acompañando al vencedor en triunfo, y al vencido solo los padrinos para prodigarle sus cuidados.

Claro es que ni por asomo pude yo presenciar una de esas fiestas, que solo por varias referencias he podido arreglar el anterior relato, para dar una lijera idea de las circunstancias que concurren en ese triste remedo de las riñas de gallos, y de las antiguas luchas de gladiadores romanos. Bárbaro espectáculo, al cual acuden muy gozosos á presenciarlo, hombres que pertenecen á la Sociedad Protectora de los Animales; que probablemente serán también de los que nos vituperen por las corridas de toros; como si el pujilato hecho función de regocijo, no fuera por lo inhumano, mil veces peor y más repugnante que la fiesta española.

Los yankees como se deja ver, son poco delicados en toda clase de diversiones, y excesivamente apasionados por todo lo fiero y cruel, por lo que tienen varios espectáculos

bárbaros y extravagantes; constituyendo en ellos su mayor goce en apostar. Asisten mucho á los teatros, pero no gozan generalmente como en esos espectáculos de mal gusto y fuertes sensaciones; así, tienen pocos coliseos buenos y muchos cafés cantantes y salones de conciertos con mezcolanzas de música religiosa y profana.

Los naturales de ese país, no entienden en educación de fórmulas de cortesía, ó las entienden de manera distinta que los hombres de la raza latina, haciendo que nos parezcan bruscos y descorteses. La ilustración en ellos no será profunda; pero en cambio es general, con todo lo que se necesita para vivir bien en la moderna sociedad; escaseando en esos hombres de cálculo positivista; el talento, el génio y la moralidad.

El ansia de poseer y de improvisar una fortuna es muy exagerada en el yankee; pues el ciego culto que profesa al dinero y desmedido afán por la ganancia, le hacen no reparar en los medios, dignos ó indignos que emplea para conseguir el éxito. Pero en medio de esos y otros defectos, tiene también cualidades nobles, pues es religioso y tiene mucho amor al trabajo y á la instrucción, por lo que el pueblo yankee tendrá que ser siempre un pueblo grande.

Los verdaderos yankees, ansian siempre

aprender; cumplen el domingo con las prácticas religiosas que les imponen las sectas á que pertenecen; y lo mismo ese día que los demás de la semana no saben permanecer ociosamente: cuando no tienen que hacer, leen. Los periódicos están continuamente leyéndolos con avidez; de los cuales van siempre provistos sus bolsillos; y en el ferrocarril, en el tranvia, en el ómnibus y donde quiera que se ve precisado ha permanecer en reposo, los devora.

La prensa diaria les sirve para todo: en ella manifiesta sus pensamientos, sus necesidades y hasta sus caprichos y extravagancias. Por su mediación piden empleo, capital, socio, criado, mujer, etc. La sección de anuncios personales la utilizan para citas misteriosas, arreglos de noviajes y casamientos, y hasta para dirigirse galanterías é injurias. En anunciar para vender gastan sumas fabulosas; pues consideran siempre el anuncio como la parte más esencial para vender. Así, el gasto en periódicos es una partida indispensable en todo yankee y por cierto, siempre muy crecida aún en los del pueblo bajo.

La prensa, que allí tiene una importancia como en ninguna parte del mundo, goza de libertad absoluta; pero el que ofende á una personalidad, tiene que responder al

ofendido ante los tribunales de justicia y pagar con dinero ó en castigo corporal la ofensa probada.

También es muy plausible en el norte americano de la pátria de Washington, el respeto que profesa á las leyes y al derecho ajeno. Mucho podria citarse en corroboración de estos extremos; pero sólo expondré una observación del segundo dia de mi llegada á Nueva York, en el cual, hube de notar por la mañana temprano, que en el terreno como de un metro que tienen en el exterior de las casas de comercio, junto á la acera de transeuntes, los espendedores de hielo dejaban trozos de él; los repartidores, periódicos y cartas, y en algunas partes un jarro con monedas dentro, que el amigo Jimenez me explicaba, que, luego venia el vendedor de leche, recogia las monedas y ponía en la vasija la cantidad que indicaban y se marchaba: todo el mundo pasa próximo á esos objetos y nadie toca á nada, hasta que vienen sus dueños y los recogen; y por ese orden se ven muchas cosas en ese pais. Y sin embargo, hay allí infinidad de extranjeros criminales de toda especie y ladrones de gran astucia, que algunas veces hacen de las suyas, pero en cosas de otra importancia.

En la vida íntima del pueblo bajo yankee,

los padres procuran con gran afán que los hijos se instruyan y se pongan pronto en actitud de ganar lo suficiente para vivir; y cuando el padre lo considera oportuno, que suele ser en los varones á la edad de 14 á 16 años y en las hembras de 16 á 18, les avisa que ha concluido de cuidar de ellos y que para lo sucesivo se atiendan en todo por si mismos. En el pueblo alto, á las mismas edades, los varones se consideran emancipados de la tutela de los padres, y á las señoritas se las destinan en la casa habitaciones separadas, y en ellas reciben ya sus visitas particulares sin la intervención de los padres. Así, en el hogar doméstico, más parecen amigos que parientes; viviendo en él muchas familias como en una hospedería, en que los hijos mayores pagan al padre su pupilaje y se mudan si les conviene.

Las mujeres en ese singular país, son regularmente más ilustradas que los hombres. Sus costumbres varían bastante de las del resto del mundo civilizado, y en particular de la mujer española. Es también más instruida que la europea y mucho más libre su educación; lo que unido á la omnímoda libertad que le conceden las leyes del país, hacen que en sus costumbres varíe tanto de las de otros pueblos cultos.

La mujer yankee, soltera ó casada, sale

de su casa cuando quiere, recibe sola en su habitación á quien se le antoja y no tolera la intervención de sus padres ó esposos en sus asuntos particulares, que tampoco éstos le piden cuenta de sus hechos, obrando en todo segun su voluntad ó capricho. La instrucción, su frio temperamento y la confianza en sí misma, salvan en general á la norteamericana de las asechanzas del hombre; pero no pueden naturalmente salvarla, de aquél á quien llega amar ó de aquellas cosas en que la precipitan sus pasiones.

Llega á tal extremo la libertad de que goza la mujer de ese país; que si la casualidad presenta una ocasión de viajar sola á una jóven soltera, de cualquier clase de la sociedad, con un buen amigo, aunque hayan de recorrer centenares de leguas é invertir larga temporada en el viaje, no está mal visto por nadie, ni del hecho se tiene nada que criticar; en la completa seguridad de que el acompañante no ha de hacer mal uso de esa misma confianza; que en otro caso, tampoco le podria salir bien.

Algo exagerada parece la protección que en algunos casos concede la ley al género femenino de ese país; pues, basta que una mujer reclame ante los tribunales de justicia por haberle dado un hombre palabra de casamiento, aunque no exista ofensa, para

que de no cumplir la promesa, se le obligue á pagarle una fuerte indemnización: dando esto lugar en muchas ocasiones á que sean infundadas las reclamaciones, para cojer la indemnización que prefieren á un marido y seguir abusando de su libertad. Cosa que, la mujer verdaderamente virtuosa no apela nunca al escándalo para quedarse satisfecha con metálico en los países de nuestra raza.

El matrimonio, tampoco tiene allí la dignidad que le dá el cristianismo, pues considerándolo como un negocio, lo verifican generalmente en un simple contrato amistoso, que deshacen facilmente con el divorcio; por lo cual, se llevan dados tantos casos de poligamia en esa nación.

Hijo de las costumbres norte-americanas, la mujer yankee es de carácter áspero y brusco, lo que unido á su andar ligero y á su costumbre de beber cerveza y licores, la hacen parecer algo hombruna. El hombre por lo común, la respeta poco y la considera menos; abandonándola en los peligros á sus propias fuerzas, aunque los que la rodeen sea un esposo ó un amigo. Careciendo por hábito el yankee de la galanteria que distingue á franceses y españoles para con el género femenino, se vé con harta frecuencia, en funciones públicas y viajando en

toda clase de vehículos populares, que los hombres abusando de la fuerza, se apoderan de los asientos, dejando á las señoras de pié sin invitarlas después á sentarse. Es verdad también, que las mismas por su parte, si algún europeo ignorando sus costumbres las ofrece cortésmente su asiento, lo toman con mucho desenfado sin darle las gracias ni dignarse mirarle siquiera.

Sin embargo de ese áspero carácter y genio desabrido, habiendo ocasión de tratarlas se nota que son bastante afables y compa- cientes, y que si bien carecen de la gracia de la española, tienen en cambio la instrucción que las hace discretas hasta el encanto; proviniendo sólo sus defectos de la peculiar y libre educación que han recibido.

Claro es, que en los Estados Unidos, como en todas partes, hay mujeres feas y bonitas; pero, sea que las norteamericanas se distinguan por el hermoso color de su tez, y la corrección y finura de sus facciones: sea efecto del buen gusto en el vestir y gran esmero con que se adornan; ó ya sea también, que hijo de sus costumbres se exhiben mucho más que las europeas, y que á la vez entre las mismas procuren superarse las de buena calidad. El caso es, que todo ello contribuye en Nueva York, á que al extranjero le sorprendan tantas mujeres bellas

como se encuentra por todas partes. También, aunque en todas las grandes capitales abunda el género femenino de vida airada, en la metrópoli americana se observa en mayor número, tanto de día como de noche, en sus calles, plazas y paseos, acompañado de escenas poco edificantes.

Los mormones, que se encuentran hoy establecidos en el territorio de Vtah, formando parte de la nacionalidad de los Estados Unidos; se van aumentando prodigiosamente, y contribuyendo á difundir la proligamia, que tienen introducida en su nueva sociedad, que llaman cristiana.

Esos sectarios del mormonismo, se fundan para defender la pluralidad de sus esposas, en la constitución de la familia de Abraham y demás patriarcas que consigna el Antiguo Testamento; prescindiendo del verdadero matrimonio cristiano, instituido por el mismo Jesucristo.

El gobierno de la nación, que como es natural es contrario á la poligamia, tiene decretada la ilegitimidad del matrimonio mormónico, por medio de su Tribunal Supremo de Justicia; pero la forma y secreto que guardan los contrayentes, hace que sea imposible probar su existencia; de esta manera, el escándalo y la inmoralidad cunde facilmente, propagándose con el mal ejemplo

en un país que considera el matrimonio generalmente como un negocio cualquiera, y á la mujer como cualquier cosa.

Es indudable, que la grau prosperidad y rápido desenvolvimiento de los Estados Unidos de la América del Norte, se deben á la bondad de sus instituciones, que bien comprendidas y respetadas por el pueblo, se practican en medio de la más amplia libertad.

El código fundamental de esa nación, que es de donde proceden sus benignas instituciones, tuvo su origen al terminar la guerra de su independencia y constituirse en república, presidida por su honrado héroe Jorge Washington, en que las trece colonias, convertidas en estados libres, se unieron, acatando la magna constitución federal que los legisladores de Filadelfia acababan de confeccionar, siendo promulgada en 1789. La cual, rige todavia, sólo con algunas adiciones, que las necesidades de época y aumento de población han hecho indispensablemente necesarias: formando desde entonces la célebre Union, que ha ido aumentando hasta treinta y ocho estados y diez territorios que tiene en la actualidad.

Los diferentes estados, tienen cada uno su constitución y leyes especiales; pero formando parte integrante de un todo homo

géneo é indivisible de la nación, bajo el amparo de la gran República federal, basada en la soberanía del pueblo y el sufragio universal, que guarda y defiende á los estados de los ataques extranjeros y de los desordenes interiores de colectividades.

Los estados, no estan autorizados para hacer leyes, de carácter general, como por ejemplo, sobre naturalización ó comercio, para asegurar la uniformidad en los derechos de importación y tratados con las naciones extranjeras. Estas y otras leyes incumben sólo al Parlamento federal.

El código fundamental de la federación, marca bien las atribuciones de los tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, para que cada uno pueda funcionar independientemente el uno del otro.

Como todos los paises regidos constitucionalmente, el parlamento federal se compone de dos cámaras, Senado y Congreso, los miembros de este, elegidos directamente por el pueblo, y los del Senado por los diputados y senadores de los estados. El Presidente de la cámara popular (que no tiene vice presidentes), lo eligen los individuos de la misma, y á un solo secretario encargado del gobierno de la cámara. Y el presidente del Senado, es el vicepresidente de la república.

El presidente y vice presidente de la república no se eligen directamente por el pueblo, sino por los que el pueblo elige, que es la elección que llaman de segundo grado.

Los ministros no tienen voz ni voto en el Senado y Congreso, ni tampoco tienen nada que ver en la confección de las leyes.

Las circunstancias geográficas de esa nación y su buena organización política, hacen que su ejército permanente sea en general de veinticinco mil hombres. Cada estado tiene su milicia local y una bien organizada policía que se vota y paga; y en caso de guerra, todo hombre útil se convierte en militar. Así su hacienda se halla en un estado floreciente y próspero, excediendo en mucho los ingresos á los gastos.

Las instituciones municipales, son la parte más interesante de la nacionalidad de los Estados Unidos, porque el sistema federal está fundado en la unión del gobierno central con el municipio, sobre la base de igualdad.

En ninguna parte es tan verdadera la autonomía municipal como en la gran República. El gobierno del pueblo por el pueblo es la base de su edificio político y social; su complicado mecanismo parte de la subdivisión llamada parroquia. Los Alcaldes son

los jefes del poder ejecutivo en su localidad, y el poder central ó el del Estado, no tiene autoridad bastante para suspender ni destituir á los alcaldes ó concejales. Las funciones municipales las consideran tan importantes como las nacionales; prefiriendo en muchos casos algunos individuos ser concejal en su municipio, á ser diputado ó senador de la federación.

El gobierno central solo tiene autoridad de carácter general; no pudiendo descender á ocuparse de los asuntos locales. Asi también, si el pueblo se cree mal gobernado, no puede por ello hacer cargo más que á su propia incompetencia ó estupidez, que ha elegido á sus gobernantes.

En el municipio existe todo lo que directamente concierne al ciudadano; la comunidad de intereses, las afecciones de familia y hasta los recuerdos de la infancia.

La institución del Habeas Corpus, transportada de Inglaterra á las colonias de la América Septentrional por los Padres puritanos, es un célebre decreto con fuerza de ley de la Gran Bretaña, que concede la libertad bajo fianza á la mayor parte de los procesados; ley, que ha contribuido eficazmente á que se haya afianzado tanto la libertad civil y política. Esa institución, que no es mas que un mandato judicial, empezaba en su ori-

gen por las palabras latinas *Vt Habeas Corpus* las cuales han dado nombre á la ley.

Importada esta en la América del Norte, las diferentes colonias inglesas convertidas en estados, la incorporaron en sus respectivas constituciones. Y, la República después, la ha conservado siempre fielmente como ley general de la gran Nación, para hacer frente á la arbitrariedad: que es allí la libertad personal

El Habeas Corpus, no protege á los criminales en ese pais; sólo trata con esa institución de favorecer al inocente que pudiera ser atropellado, y garantizar su libertad y sus derechos. Así, millones de emigrados de todo el orbe civilizado, han encontrado allí seguro asilo, contribuyendo poderosamente á poblar aquel vasto territorio y elevarlo en menos de un siglo á una gran nación.

La institución del Jurado, de práctica tan difícil en todo el mundo culto, se halla establecido y arraigado en los Estados Unidos como en Inglaterra, de donde también fué llevado por sus súbditos; teniéndolo consignado en la actualidad en las constituciones de todos los estados que forman la Union, prescribiendo á la vez la Constitución federal, que todo acusado de un delito sea sometido al Jurado, acompañado de su defensor y testigos.

El juicio oral y público, aunque adolezca de imperfecciones, es generalmente tenido allí como muy conveniente en los procedimientos criminales, porque entre otras ventajas, tiene la de que el juez, los jurados y los defensores, están presentes al interrogar á los testigos para el esclarecimiento de la verdad; y no la declaración privada, en que un escribano inmoral ó torpe puede poner en boca de un testigo, lo que éste estuvo muy distante de decir.

El jurado, tan discutido entre los hombres políticos de los países de prácticas liberales, dicen en los Estados Unidos, que tal como se encuentra hoy en sus leyes, no responde á las exigencias de la recta justicia; por que la razón y la experiencia les está todos los dias demostrando, la necesidad que tiene de reformarse sino se ha de dar suelta al criminal que dispone de metálico. El primer defecto del jurado actual, dicen, es la unanimidad requerida por la ley. por lo difícil de obtenerla entre los doce jurados que lo componen, y lo muy fácil de encontrar siempre entre ellos un judas, que por pasión ó venalidad se entregue á la injusticia, haciendo imposible el veredicto, que con un sólo voto salva al acusado.

Le atribuyen otros defectos, que dicen llevar consigo la institución del jurado,

aunque sin desconocer tampoco sus ventajas; y solo por lo indicado anteriormente, hay muchos periodistas y hombres eminentes de ese país, que están pidiendo continuamente en la prensa su abolición; pero esto no llegará á suceder nunca en los pueblos anglosajones, porque esa institución, ha llegado á formar parte integrante de la vida de esa raza, por lo cual, lo único que podrán conseguir será su reforma.

Las instituciones religiosas, gozan todas en los Estados Unidos de la más amplia libertad. Desde la terminación de la guerra separatista del Sur, concluyeron los dos errores que habían cometido algunos estados de la Union, teniendo consignado en sus constituciones la deshonrosa esclavitud y la intolerancia religiosa. Esta, llevada á la exageración por los Puritanos, que no admitiendo más religión que la secta anglicana en sus estados, el fanatismo religioso tampoco conforme con las máximas de Jesucristo, de que tan defensores se proclaman, les hacía perseguir encarnizadamente á los católicos. Así, hoy que el catolicismo por nadie es molestado, se estiende y aumenta por todos los ámbitos de esa nación.

Y como prueba de que la libertad de cultos es un hecho en ese país, la Constitución federal de la República, que allí se respeta

tanto. en el artículo primero de sus célebres Enmiendas, dice; «*El Congreso no podrá legislar sobre el establecimiento de religión alguna, ni prohibir el libre ejercicio de las que se profesen.*»

En el grandioso monumento que á la «Libertad religiosa» se levanta en Filadelfia, en el celebrado parque de Flairmount, ví en el frente de su basamento la inscripción de ese admirable precepto, á el que practicado con religiosa exactitud, deben en gran parte los Estados Unidos su inmenso y rápido crecimiento.

La institución de la enseñanza popular, la introdujeron los Puritanos desde los primeros momentos de su instalación en el territorio, considerando el objeto preferente de sus desvelos la educación del pueblo: fundados en que el fomentar la enseñanza, era un deber humanitario y el mayor servicio que podían hacer á la nueva pátria: continuando todos desde entonces con tal afán, hasta haberse puesto en poco tiempo á la cabeza de las naciones más adelantadas de la vieja Europa, en materia de instrucción popular.

Todas las instituciones relativas á enseñanzas, están en esa nación á gran altura, por más que sean de iniciativa particular; la cual tambien, es el principal factor que

dá la superioridad de importancia á la instrucción primaria, pues en sacrificios personales llega más allá que Alemania y Suiza, donde muchos hombres eminentes y señoras aristocráticas, sacrifican su tiempo, su experiencia y hasta su fortuna para dedicarlas á la instrucción de la niñez; porque no todo debe estar encomendado á la iniciativa oficial, como por desgracia sucede en España; donde careciéndose generalmente de iniciativa particular, que unida á los gobiernos ayude al bien estar de todos, y hagan á la vez que desaparezca pronto la vergüenza que acusan estadísticas recientes, haciendo ver al mundo civilizado, que de diecisiete millones de españoles que existen dentro de la Península, trece no sepan leer.

El código fundamental de los Estados Unidos y todas sus instituciones, podrán no ser de las más doctas y contener sus errores, como toda obra humana; pero buenas ó medianas, son bien comprendidas y obedecidas por el pueblo, y los extranjeros residentes ó visitantes del país, aunque les parezcan malas, una vez allí, reconocen las ventajas de aceptarlas y respetarlas sin vacilaciones de ninguna especie. Así, en una nación de más de cincuenta millones de habitantes, entre los que se encuentran numerosos criminales de otros países; se goza de amplia

libertad, en medio de la más completa tranquilidad, sin necesidad de sostener ejércitos permanentes que arruinen la pátria.

La novísima nación de los Estados Unidos de América del Norte, con sus instituciones políticas y sociales, ha dado una lección á los estados, del viejo Continente, de como se puede llegar con rapidez al pináculo del poderio y de la riqueza pública de los pueblos, que es la aspiración constante de las sociedades modernas.

Cuando los colonizadores de aquellas tierras vírgenes, hubieron verificado la unión y con su sudor realizado la dignificación del trabajo, enarbolaron la bandera de la libertad, escribiendo en ella las palabras igualdad y tolerancia para todos. Y además, tratando de inspirarse en las doctrinas del Divino Maestro; acogieron con dulzura á todos los hombres de todas las razas, lo mismo al rico, que al pobre, al libre que al perseguido y hasta al criminal, le hicieron ver que podia redimir su culpa y recobrar la honra perdida, si arrepentido, se atenia estrictamente al trabajo y á las leyes de la nueva pátria en el órden material, y en el espíritual, á los preceptos divinos. Aunque de aquí, surgieron algunas dificultades, que han modificado recientes tratados de extradición, para que no pudiera convertirse la

nación en asilo de los malhechores de otros países.

Con la rigurosa práctica de sus bien entendidas instituciones, quedaron abiertas las puertas de sus inmensos é incultos territorios, que tan necesitados se encontraban de brazos útiles para la agricultura, con lo cual, han formado un gran pueblo y prestado un señalado servicio á la causa de la humanidad y de la civilización.





VII.

De regreso.

Era el día 20 de Agosto, cuando realizadas mis más anheladas aspiraciones en el Nuevo Mundo, me disponia ha emprender el regreso á la pátria, para lo cual, iba ya ha dormir aquella noche á bordo del vapor que en la alta marea del Oceano de la siguiente madrugada, debia partir del muelle de la Trasatlántica para verificar la travesia del Atlántico, con rumbo directo al puerto francés del Havre.

Una feliz casualidad habiame proporcionado dos apreciables compatriotas por compañeros de viaje, para la travesía del Occéano y Continente, puesto que habriamos de ir reunidos hasta Barcelona, que era á donde se dirigian entonces, después de detenerse

en Paris los días que á mi me convinieran. Estos señores, eran D. José Carballo, Subdirector de telégrafos de la Habana, que con su amable y distinguida señora regresaban á la madre patria; quienes cuatro días antes, habian llegado de Cuba al hotel en que me hospedaba, en cuyo tiempo, habiamos hecho amistad, y aunque malo, les habia servido de cicerone en Nueva York.

Entre nueve y diez de la noche, con verdadero sentimiento me despedia expresando mi profundo reconocimiento al bondadoso propietario del hotel D. Pedro Rieseño, y á su asociado entonces D. Arturo Berntich, que tambien se habian portado conmigo; á la vez que hacia con los queridos compatriotas, algunos cubanos y centroamericanos que en el salon de descanso del hotel, se habian esperado hasta el último momento para darnos el adios de despedida acompañado de apretados abrazos; habiendo varios entre ellos, que inmerecidamente, tan buenos servicios me habian prestado, ya acompañandome en muchas ocasiones, ya dándome antecedentes y facilitándome notas, algunas de las cuales, tengo la satisfacción de conservar como grato recuerdo de sus mismas letras.

Habia pues llegado el momento de abandonar el suelo americano, donde tantas y

tan gratas emociones tenia experimentadas, en el poco tiempo que en él habia permanecido, y, á donde ya, no habia de volver más que con el pensamiento, porque su recuerdo lo conservará siempre indeleble mi infiel memoria.

Una media hora después de mis sentidas despedidas, me encontraba embarcado en el vapor *La Champagne*, non plus ultra de la moderna navegación. Maravilloso buque, que con el de *La Bourgogne* acababa de construir la Compañía Trasatlántica francesa para sobreponerse á su competidora la empresa Cunard inglesa, que hasta entonces, habia tenido los mejores vapores del mundo en la carrera de Liverpool á Nueva York; cuyos grandes vapores trasatlánticos, están dotados de todos los progresos que se conocen, para hacer que en su género sean hoy los primeros que surcan los mares.

Depositado el pequeño equipaje en mi correspondiente litera, subí sobre cubierta á gozar del sorprendente espectáculo que desde allí abarcaba la vista. La noche era serena y plácida; el cielo completamente despejado lucía tachonado de estrellas, y la luna en su plenilunio alumbraba con entera claridad el anchuroso espacio.

Con aquella disposición, y desde aquella situación, se admiraba: la más grandiosa

y concurrida de las bahías del mundo, cuya inmensa rada podría contener cómodamente todas las escuadras conocidas; las populosas ciudades que rodean á Nueva York, engalanadas con su profesión de alumbrado eléctrico, pareciendo que surgían de las azuladas aguas del Océano; al frente se percibía en sus más mínimos detalles la culta capital del Estado de Nueva Jersey; el ámplio cauce del Hudson, surcado continuamente en todas direcciones con rápida marcha por multitud de vaporcitos Ferrys, con sus luces de gás por cada uno de los huecos de sus dos pisos, conduciendo sus respectivos contingentes de pasajeros para dormir en otras poblaciones fuera de la metrópoli.

El conjunto de ese májico espectáculo, formaba el cuadro más bello que puede fingirse la imaginación. Ni el hermoso golfo de la risueña Nápoles con sus numerosas embarcaciones luciendo farolitos de colores; ni el Canal grande de la original Venecia con sus artísticos palacios y caprichosas góndolas; no ofrecen á la asombrada vista del viajero un panorama mas encantador y fantástico.

No estando acostumbrada ha observar el fenómeno natural que tiene lugar á ciertas horas en las desembocaduras de todos los

rios que desaguan al mar Occéano, me deleitaba esa noche contemplando, cómo por encontrarse en los comienzos de su estuación retrocedían las mezcladas aguas, formando corriente contraria en el caudaloso Hudson, acariciando con ligero murmullo los costados del vapor, que sólo esperaba la pleamar para emprender su marcha.

Cuando más extasiado me encontraba en mis gratas observaciones, oigo muy próximo á varios señores, que apoyados en los costados del buque, hablaban el hermoso idioma castellano, que tanto placer produce oírle lejos de la pátria; uno de ellos, de venerable aspecto y distinguidas maneras, explicaba á sus jóvenes compañeros en correctas y galanas frases, algunos pormenores de aquellos encantadores contornos.

Atraído por tan gratos ecos, en contra de mi costumbre, no pude contenerme y tuve la osadía, aunque pidiendo la venia, de mezclarme en la conversación que duró más de dos horas. En ese tiempo, se habló de todo: de la hermosura de la noche, y sublime grandiosidad que nos rodeaba; de la envidiable importancia y gran desarrollo que en los Estados Unidos tiene la Instrucción primaria, por haber yo espontáneamente manifestado la modesta clase á que pertenecía; de nuestros respectivos países, pues dichos

señores eran naturales de nuestra hermana nación de Méjico, y por último de viajes: en lo que, al saber el Señor de aspecto venerable que yo tenia recorrida la bella Italia, me hizo darle algunos antecedentes sobre ella; por que decia, que entonces iba á España, y desde allá pensaba hacer un viaje por la patria del Dante; pero sin más aclaraciones, así es que me quedé esa noche sin saber quien era.

Hácia el mediodia siguiente, me buscó sobre cubierta uno de los jóvenes de la noche anterior, para decirme que, el General, estaba en el pasaje de segunda preguntando por mi; y como le manifestara que debia ser equivocación, por no tener yo nada que ver con ningun señor de esa gerarquía: me enteró entonces, de que el venerable señor que bablaba conmigo la noche anterior, era el General benemérito de la Pátria mejicana Sr. Riva Palacio, que en representación de los Estados Unidos de Méjico, iba de Ministro cerca de la Côte de España, donde ya habia residido otras veces; y á donde, según me refirió después en Murcia, el señor D. Jose Gomez Diez; es muy querido y respetado de la alta sociedad de Madrid, por sus reelevantes méritos y dotes personales.

Mas tarde, vi en los periódicos de nuestra capital y en la Ilustración Española y Ame

ricana, que á último de ese mismo año 86 publicó su retrato, que, el ilustre general Excmo. S^{ra}. D. Vicente Riva Palacio, es uno de los hombres más eminentes, no solo de su país, sino de toda la América latina: siendo muy notable como militar, abogado, periodista y literato.

Como militar, fué uno de los héroes que más contribuyeron á la independencia de su patria en la guerra contra la intervención: llegando á ser por sus gloriosos hechos de armas, general en jefe del ejército del Centro. Contandose en este importante mando, como en toda su brillante carrera militar, tantos gloriosos hechos y tan señalados servicios á su patria, que no son para bosquejados á la ligera. Habiendo sido á este insigne General, á quien en el memorable sitio de Querétaro, se le presentara como prisionero de guerra el infortunado emperador Maximiliano; que por la caballerosa conducta que su noble adversario observó con él, le regaló su magnífico caballo de campaña con arnés completo á la mejicana: que el señor Riva Palacio conserva como preciosa reliquia histórica.

Como abogado, que fué su primitiva carrera, dejó imperecederos recuerdos de integridad y sabiduría á su paso por el Tribunal Supremo de Justicia. Como periodista,

fué siempre celoso defensor de la ley, siendo director de dos importantes periódicos de gran circulación; publicando en uno de ellos notables estudios de Derecho público y constitucional. Como literato y poeta, disfruta de gran reputación en todos los países americanos donde se habla la lengua española, por sus notables novelas históricas, y numerosas composiciones poéticas de primer orden. Y finalmente, como ministro de fomento que ha sido desde el año de 1876 á 1879, se debe en primer lugar á su fecunda iniciativa los rápidos progresos materiales que ha tenido la nación mejicana desde 1887, particularmente en la construcción de caminos de hierro.

Tal es en la corte de España el eminente Ministro que (todavía creo) representa á nuestra amada hermana nación de Méjico; y, tal es también, el bondadoso Señor; que durante el viaje de regreso hasta la estación de San Lázaro de París donde nos despedimos; se dignó otorgar inmerecidas atenciones á mi humilde personalidad, que yo agradecido conservo en la memoria gratamente, como tributo de admiración y afectuoso respeto.

Continuando el interrumpido relato de la reunión sobre cubierta, que el exceso del fresco nos obligó á disolver hácia las dos de

la madrugada; á cuya hora, bajé á recostarme vestido en mi litera, para estar pronto á la partida á que deseaba asistir; para lo cual, al empezar á clarear el día me encontraba de vuelta sobre cubierta.

Al poco, comenzaron las maniobras de levar anclas y ponerse en movimiento nuestra embarcación, emprendiendo su marcha próximo á las seis de la mañana, por entre los numerosos muelles de ambos márgenes del Hudson, atravesando luego la inmensa bahía por el centro y entre las dos fortificadas islas, pasando después por delante de la estatua de la Libertad que estaban concluyendo de colocar, hasta salvar el anchuroso puerto y penetrar en alta mar, que ya emprendió su rápida marcha para no abandonarla hasta llegar al puerto del Havre.

Mientras tanto, mi vista no se apartaba un momento de las costas de aquella tierra que pronto iban á desaparecer, considerando que ya no volvería á ver mas aquel mundo nuevo, que tanta gloria dió á mi pátria y á su inmortal descubridor.

Pronto llegamos á observar las superiores condiciones de marcha de nuestra magnífica nave La Champagne, pues velozmente iba alcanzando y dejando en seguida retrasados á todos los vapores que nos habian

precedido en la salidad de Nueva York. Y después, durante la travesía del Océano tuvimos sobrado tiempo de admirar su notable velocidad; pues al distinguirse un vapor en medio de la inmensidad de las aguas, sólo tardaba de 15 á 20 minutos en alcanzarle, si marchaba en sentido opuesto al nuestro, y otros tantos para perderle de vista; y de 25 á 30 respectivamente, si caminaba en el mismo sentido que nuestra embarcación, que era como podía apreciarse bien la inmensa diferencia.

Así se comprende, que tanto los cuatro últimos buques contruidos por la Trasatlántica francesa, como todos los que en esa carrera tiene la compañía Cunard inglesa, inviertan hoy en hacer el viaje de América á Europa y vice versa, de seis á siete días; cosa que no hace muchos años se necesitaban meses para hacerlo, y aún hoy, magníficos vapores de otras empresas, necesitan dos terceras partes más de tiempo para verificarlo.

El notable vapor La Champagne, en que me habia cabido la suerte de hacer el regreso; tenia de eslora 165 metros, de peso 7000 toneladas, su máquina era de 8000 caballos de fuerza, y su andar de 20 millas por hora. El salón de recepciones, decorado con gran lujo y exquisito gusto, era verdaderamente grandioso, y el bonito salón fumador, de

arquitectura árabe, recordando por su magnífico decorado la maravillosa Halambra de Granada.

Ese gran buque, que era el segundo viaje que hacía, con su compañero *La Bourgogne*, figuran hoy en los anales marítimos como unas notabilidades de primer orden; y lo que todavía los hacen más recomendables para el pasajero, es el buen trato en las comidas y excelentes diversiones que en ellos se disponen. En nuestra travesía, favorecidos por el buen tiempo, se vinieron dando todas las noches brillantes bailes en el gran salón, asistiendo muchos en traje de etiqueta. La luz eléctrica perfeccionada la llevaba ese buque hasta en las carboneras, contribuyendo por consecuencia su profusión de alumbrado, á embellecer más sus grandiosas magnificencias.

Nada de particular ocurrió durante la travesía del Atlántico. El buen tiempo con que salimos de Nueva York, fué constante hasta llegar al Havre, solo en el día quinto de navegación estuvieron un poco movidas las aguas, en los demás, reinó en ellos lo que los marinos llaman calma chicha y mar bella, pareciendo que el proceloso océano se habia convertido en un tranquilo lago: por todo lo cual, el viaje marítimo no pudo ser más delicioso y encantador; sin llegar á des

aparecer ni por un momento siquiera la alegría y buen humor de los pasajeros del hermoso buque, haciéndose doblemente expansivos el día 28 por la mañana, al percibirse tierra en las costas de Inglaterra, que fué la primera que divisamos.

Poco después de media noche fondearon en la segura rada del Havre, esperando allí que la sanidad nos diera la entrada, y en la alborada del siguiente día nos trasladaron al muelle; donde al desembarcar ya encontramos preparado el tren que antes de una hora se puso en marcha, y en poco más de cuatro en París.

A las diez de la mañana del día 29, me encontraba ya en la capital de Francia rodeado de mis queridos primos y respectivas familias, los cuales extremaron sus cariñosos obsequios en los tres días que entonces permanecí en ella; Pepe en su casa, haciendo lucir á su hija los progresos en el piano, y los dos hijos varones, acompañándome en todo por la población; y Federico, ya que no me tenía en su casa llevándome por las noches á el teatro de la Gran ópera.

Como en el viaje de Nueva York á París y viceversa, por no detenerse uno un momento en ninguna parte, parece que se ha sido transportado en globo de una á otra capital; así, se hacen notar tanto sus marcadas dife-

rencias, que entre otras, viniendo de la metrópoli americana, me parecía la capital francesa, oscura y poco concurrida, siendo la ciudad de más movimiento y mejor alumbrada de Europa.

El día 1.º de Setiembre á las seis de la mañana, acompañado de mi primo Pepe, nos dirigimos á la estación de la línea férrea de Orleans, donde ya me esperaba el Sr. Carballo y Señora para tomar juntos los billetes hasta Barcelona, á donde iban ha reunirse con su familia: de cuya capital, después de comprar algunos objetos de 1.^a enseñanza y descansar la noche de la llegada, me trasladé á Zaragoza, haciendo ese pequeño rodeo en mi regreso, por visitar aunque fuera muy ligeramente esa población, que todavía no habia tenido ocasión de conocer.

Sólo una noche y día entero pasé en la invicta capital de Aragón, tiempo escaso para admirar solamente sus dos hermosas catedrales, de la Seo y de Nuestra Señora del Pilar, con el Corso y paseo de Santa Engracia; y contemplar por un corto rato, el espléndido y bello panorama que desde la Torre Nueva, presenta aquella tierra tan laureada de gloriosos recuerdos para los que sienten verdadero amor pátrio; admirando á

la vez las fértiles vegas regadas por el caudaloso Ebro y Canal Imperial.

De Zaragoza me vine por Madrid, donde me detuve sólo unas seis horas que tardó en salir el primer tren para Murcia, cuyo tiempo empleé: en ir de la estación en tranvia á la puerta del Sol, almorzar en la fonda del Comercio, tomar café en el Imperial, dar un paseo por aquellos alrededores y en el riper regresar á la estación.

Y ¡oh poder de la facilidad de comunicaciones modernas! El día 6 de Septiembre, me encontraba de regreso con toda felicidad en el tranquilo y grato hogar de mi amada Murcia, á los sesenta y cuatro días de haber salido de ella; en cuyo corto espacio de tiempo, holló mi humilde planta tres de las cinco partes del mundo; y para ello, atravesé dos veces el mar Mediterráneo, otras dos el Continente europeo y dos veces también el Océano Atlántico; habiendo recorrido en todo el viaje sobre cinco mil leguas, entre vapores y ferrocarriles.

Ese tiempo, era antes insuficiente solo para verificar la ida ó venida, y por cierto con muy grandes molestias, hoy con mucha comodidad y hasta gozando, sobra para ir y volver, deteniéndose lo suficiente para admirar con calma los más esenciales prodigios de ese singular país; haciéndolo todo á

la vez con muy pocos gastos relativamente. La prueba de esto es, el que yo lo haya podido realizar dados mis escasos recursos, y aunque algun sacrificio me hubiera costado, qué puede él suponer ante las gratas sensaciones experimentadas en ese notable viaje, al contemplar tan sublimes maravillas naturales y tantas sorprendentes obras de arte como allí he admirado.

Así, este viaje con el inolvidable que en otra ocasión hice á Palestina, son los que más hondamente han quedado grabados en mi mente, aunque en ellos haya sentido de distinta manera, porque tambien es muy distinta la diferencia que entre ambos existe. En la vieja Judea no se buscan sus adelantos, porque se encuentra como hace dos mil años; allí, se vá sólo á contemplar los sitios que guardan venerandos recuerdos. A la jóven América del Norte, se vá á contemplar la pródiga Naturaleza y á admirar sus grandes progresos.

En Tierra Santa, todo es atraso, desolación y pobreza; pero en ella se exalta el espíritu de purísimo sentimiento, porque allí no se dá un paso sin tropezar con algun recuerdo bíblico, ó sublimes sitios que representen hechos ó pasajes de la vida de Jesús y de Maria; que al contemplarlos conmovi

do, parece que aún se aspiran sus alientos y se escuchan sus palabras.

El nuevo continente, por su extremada juventud carece de recuerdos; pero en cambio, es sin duda alguna el país de los grandes prodigios de la naturaleza, y el vasto territorio que en él ocupan los Estados Unidos de la América del Norte, la privilegiada región donde la realidad adquiere más gigantescas proporciones. Su gran desarrollo en todo ha sido tan veloz, que jamás nación alguna lo verificó en todas las manifestaciones de un pueblo culto, con la rapidéz que en esa se ha realizado; pues hace cuatro siglos, que hasta se ignoraba la existencia de continente á que pertenece, y aún puede decirse, que, sólo en la última centuria ha tenido lugar su desarrollo.

En sus prósperos Estados, las industriosas ciudades brotan como por encanto, por doquiera surgen descubrimientos y obras colosales que son la admiración de los hombres de ciencia de nuestro continente, y las crecientes producciones de todo género, con el gran desenvolvimiento de su comercio, amenazan de muerte á la culta Europa.

Si se exceptua la moral, que es bastante problemática en el pueblo yankee, nada hay mezquino en esa privilegiada comarca. Todo es grande y sorprendente en ella: grande

por la naturaleza y el arte; grande por su desarrollo industrial y comercial, y, tambien es grande, por sus bien comprendidas y observadas instituciones.

Por la naturaleza, quiso el Supremo Hacedor colocar en esa región muchas de sus grandes obras terrenales. Los dos más grandes mares de la masa líquida del globo, bañan sus dilatadas costas; y los más caudalosos rios, riegan su extenso y fértil suelo. El inmenso territorio que comprende su nacionalidad, tiene tanta extensión como Europa entera y mas tierra arable que todo el Asia.

Allí, se encuentra el Valle del Misisipi de 5 000 millas cuadradas, que es el más grande que existe en el mundo: el Lago Superior, tiene 480 millas de longitud, con mil pies de profundidad, que es el lago mayor que se conoce; sobre el cual podrian flotar desahogadamente algunas naciones de Europa; y entre las muchas cascadas y cataratas, se encuentran las del Niágara, que son las más grandes y hermosas de nuestro planeta.

Por el arte, la mano del hombre auxiliada por la ciencia, ha levantado allí las obras más grandes que ha producido hasta hoy el ingenio humano. Sus edificios colosales y las innumerables obras de utilidad pública que se encuentran en sus ciudades, son ver

daderos portentos, particularmente por lo grandes; de las cuales, las principales se encuentran en Nueva York; donde al desembarcar por vez primera el viajero europeo orgulloso por haber admirado las más grandes obras de su Continente, se siente pequeño y anonadado ante la grandeza de esa ciudad.

Sus industrias, han conseguido tan gran desarrollo, que el mundo entero conoce hoy sus sobrantes, conducidos por su gran comercio, que ya no vá teniendo rival; pues, si Inglaterra le aventaja en marina de guerra por las inmensas colonias que tiene que custodiar para su monopolio; la marina mercante de los Estados Unidos, está arrebatando el cetro comercial del mundo á la Poderosa Albion. Y, finalmente, grandes serán sus instituciones cuando á ellas debe su rápido engrandecimiento.

Tal es el pais que he intentado bosquejar á la par del desaliñado relato de viaje, para que pueda guardar como recuerdo mio el buen amigo que lo quiera conservar.

